

Agustín Sánchez González

# Miradas que matan

*Crónicas de mujeres asesinas*



 L.D. Books

Agustín Sánchez González

**Miradas que matan**

**Crónicas de mujeres asesinas**

Edición Smashwords

Miradas que matan

© Agustín Sánchez González

D. R. © Editorial Lectorum, S. A. de C. V., 2019

Batalla de Casa Blanca, Manzana 147 A, Lote 1621

Col. Leyes de Reforma, 3a. Sección

C.P.09310, Ciudad de México

Tel. 5581 3202

[www.lectorum.com.mx](http://www.lectorum.com.mx)

ventas@lectorum.com.mx

Primera impresión: julio 2019

D. R. © Portada: Angélica Irene Carmona Bistráin

D. R. © Imagen de portada: José Guadalupe Posada Drama en Tarasquillo. El crimen de la chiquita (1897) Colección de Agustín Sánchez González

Características tipográficas aseguradas conforme a la ley.

Prohibida la reproducción parcial o total sin autorización escrita del editor.

# Índice

## [Introducción](#)

[Ola de crímenes: mujeres matamaridos \(1836\)](#)

[Entre las matamaridos no se ven caras feas \(1840\)](#)

[Dicen, todos dicen: tremenda historia de amor \(1882\)](#)

[La mulata que mató al francés \(1882\)](#)

[Del espantoso caso de Norberta Reyes, que asesinó a sus padres \(1888\)](#)

[La Rumba, de Ángel de Campo](#)

[La Bejarano: una mujer verdugo \(1892\)](#)

[Tragedia en una pulquería \(1895\)](#)

[Martirio de una niña \(1893\)](#)

[Tan Chiquita y tan matona \(1897\)](#)

[¡Espantoso crimen nunca visto! Una niña con la ropa cosida al cuerpo \(1902\)](#)

[Bultos que no respiran \(1903\)](#)

[Horripilantísimo suceso: descuartiza a su hijo recién nacido \(1905\)](#)

[Abandonada por otra beldad, mata a su amante \(1907\)](#)

[¡Horrible asesinato! Ama de llaves que mata a un cura \(1908\)](#)

[El vals de la panadera \(1908\)](#)

[Dos casos rescatados y estudiados por Carlos Roumagnac \(1904\)](#)

[La pescuecera \(1912\)](#)

[Lo mató por no condescender a las relaciones de ilícita amistad \(1909\)](#)

[En Yanquilandia \(1910\)](#)

[Mátame a mí, pero no toques a mis hijos \(1912\)](#)

[Muñecas que matan. El caso de Alicia Olvera \(1920\)](#)

[Las matadoras de hombres \(1921\)](#)

[La gringuita es inocente: la muerte le vino por la nalga infectada \(1922\)](#)

[La pequeña vengadora \(1922\)](#)

[La niña no tuvo muñecas, pero mató a un militar \(1926\)](#)

[La Miss México: la viuda negra \(1928\)](#)

[Bibliohemerografía](#)

## Introducción

Ellas matan mejor, ese era un título de un libro español que encontré casualmente en una de las librerías de la Cuesta de Moyano, en Madrid. Por aquel tiempo, aun no existía la moda televisiva que recogió diversas historias de mujeres asesinas.

Esas historias de mujeres españolas me conmovieron y me invitaron a recoger las historias de las damas connacionales que vivieron el drama del crimen, la tragedia por vivir en una sociedad que las aplasta.

Poco a poco fui leyendo y releendo historias que había subrayado en diversos libros, en periódicos del siglo XIX o en las hojas volantes impresas por Antonio Vanegas Arroyo, que fueron ilustradas por José Guadalupe Posada.

Así me centré, en principio, en los primeros años del México Independiente con una historia que habría de repetirse una y otra vez: una mujer que asesina a su marido, en 1836, un diputado de aquella época. Ahí arranca este libro.

Después llegaron otras historias, hasta terminar en el siglo XX, cuando los Jurados Populares absolvieron María Teresa Landa, la primera Miss México, una historia que ha cautivado durante décadas a quienes la conocen.

Este libro, recoge crónicas que son un fiel retrato de una ciudad y un país que se niega a cambiar sus patrones de conducta; muchas de ellas fueron transcritas tal cual, otras han sido reelaboradas, pero todas, confirmado, existieron, son parte de la tragedia y de la tragicomedia nacional.

Por ello, este libro tiene una deuda con autores como Enrique

Flores, que prologó Unipersonal del arcabuceado, que se constituyó en una fuente fundamental para recoger algunos de los primeros relatos.

Varias lecturas más, contribuyeron a la realización de este libro, como la marquesa Calderón de la Barca, quien no sale del azoro al descubrir muchas caras bonitas entre las mujeres matadoras de hombres.

Otros grandes escritores como Federico Gamboa y Ángel de Campo; el primero, famoso autor de Santa, fue un amigo de la Malagueña, una célebre prostituta, quien fue asesinada por la Chiquita, otra hetaira que generó uno de los casos más revisados de esa época y cuya referencia la escribió en Mi diario.

De Ángel de Campo, el gran escritor costumbrista que firmaba como "Micrós" o como "Tick Tack", transcribimos un fragmento de una de las novelas fundamentales de nuestra historia: La Rumba.

Importantes fuentes de consulta fueron los escritos de Carlos Roumagnac, sobre todo Los criminales en México, de donde recogimos un par de casos; el estudio de Julio Guerrero, La génesis del crimen en México: estudios de psiquiatría social; el texto El jurado absuelve, del abogado Federico Sodi, quien fue protagonista de una época en que, como dijimos antes, los Jurados Populares llegaron a tener tanto poder que absolvieron a

muchas mujeres (y hombres) tan sólo por simpatía, lo que a la postre condujo a su desaparición.

Fue esencial revisar una colección que escribimos hace varios lustros: La nota roja, en la cual participó una decena de autores, coordinados por Eugenio Aguirre, y entre los que se encontraban Víctor Ronquillo, Victoria Brocca, Ana Luna, Gerardo de la Torre, Myriam Laurini, Rolo Diez y otros más, además del que esto escribe.

Finalmente, este libro también es un homenaje al genial José Guadalupe Posada, personaje fundamental en nuestra cultura, que ilustró un sinfín de historias de nota roja en hojas volantes que salían de la Imprenta de Antonio Vanegas Arroyo, redactadas por diversos escritores hoy olvidados, cuyas palabras quedaron como un fiel testimonio de la época y que rescatamos ahora.

Algunos de estos geniales maestros de la pluma, creadores de excepcionales cabezas que permitían a los niños gritones, vendedores de periódicos, solazarse con ellas, y que escribieron muchas de esas crónicas fueron Constancio S. Suárez, Rafael García, Rafael A. Romero, Ramón N. Franco, Manuel Romero, Manuel Flores del Campo, Francisco Zacar, El Chóforo Vico, Ramón N. Franco, Pablo Calderón de Becerra, Armando Molina, Gabriel Corchado y Abundio García.

El libro culmina con la historia de cómo la primera Miss México asesinó a su marido, un militar que la había engañado y que pagó con la vida su burla a la mujer que había representado la belleza mexicana moderna.

Uno de los crímenes más frecuentes cometido por mujeres fue contra los charlatanes que las engañaban, lo que generó en la década de los años treinta, inclusive, un escuadrón de mujeres matadoras de hombres en la cárcel.

Las historias de mujeres asesinas del pasado no tienen mayor pretensión que mostrar, a través de las notas de prensa de la época, que el crimen y la miseria existencial, lamentablemente, siempre han estado presentes en nuestro mundo.

Santa Cruz Atoyac, 5 de enero de 2019

## Ola de crímenes: mujeres matamaridos

**(1836)\***

La mañana del día 27 del presente mes fue asesinado el señor diputado del actual Congreso, don Manuel Muría, por su esposa doña Carlota Guevara; según se dice, después de haberse desayunado juntos se paró él para los lugares comunes, donde estando gobernando el cuerpo llegó su esposa y allí sentado le infirió cinco puñaladas, una en un muslo y las otras cuatro en el cerebro, la espalda y un brazo.

Se asegura que algunos días hace, estaban incómodos ambos por celos o sospechas que su esposa tenía, y hasta entonces se vengó de una manera alevosa e indigna para una señora decente; en la misma mañana fue remitida a la cárcel de la Diputación y al día siguiente a la de la Acordada,\* donde se le formará la correspondiente sumaria.

"Ejecución de justicia que sufrirá la señora doña Carlota Guevara, por haber asesinado a su esposo don Manuel Muría", Unipersonal del Arcabuceado, p. 136.

Estos homicidios han sido muy frecuentes por las señoras; con razón, si no se ve ningún ejemplar castigo con ninguna de ellas, pues ya vemos a la Triñanes ejecutar un crimen igual a éste, envenenando al joven militar Reyes en Tacubaya. ¿Y cuál ha sido la sentencia que a ésta se le ha dado por tan negro atentado? Hasta ahora nada se sabe, y según entendemos dentro de pocos días le veremos, si no libre, sentenciada por cuatro o cinco años al servicio de la cárcel, como ha sucedido con Juana González, que cometió igual atentado con su esposo, a quien asesinó despiadadamente y cuyo hecho acaeció desde el día 27 de octubre del año próximo pasado y hasta la fecha que son once meses no se acaba de sentenciar a esta inhumana mujer.

Esperamos que no sea así con el señor juez que ha tomado conocimiento de causa, para lo cual exigimos su pronta actividad a fin de que el crimen sea castigado con la severidad que merece, por el pernicioso influjo que su repetición e impunidad ejerce en la moral pública.

## Entre las matamaridos no se ven caras feas

(1840)\*

\* Marquesa Calderón de la Barca, La vida en México, México, Porrúa, 1984 (Sepan cuantos)

Al volver a la capital, dedicamos un día a visitar uno de los lugares más dolorosos: la Acordada, o cárcel pública, un edificio grande y sólido, espacioso y bien ventilado. Sobrecoge el ánimo ver allí a las primeras damas de México conversando familiarmente y abrazando a estas mujeres culpables de crímenes atroces; asesinas, en su mayor parte, de sus maridos, que es el crimen más frecuente entre estas mujeres encarceladas.

No se ven caras feas, y probablemente ninguna de ellas premeditó su crimen. Un arranque de celos en una borrachera; pasiones violentas, sin freno, que de la misma manera que estallan súbitamente se extinguen, las han llevado a un fin tan desgraciado. Entramos primero a un aposento amplio y bastante limpio en donde se encuentran separadas las mujeres de "familias más decentes". Algunas se habían tendido en el suelo, otras se ocupaban en alguna labor; bien vestidas unas, y otras sudadas y desarrapadas.

Vi entre ellas algunas de las caras más bonitas que he visto en México. Una mujer del pueblo, bien encarada, con la más alegre y benévola fisonomía, y además coja, se acercó a saludar a las señoras. Inquirí cuál era su delito: "Mató a su marido y le enterró debajo del piso de ladrillos". Entre las presas está la esposa de un gobernador de México que hizo pasar a la eternidad a su marido. No la vimos, y nos dijeron que elude siempre el encuentro con los visitantes.

Una linda mujercita, coqueta, con semblante de persona ilustrada y de gran distinción y que, por otra parte, es parienta del conde de la Cortina, se encuentra encarcelada por sospechas de haber envenenado a su amante. Vi entre las presas a una hermosa mujer, con su extraordinario parecido con Mrs...., de Boston. No supe qué crimen ha cometido. Nos atendió una mujer que ostenta el título de Presidenta, la que después de algunos años de observar buena conducta vigila ahora a sus compañeras. ¡Pero que también asesinó a su marido!

Descendimos después a las regiones profundas, donde en un galerón abovedado y húmedo se presentan cientos de infortunadas mujeres de lo más bajo del pueblo, ocupadas en travaux forcés, y cuya descripción, ciertamente, es bien fácil. Estaban haciendo tortillas para los presos. ¡Y sólo el cielo sabe el hedor que despedían! Al dejar la parte del edificio dedicado a las mujeres, pasamos a una galería desde la cual se dominaba un inmenso patio enlosado, con una fuente en medio. Allí se apiñaban en informe mezcolanza centenares de presos: el salteador de medianoche con el ratero que hurta pañuelos, el famoso bandido con el reo político, el deudor con el monedero falso. Eran muchos los rufianes mal encarados, de rostros feroces, pero también los había de semblante amable y buen humor, y no pude advertir en ninguno tristeza o vergüenza; al

contrario, todos parecían divertirse mucho al ver a tantas señoras.

Tuvimos que pasar por entre un grupo de soldados muy sucios que estaban jugando a las canas. ¡Qué alegría al abandonar este palacio de los crímenes y volver a la frescura del aire!

## Dicen, todos dicen: tremenda historia de amor

(1882)\*

\* Basado en la nota aparecida en El Noticioso, 2 de febrero de 1882, p. 3.

Sucedía cada domingo, mientras las campanas repicaban llamando a misa de doce, que la aristocracia se juntaba para celebrar un feliz matrimonio en esta Ciudad de los Palacios.

Ya sea en la Catedral Metropolitana, en La Profesa, en Vizcaínas o en Santa Teresa, según fuera la moda, se congregaba lo más selecto de la sociedad. Esta última era una de las joyas del barroco mexicano, construida en el siglo xvii. Era un espectáculo mirar el arribo de las grandes personalidades vestidas con sus mejores galas. Los ricos que llegaban de sus grandes haciendas o sus grandes mansiones.

Pues bien, esta historia podría comenzar en, digamos, un lugar engañoso, pero próximo a la realidad. Digamos que tomamos la casa de los protagonistas de la novela La fuga de la quimera, de Carlos González Peña; no es la misma casa porque queremos proteger el anonimato de este drama y no afectar así a personajes inocentes.

La novia había salido de esa enorme mansión, ubicada en la esquina de las calles de Versalles y Atenas, con una presuntuosa fachada de cantería bermeja y gris; el jardincillo, limitado por una verja, al fondo del cual se elevaba la escalinata que a la puerta de entrada del hall conducía; las ventanas de los pisos alto y bajo, a través de cuyos cristales se vislumbraban desde afuera sendos cortinajes; la ancha puerta cochera, que a Versalles daba, haciendo suponer que allí domiciliados disponían de tren fastuoso.

Era parte del México aristocrático, a un paso del Paseo de la Reforma, de donde pendía, en la puerta, un hermoso ramo de flores blancas, en forma de herradura (para la buena suerte) y como símbolo del matrimonio.

Pues bien, de ahí salió una hermosa joven, divinamente vestida, con un elegante traje blanco, tan largo, que arrastraba por el piso; sus ojos negros, azabache, denotaban la pureza y alegría de ese día tan especial en su vida.

El cochero se encaminó por Reforma para luego tomar la avenida de los Hombres Ilustres, atravesar la Plaza Mayor y llegar, por la calle de Moneda, hasta Licenciado Verdad, para arribar al aristocrático templo de Santa Teresa, donde la esperaba, nervioso, un elegante caballero, entrado en años, maduro, vestido de levita larga, hasta la rodilla y de bordes redondeados; portaba, con elegancia, un bombín.

En cuanto vio a la novia, suspiró. Y el nerviosismo cedió su lugar a la emoción. Su corazón latía con fuerza y las manos le sudaban por la tensión.

La novia lucía bellísima y el novio estaba, además de encantador, guapísimo, vestido de gala. Ambos formaban parte de lo mejor de nuestra sociedad.

La nave central se encontraba llena de concurrentes, civiles y militares, políticos, empresarios y militares; el majestuoso órgano hacía escuchar sus más gozosas armonías.

El sacerdote arribó al pórtico del templo a recibir a los contrayentes y a sus familiares. Iba ya a comenzar la misa de la velación. El novio recordaba todos esos largos meses de cortejo para que la novia le diera el sí, no sin antes soportar las humillaciones de sus ahora casi cuñados que nunca le vieron con buenos ojos, a pesar de las enormes riquezas con que contaba.

Los desposados habían doblado las rodillas sobre los almohadones de rico terciopelo cuando se escuchó un rumor hacia la puerta del templo. El órgano había cesado y sólo un leve rumor era escuchado.

Una señora vestida de negro y con un pequeño niño en el brazo izquierdo se abría paso apresurada y violentamente por entre la concurrencia, diciendo con voz alterada que precisaba llegar al altar. Sus ojos se movían en sus órbitas como dos globos de fuego.

Vuelve el esposo la vista; tropiézase su mirada con la de aquella mujer y una palidez mortal invade su rostro. Pónese de pie violentamente y trata de interceptar el paso a la enlutada.

Pero ésta lanza un grito salvaje, mezcla de dolor y coraje, de frustración y venganza. De debajo de las ropas saca un reluciente puñal y hace ademán de arrojarse sobre el recién casado para acribillarle a golpes, mientras le llama cobarde, vil y miserable.

Dos o tres personas, empero, logran detener a aquella pobre y desesperada mujer, mientras ella se debate luchando por desasirse de los brazos que la sujetan.

La novia, desgarrando su velo y sus azahares, cayó sin sentido, en tierra, presa de espantosas convulsiones, producto del desasosiego y el nerviosismo.

La policía, que ante el conglomerado de personalidades de la alta sociedad había permanecido discreta a las afueras del templo, penetra con rapidez y se encamina rumbo al altar, no sin antes santiguarse; se apoderan con delicada violencia de la mujer enlutada y con eso concluye la ceremonia nupcial.

Así nos han referido los acontecimientos, en cuya relación sólo omitimos los nombres propios por respeto a la vida privada.

Tremenda historia de amor debe encerrarse en el fondo de este drama.

## La mulata que mató al francés

(1882)\*

\* Basado en "Un crimen terrible", en Lombardo, Irma, De la opinión a la noticia, México, Kiosco, 1892.

Sólo cuando pusieron ante sus ojos el cuerpo inerte de su amado comenzó a aullar de una manera espantosísima; sus alaridos, inclusive, hicieron temblar de miedo a los policías que la custodiaban; hubo quien juró mirar pasar un diablo montado en un corcel por la azotea del juzgado y que por eso se escucharon aquellos lamentos.

Y es que hasta ese momento, esa mulata, con una hermosura-fealdad sorprendente, que rehusaba decir su nombre a la policía, había negado ser quien asesinó al rubio francesito que llevaba por nombre Agustín Saget.

Este franchute, que contaba con cuarenta y siete años de edad, había decidido vivir para siempre en nuestro país; tras desertar del ejército invasor francés, se escondió con unos amigos que vivían muy lejos, por los rumbos de Mixcoac, al sur de la ciudad de México; cuando terminó la intervención francesa, decidió quedarse a morar en estos lares.

Hasta la noche que murió, Agustín Saget era director del molino nuevo del Olivar, en Mixcoac, una pequeña villa del sur de la ciudad; llevaba diecisiete años en el país, hablaba el castellano con gran calidad y magnífico acento y hasta se sentía mexicano. Era socio del Dr. Bizet para la explotación del molino.

Hasta antes de que la mulata apareciera en su vida, nadie le conoció amor alguno, a pesar de ser un buen mozo y mejor trabajador. Las señoritas solteras del barrio coqueteaban con gusto, pero el francés estaba firme en no hacer caso a las tentaciones. Se llegó a murmurar que tal vez tenía costumbres sodomitas, aunque nadie nunca le probó nada.

Una tarde de primavera, y antes de la semana Santa, apareció del brazo de una mujer de rostro raro, un cuerpo escultural y piel morena. Toribia Alcalá, tal era el nombre de quien habría de quitarle la vida.

Parecían muy enamorados; sin embargo, muy pronto los escándalos, peleas, insultos y agresiones se volvieron la comidilla de todos los días. Entonces comenzaron las historias, las desavenencias.

Nadie sabía ni cómo ni cuándo empezó la relación amorosa entre la mulata y el francés; tampoco nadie podía explicarse cómo podían vivir juntos, ante los malos antecedentes y la detestable educación de Toribia, que escandalizaba a todo el pueblo de Mixcoac.

Y es que todo el mundo se enteraba de lo que ahí sucedía, pues el molino, bajo la responsabilidad de Saget, era parte esencial de la vida del lugar y a él acudía toda la población, sin distinción de clase.

La mulata era una mujer muy mal hablada. Sus ademanes, además de toscos, eran de una vulgaridad extrema. Saget, en cambio, era un caballero de esos que ya no existen.

La relación empeoraba día con día, de tal suerte que el francés había amenazado a la mulata con echarla a la calle, a lo que la mujer respondió con insultos a gritos, para que todo el pueblo se enterara, que no sería ella la que se dejase despedir por él. De su boca, dicen los que la veían, salía espuma, parecía una perra rabiosa.

Profirió amenazas e insultos, que el hombre ya no quiso escuchar y se marchó presuroso, fuera de casa, desapareciendo de la vista de la mujer, que no cesaba de proferir retos e injurias.

Regresó por la noche, con una pistola Colt, del número uno. Ante el temor de que Toribia le hiciese algún daño, durante todas las noches, el francés la colocaba, cargada y lista para disparar, en la cabecera de su cama.

El pasado fin de semana, la mulata salió de casa muy temprano, a las cuatro y media de la mañana, se acercó a la habitación de los criados, a quienes despertó, diciéndoles que se marchaba para siempre porque ya no aguantaba a Saget; les entregó un colchón y un baúl con toda su ropa para que la llevaran a Mixcoac, donde tomaría el tren de las seis de la mañana.

Los criados cargaron con las pesadas maletas y bultos, abandonaron la casa, emprendiendo camino rumbo a la estación del tren.

Toribia se quedó sola.

En cuanto observó que los criados se alejaban lo suficiente, se encaminó cautelosa a la recámara donde dormía plácidamente el francés.

Era de madrugada, las cinco y cuarto de la mañana. Cuidadosa y sigilosamente abrió la puerta de la casa, de puntitas se acercó a la cómoda, miró el rostro desamparado del francés, pero ello no la conmovió; se acercó a la pistola, la sacó. En cuanto la tuvo en las manos, no tuvo ninguna duda.

Levantó muy despacio las sábanas y cobijas y disparó a quemarropa, sin hacer gesto alguno, ni mostrar arrepentimiento.

Saget jamás despertaría de aquel profundo sueño.

Tras el crimen, la mulata salió con gran rapidez, llevando consigo el arma, mientras la sangre mojaba toda la cama donde dormía, ya para siempre, Agustín Saget.

La bala se introdujo al cuerpo del infeliz francés; siguiendo un curso extraño, pasó cerca de los pulmones sin tocarlos, rompió la espina dorsal y saliendo por el punto opuesto al de su entrada, alojándose en el antebrazo sobre el cual dormía reclinado. El médico que levantó la autopsia consideró que apenas sobrevivió algunos minutos tras el alevoso y traidor balazo.

Algunos vecinos acudieron al molino al escuchar las detonaciones y encontraron a

Saget convertido en cadáver, nadando en su propia sangre.

Casualmente, una pareja de policías hacían rondín esa mañana y llegaron al molino a los pocos minutos. Los vecinos no dudaron: había sido la mulata.

Toribia Alcalá, quien se había alejado al galope, se hallaba en la estación de Mixcoac, lista para partir a la ciudad de México.

Llegó a recoger su equipaje con sus criados, quienes le entregaron todo, así como el boleto del tren.

Quienes la vieron aseguraron que mostraba aparente tranquilidad y ni un mínimo asomo de sospecha de haber realizado aquel terrible asesinato.

A punto estaba de subir al tren cuando fue atrapada por el general García Pontones, dueño de la hacienda del Olivar.

En el acto de ser arrestada, la mulata aún portaba la pistola con que disparó a su amante.

A pesar de ello, y con gran cinismo y tranquilidad, negó haber asesinado al francés, poniendo como testigos a los criados, quienes ni afirmaron ni negaron la culpabilidad de la mujer.

Durante un buen rato mantuvo el aplomo y la negación de su culpabilidad, empero, al presentársele el cadáver del francés, lanzó aullidos espantosos, gritaba como si se le hubiese aparecido el mismo demonio y pedía a gritos que la alejasen del muerto.

Fue hasta el momento en que aceptó su culpabilidad cuando se le alejó del difunto. En ese momento, la mulata comprendió que su vida estaba perdida y que debería pasar el resto de su vida expiando sus culpas en una celda oscura de la cárcel de Belén.

Ahora purga una larga condena y el mutismo es su sino.

# Del espantoso caso de Norberta Reyes, que asesinó a sus padres\*

(1888)\*

\*¡Terrible y verdadera noticia! Del espantoso ejemplar ocurrido con Norberta Reyes, Impr. de Vanegas Arroyo, 1905.

En una pequeña población a inmediaciones de la ciudad de Zamora, en el estado de Michoacán, vivían Anselmo Reyes y Pascuala Rosas, que sólo habían tenido en su matrimonio una hija, Norberta, a la cual querían ambos con un cariño ciego y entrañable, tanto por ser mujer, como por ser la única prenda de su amor.

Desde muy pequeña demostró Norberta tener un genio caprichoso e indomable, y fomentado esto por el consentimiento de sus padres, acabó por ser una criatura insoportable para todas las gentes, excepto sus padres, que en su amor todo lo tomaban como gracias de su hija. Así creció, y llegada a la edad de diez y seis años, como no era de mala cara, no tardó mucho en hallar un pillo que la enamoró; y como ella estaba acostumbrada a hacer su voluntad, a pesar de los consejos de sus padres, correspondió a sus exigencias; y cuando menos se pensaba, desapareció de su casa en compañía de su amante.

Había pasado año y medio sin que los padres de Norberta hubiesen vuelto a saber de su hija a pesar de cuantos esfuerzos hicieron para averiguar su paradero, cuando una tarde la vieron en trar en su casa en un estado verdaderamente triste, casi desnuda, asquerosa de mugre, y con multitud de cicatrices en todas las partes del cuerpo.

Al verla en tan lamentable estado, sus infelices padres olvidaron su ingratitud y con mil caricias procuraron consolar su triste situación, pero esta ingrata hija, lejos de agradecer la bondad de sus padres, cada día se portaba peor para con ellos, y como Norberta no dejaba de pensar en el paradero de su infame seductor, y esto la tenía cada vez más endemoniada, todos los días armaba grandes escándalos en su casa hasta el punto de alarmar a los vecinos, por lo cual los ancianos padres de Norberta decidieron abandonar el pueblo para ir a otro donde no fueran conocidos. Aquella perversa hija se opuso a tal viaje, pues abrigaba la esperanza de que su infame amasio volviera a buscarla, mas viendo que era cosa resuelta, abrigó en su corazón el más cruel y horrible proyecto. El día que por fin salieron de la población ocultó con gran cuidado un afilado cuchillo, y hasta aparentando alegría siguió a sus ancianos y queridos padres, que no podían imaginar el triste fin que su hija les preparaba.

Para llegar a donde iban, debían pasar por un sitio muy solitario y allí, a fin de descansar, hicieron alto y dispusieron su pobre almuerzo. Después de comer, rendidos por la fatiga, los dos ancianos se recostaron sobre la hierba y cuando la infame Norberta los vio dormidos, sacó el parricida cuchillo y, echándose primero sobre el anciano, le dio una terrible puñalada en el cuello que casi le separó la cabeza del tronco. Al ruido del sangriento drama se despertó la anciana, pero antes de que se alzara del suelo, su infame hija se arrojó sobre ella hundiéndole repetidas veces el cuchillo en distintas partes

del cuerpo hasta sacar la mayor parte de las entrañas y quedando la infeliz señora hecha completamente pedazos. Consumado el horroroso crimen, Norberta emprendió el camino para su pueblo, pero sin saber cómo, extravió su camino y después de andar todo el día al llegar la noche se halló en un paraje muy árido y cerca de una profunda barranca. Allí se detuvo, pues ya la fatiga no la dejaba andar, cuando como a las once de la noche oyó un coro de maldiciones que parecían salir del fondo de la barranca, y poco después vio salir de la misma dos enormes perros prietos que, haciendo un espantoso ruido con las mandíbulas, se arrojaron sobre la desgraciada Norberta, dándole furiosas mordidas, y arrastrándola hasta la barranca la arrojaron hasta el fondo, donde vino a morir cinco días después, atormentada por el hambre, la sed y los agudísimos dolores de las mordidas, que se le habían agusanado.

El mismo día del terrible acontecimiento, la justicia halló los cadáveres de los ancianos, que fueron sepultados en sitio sagrado; no así el cuerpo de la criminal hija que, aunque fue vista en el fondo del barranco, no pudo ser sacada de allí, pues cuando lo intentaron desaparecía el cuerpo y no se volvía a ver hasta el siguiente día.

Este ejemplo singular enseña a los padres de familia el deber que tienen de no consentir a sus hijos y procurar reprimir sus malas inclinaciones, desde la más tierna infancia.

Por el camino cegado,  
mis padres me consintieron  
causándome una desgracia  
que una tarde conocieron.  
Ellos las víctimas fueron  
de mi mala educación  
librando mi perdición,  
un amor mal entendido,  
y por no haber reprimido  
mi perversa inclinación.  
El mes próximo pasado  
cometí un crimen atroz,  
pues con horrible crueldad  
la muerte les di a los dos,  
más el castigo, veloz,  
vino por Dios decretado,  
y mi cuerpo fue arrojado  
de un barranco a lo profundo

y allí en un estado inmundo,  
por gusanos devorado.  
Escuché las seducciones  
de un hombre vil, depravado,  
que por fin me abandonó  
más triste haciendo mi estado,  
su vil corazón dañado  
me acabó de pervertir,  
haciéndome ahora sufrir  
los tormentos del infierno  
que será castigo eterno  
a mi horrible delinquir.  
A mis adorados padres,  
con crueldad no conocida  
como una fiera salvaje  
les arrebaté la vida.  
¡Perdona, madre querida!  
¡Perdón padre idolatrado!  
Ya mi castigo ha llegado,  
¡ojalá en aquel desierto  
mil veces me hubiera muerto  
antes que haberlos matado!

## La Rumba,\* de Ángel de Campo

\* El fragmento de la novela nos muestra la maestría de "Micrós". La novela fue originalmente publicada en entregas diarias en El Nacional, del 23 de octubre de 1890 al 1º. De enero de 1891.

Pues ni se figuran. Tienen ustedes que iba a tomar muy tranquilo mi tren, cuando me ofrecen este número de El Noticioso, y veo: "El crimen del callejón de las Mariposas", y lo compro. Lea usted.

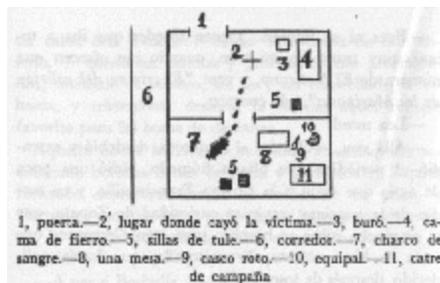
### El crimen del callejón de las Mariposas

La Vivienda. Otra mujer que hiere. La víctima. Una botella de jerez. La pistola. ¡Pobre amante! ¡A la Comisaría!

"Escandaloso es el incremento que toma el crimen, y apenas si hay día que no tengamos que informar al público de uno nuevo. La sociedad va de mal en peor.

"Cubrían las sombras de la noche el sucio callejón de las Mariposas; serían las once y media cuando el gendarme del punto, el número 537, oyó que pedían socorro y acudió a la casa número veinte, llamada de La Preciosa Sangre, y era de donde las voces salían. Los vecinos todos estaban en pie y dijeron haber oído un disparo y voces que pedían auxilio.

"Llegaron otros gendarmes, que oyeron el silbato de alarma y subieron a la vivienda número veinte, cuyo plano publicamos a continuación:



"Los puntos indican el rastro de sangre.

"El gendarme llamó varias veces y nadie le respondió; pero oíanse dentro sollozos sofocados y un lúgubre quejido. Hubo necesidad de abrir las puertas y de encender cerillos porque: la primera pieza estaba a oscuras. Penetrando a la segunda, que se hallaba su- mida también en la oscuridad, se oyó un grito dado por

### Otra mujer que hiere

"y dijo a la policía: '¡Yo he matado a ese hombre!'

"Su aire espantaba: lívida, convulsa, sollozante y casi desnuda, parecía la sombra de Macbeth señalando

### A la víctima

"Un joven como de 28 años que yacía boca abajo tirado en el suelo y respiraba penosamente. Se le interrogó pero no pudo responder; estaba bañado en sangre y se

quejaba débilmente. La mujer que lo había herido, una hermosa joven, bella, pero flor del crimen, gemía con desesperación; fue

#### La botella de jerez

“La policía encontró, en efecto, una tirada en el suelo, así como huellas de sangre y mendrugos de pan. Bajo la cama se halló

#### La pistola

“que es de calibre .43, número 203,535, y estaba cargada con cuatro balas todavía.

#### Pobre amante

“Según nos informaron, estaba el joven C. locamente enamorado de Remedios Vena, que así se llama la criminal, y ella lo engañaba con un tal Mauricio, que se ha capturado ya por sospechas de complicidad en este atentado. Pidióle el joven C. cuentas y (esto lo ha declarado una criada a última hora) ella le contestó con insultos; él empezó a quejarse y a chancearse con ella, enseñándole la pistola y diciéndole: ‘¡Te voy a matar!’ Entonces ella se le abalanzó apoderándose del arma, lucharon ambos, uno por quitarla y el otro por retenerla, hasta que se oyó el disparo y cayó en tierra el joven C. “Hasta ahora se ignoran los móviles que pueden haber guiado a la joven Remedios a cometer el crimen; se sospecha que fue instigada por el Mauricio de que hemos hablado.

#### A la comisaría

“El cuerpo del desventurado joven C. fue conducido a la Comisaría de la 38ª Demarcación, así como Remedios.

“Daremos pormenores.

Lucas G. Rebolledo

(Repórter de crímenes)”

## XII

“Un joven herido por una mujer. –En el callejón de las Mariposas acaba de cometerse recientemente un crimen o de suceder una desgracia.

“Una hermosa chica que, según se dice, responde al nombre de Remedios, tenía relaciones con un joven, quien se había enamorado perdidamente de ella.

”Parece que dicho joven llegó a saber o a sospechar que Remedios le era infiel y le pidió cuenta de su conducta. Las palabras entre los amantes comenzaron a subir de tono, y llegó un momento en que el joven, más que como verdadera amenaza, a título de broma, según una de las declaraciones que hasta ahora ha recogido la autoridad, sacó un revólver y le dijo a Remedios que iba a matarla. Ésta se lanzó sobre su adversario para arrebatarse el arma, y en medio de la lucha que se entabló, se disparó la pistola, cuyo proyectil hirió al mancebo.

“Cuando la policía llegó al lugar del suceso, el herido no podía articular palabra y fue trasladado a la Inspección de policía correspondiente, lo mismo que Remedios.

“Se ha practicado la aprehensión de un individuo por sospechas de complicidad en el hecho que acabamos de narrar...”

## XV

El proceso de la Rumba prometía estar muy animado.

Una multitud de curiosos invadía el patio del Palacio de Justicia, cuando aún no se abrían las puertas del salón.

El banquillo de la procesada estaba aún vacío. El ínclito Rebolledo sacaba punta a su lápiz, ponía al frente de la mesa su reloj para dirigirse en seguida al defensor y pedirle sus generales.

El público se impacientaba en las graderías y llegó su desorden al último grado, cuando, custodiados por gendarmes, aparecieron en el salón Remedios y don Mauricio.

Cedo la palabra a Rebolledo, que escribió en su bloc: “Ocupaba el banquillo de la izquierda la acusada Remedios

Vena (cuyo retrato hemos dado a nuestros lectores al ser reportada por mí). Es una joven de veinte primaveras, esbelta estatura y algo robusta.

“Cubría su cara con un tápalo negro a manera de capucha y se adivinaban sus pupilas muy brillantes, quizá por las lágrimas. Conmovía ver aquella tan humilde como colorida figura, completamente resignada, esperando el severo y recto fallo de los jueces.

“No era posible resistir la emoción que causaba la presunta reo: tal era su simpática figura.

“En el banquillo de la derecha estaba el acusado Mauricio Peláez, que es un hombre grueso, como de veintiocho años de edad, color blanco pecoso, frente estrecha, escaso bigote azafranado, patillas pequeñas. El conjunto y su fisonomía es bastante tosca.

Vestía de aplomado; se le observaba muy emocionado; apretábase las manos, escupía a menudo y tenía la mirada baja.”

Los periodistas empinábanse sobre la barandilla para ver si podían distinguir aunque fuese un trozo del perfil de la acusada. Pero no era posible; cubríase con el tápalo hasta la boca y llevábase el pañuelo a los ojos muy frecuentemente.

El que estaba perdido era el pobre Mauricio: enflaquecido, con invencible temblor, dando vueltas entre sus manos al sombrero café y dirigiendo lacrimosas miradas de soslayo, el antes fuerte mocetón se hallaba atribulado; violadas ojeras ahuecaban sus órbitas y se pasaba la mano (gesto inadvertido para Rebolledo) por la frente, como si se enjugase con el dorso de ella el sudor.

Suplicó a los gendarmes lo llevaran al inodoro por encontrarse algo enfermo.

Ocuparon las partes sus lugares, reinó un profundo silencio, empuñó su lápiz Rebolledo y el juez agitó la campanilla.

Iba a comenzar la audiencia...

## La Bejarano: una mujer verdugo

(1892)\*

\* Basado en Hoja Volante, s/f; Guillermo Mellado, Belénpor dentro y por fuera, México, Criminalia, 1959; y en Posada y la prensa ilustrada, México, MUNAL/ INBA, 1996.

Con una crueldad atroz, una horrible mujer de nombre Guadalupe Martínez de Bejarano ha sido condenada a diez años y ocho meses de prisión por torturar y dar muerte a la niña Crescencia Pineda.

La temible Bejarano, como fue bautizada por el pueblo, tenía ya un antecedente, pues en 1887 había sido castigada, también, por torturar y dar muerte a otra niña de nombre Casimira Juárez.

La criminal mujer martirizaba a la niña Guadalupe con terribles quemaduras en los brazos y las piernas. Generalmente, le gustaba quemarles los pies o sentarlas en la hornilla del bracero cuando éste ya se encontraba a regular temperatura.

No sin razón, una hoja volante que circulaba en esos días, impresa por Antonio Vanegas Arroyo e ilustrada por José Guadalupe Posada, señalaba:

¡Atormentar a una niña  
Teniendo tan corta edad!  
Esto es inicuo infamante,  
Incapaz de descifrar.  
Una gente de esta especie  
Es aún peor que los salvajes,  
Peor que las fieras sin alma  
Que se alimentan con sangre...

Otras formas de tormento consistían en colgarlas de una reata que pendía del techo, las despojaba de sus ropas y comenzaba a darles de golpes con una cuarta de las usadas para los caballos.

En varios números de la Gaceta Callejera, José Guadalupe Posada ilustró diversas escenas del martirio; en un primer ejemplar, la horrorosa mujer se halla arrodillada junto a la niña, tirada al piso, sobre su estómago, atada de pies y manos, mientras la verdugo le quema la piel con unos fósforos. En otro, aparece el bracero con carbón, las tenazas y las extremidades de la niña, atadas. La asesina huye.

Durante el juicio, el jurado careó a la mujer con su hijo, de nombre Aurelio Bejarano Martínez.

—Bien se dijo que esta acusación que sobre mí has lanza- do —exclama la criminal mujer — hará que concluya mis días en prisión, pero nada diré respecto de su falsedad, te perdono. Los hombres me condenarán, pero Dios, que ve en el fondo de los corazones,

tendrá en cuenta el sacrificio que hago de mi libertad para que tú te salves. Que Él no te tome en cuenta la calumnia que arrojas sobre tu madre.

Aurelio, pálido y abatido, no contestó ni una sola palabra a los reproches de la desventurada. A las reiteradas preguntas del defensor para que negara algunos de los cargos de la Bejarano contestaba con el más profundo silencio.

— ¡Quién sabe —continuó aquélla— si tú fueses el que golpeó a Crescencia y ahora mirando el cargo que puede resultarte me achacas a mí tus obras!

¡Qué terrible debe ser para esa infeliz verse acusada por su propio hijo!

La Bejarano, cuando ingresó al departamento de mujeres de la cárcel de Belén, estuvo a punto de ser asesinada por sus compañeras, que enteradas de los tormentos que hacía a las niñas, querían hacerse justicia por su propia cuenta.

Durante su estancia en el penal, vivió aislada y temerosa ante las amenazas de las mujeres que buscaban vengar a las víctimas de esta horrible mujer.

En la Gaceta Callejera se publicó el siguiente corrido:

Con una crueldad atroz / la terrible Bejarano  
ha cometido la infamia / el crimen más inhumano.  
Iracunda martiriza / aquellas carnes tan tiernas  
con terribles quemaduras / en los brazos y en las piernas.  
Y a pesar de su maldad / es digna de compasión,  
de lo que debe sufrir / encerrada en su prisión.  
Y allá entra la negra sombra / de su oscuro calabozo,  
de la víctima inocente / verá el espectro espantoso.  
A la inocente Crescencia / martiriza de tal suerte  
que esta víctima inocente / halló una temprana muerte.  
Años hace que otro crimen / igual á éste cometió  
y por el cual la justicia / a prisión la sentenció.  
Cuántas veces en la noche / verá su sueño turbado  
por el recuerdo terrible de / aquel crimen tan nefando.  
Y escuchará los gemidos / de aquel pecho acongojado  
y aquel llanto lastimero / por el tormento arrancado.  
La infame mujer verdugo / encuentra un grande placer,  
en causar a esta criatura / un horrible padecer.  
Y lo que más horroriza / al pueblo que lo ha palpado  
es que de su propio hijo / su cómplice haya formado.

El cruel remordimiento / debe traer a su memoria,  
de aquellas tristes escenas / toda la pasada historia.  
Y esta aterradora imagen / que vivirá en su delirio,  
será su justa expiación, / será su eterno martirio.

# Tragedia en una pulquería

(1895)\*

\* Basado en Gil Blas, 27 de enero de 1895.

Un horrible drama provocado por el pulque ocasionó la muerte de Nicolás Castillo y de Carmen García.

Ayer sucedió esta tristísima historia cuando Castillo, encargado de la pulquería La Hortensia, cerraba ese lugar, sito en la esquina de Manuel Doblado y Díaz de León, pues terminaban sus labores.

Justamente, en ese momento, una horrorosa pareja, hombre y mujer, llamados Donaciano Vargas y Guadalupe Mendoza, en pleno estado de ebriedad, pidieron se les vendieran, aunque fuera, una pequeñita cantidad del blanquecino licor.

El encargado de la pulquería no accedió a la petición, argumentado que ya había cerrado el establecimiento y él se tenía que marchar tras rogarle un momento y aquél reiterar la negativa, comenzó a ser injuriado por la Lupe Mendoza, famosa en esos lares por sus desplantes y majaderías.

La espantosa mujer insultó al encargado de la pulquería hasta más no poder; Castillo, ante eso, y para evitar un pleito que ni quería ni deseaba, trató de arrojarla del establecimiento; tomándola del brazo, se quedó con el sucio y grasiento rebozo al intentar echarla.

En ese justo momento, Donaciano, que apenas podía ponerse en pie, pareció despertar del letargo provocado por el pulque, de la embriaguez que cargaba de varios días, y se le enfrentó a Nicolás Castillo quien, dada la condición del beodo, apenas tiró un puñetazo en el rostro del borracho, que lo fue a tumbar junto a un anafre de una vendedora de enchiladas, envueltos, quesadillas, carnitas y tacos de tripa gorda, en un molcajete gigantesco. El viejo sombrero de palma comenzó a incendiarse con la lumbre del anafre.

Tranquilo por conocer la condición ebria de sus agresores, Nicolás Castillo no pudo prever que, a sus espaldas, se acercaba velozmente la monstruosa mujer llamada Guadalupe, con un filoso cuchillo que sacó quién sabe de dónde.

Nicolás apenas alcanzó a mirar el puntiagudo puñal que la mujer le enterraba en el brazo izquierdo, en un arranque brutal y cruel.

La sangre brotó a borbotones, inundando un charco de agua sucia que se hallaba en el lugar. De inmediato cayó al piso y ahí lo remató la feroz asesina.

La señora de la comida, de nombre María del Carmen García, quien le estaba muy agradecida al pulquero por haberle permitido vender sus fritangas desde hacía muchos años, intentó desarmar a la Lupe, sin éxito alguno, pues la violencia, el odio y la borrachera la habían convertido en una terrible fiera, en una monstruosa mujer capaz de asesinar hasta a su madre si se le ponía enfrente.

La infeliz Carmen no sólo no logró desarmar a la horrorosa Guadalupe, sino que ésta apuñaló a Nicolás Castillo, quien permanecía inerte, perdiendo sangre, y que con una puñalada cerca del corazón perdió la vida en el acto.

A doña Carmen le hizo algo semejante, al enterrarle el puñal en la garganta ininidad de veces; parecía que quería arrancarle el cuello, separárselo del cuerpo, para entonces inerte, de la fritanguera.

Los vecinos que comenzaban a llegar no querían intervenir tras mirar el resultado provocado con la señora de los tacos.

La monstruosa y criminal mujer estuvo a punto de matar hasta a su hombre, que se había quedado dormido después del golpe que le propinó Nicolás Castillo y que le provocó tantos odios a la Lupe.

Pero lo dejó tirado, entró a la pulquería, tras amenazar a todos los mirones, se sirvió un tornillo y se sintió extraña de entrar a ese lugar. Después de un segundo largo trago comenzó a desfallecer debido tanto a la furia desatada y al esfuerzo de haber matado a dos cristianos, como del pulque tomado en exceso en los últimos días.

Ni siquiera se enteró de cómo se la llevó un gendarme a la sexta comisaría. Cuando despertó, estaba extrañada de su permanecía en esa oscura mazmorra.

Lupe no recordaba nada, ni siquiera recordaba al individuo que la acompañaba, Donaciano, al que vagamente recordaba haber conocido en otra pulquería de nombre, paradójicamente, "No me olvides".

Cuando fue condenada a varios años de presidio, primero comenzó a sollozar muy suavemente, pero fue subiendo de tono, hasta alcanzar enormes alaridos, como si fuera una perra del mal, una hija de Satanás, pues sabía que debía arrepentirse de un horrible hecho que su oscura memoria había borrado...

## Martirio de una niña

(1893)\*

\* "Martirio de una niña" Gaceta Callejera, 3 de octubre de 1893.

Grande alarma. En el Barrio de la Palma. Escándalo ocurrido en el Puente del Blanquillo.

Un hecho horrible a imitación de las célebres hazañas de la vil Bejarano acaba de ocurrir por el barrio de la Palma y hubiera tenido consumación el crimen si la intervención de la policía no hubiera sido tan oportuna.

Por un chicuelo vecino del referido barrio se logró evitar a su debido tiempo. Sabedor del hecho que se estaba practicando, ocurrió al gendarme que estaba situado en la calle de la Trepana y Santo Tomás y le dijo que en una accesoria del Puente del Blanquillo estaban martirizando a una niña.

El gendarme número 244 fue el que tuvo tal noticia, el cual inmediatamente se dirigió al lugar del suceso, para ver si era verdad lo que el muchacho le había contado, y efectivamente llegó al citado callejón y vio con gran sorpresa a una niña que estaba atada a un madero y en figura crucificada. La niña apenas contaría con seis años de edad.

El referido gendarme tomó a la niña en la misma posición que estaba atada al madero y marchó con ella a la comisaría de la respectiva demarcación, llevándose también a dos mujeres que allí se encontraban.

Esto pasaba a la luz clara y en presencia de multitud de curiosos, pues estas calles son bastante concurridas. No se sabe cómo circuló la noticia de que la madrina era una de esas dos mujeres que aprehendió el gendarme; martirizaba continuamente a la niña ejerciendo con ella castigos inquisitoriales. Entonces el pueblo se puso furioso lanzando horribles injurias contra la nueva Bejarano que a no ser por la intervención de la policía la hubieran matado instantáneamente. Llegaron a la comisaría con grandes dificultades, pues el pueblo que las seguía era inmenso. Allí se aclaró que la niña apenas cuenta con seis años, se llama Antonia Pérez y vive en unión de un hermanito suyo más pequeño que la víctima, el cual se llama Daniel, con Antonia Ramírez, su madrina, mujer que vive en el callejón del Blanquillo.

Francisca Cerezo se llama la madre de los dos niños y esta pobre mujer se encuentra gravemente enferma en el hospital, y por esta razón o justo motivo se los entregó a la madrina, llamada Antonia Ramírez.

La niña declaró que su madrina continuamente la maltrataba y que ese día porque se le olvidó persignarse la ató al madero y la crucificó.

Dice la referida niña que su madrina no le consentía jugar ni distraerse de manera alguna, ni salir a la puerta, y que cuando se deslizaba en algo la golpeaba cruelmente.

Por faltas muy leves de la niña, por juguetona o traviesa como todas las criaturas,

sufría horribles castigos.

Es preciso poner coto a esa clase de castigos. Es necesario corregir a esta gente bruta que martiriza sin tener piedad de los inocentes.

La moralidad y la corrección en estos genios viles y miserables son indispensables, y a las respectivas autoridades toca poner remedio.

# Tan Chiquita y tan matona

(1897)\*

\* Basado en los textos Mi Diario, de Federico Gamboa; "Drama en Tarasquillo", Hoja Volante, de José Guadalupe Posada; periódicos El Popular y El Imparcial, marzo de 1897.

Sí, sí aquí estás, Esperanza.

¡Perdona mi alevosía!

¡No me atormentes ya más,

Será eterna mi agonía!

La chiquita resultó muy matona. Ésta es la historia de un par de hetairas, dos pobres mujercitas a quien el sino fatal condenó al dolor, a los fines más aviesos, a la prostitución. Dos hijas del vicio, sacerdotisas del amor libre.

Más aún, su destino fue sumamente trágico.

Una de ellas alcanzó celebridad pero, a cambio, ha de sufrir el martirio del presidio. La otra ya está dando cuentas, muy malas, por cierto, al Creador.

Es la historia de una tragedia, de un drama provocado por una pasión insana. Una fatalidad de celos y vicios, que ha dejado un cadáver con el cráneo destrozado.

Una de las mujeres, la que hoy sufre en este valle de lágrimas, se llama María, se apellida Villa y tenía por mal nombre la Chiquita.

La otra, ya bajo tierra, era una gachupina que en vida se llamó Esperanza Gutiérrez, pero en los congales en que se movía todo el mundo le llamaba la Malagueña.

Este dúo de infelices mujeres fueron protagonistas de un espantoso suceso, en un baile de máscaras, en pleno carnaval, la madrugada del 8 de marzo de 1897 en la Plazuela de Tarasquillo.

‘Si tuviera diez vidas, diez le hubiera quitado’

Era la fiesta del pecado, la de carnes tollendas, los días previos a la cuaresma, al recogimiento, a la purificación.

Era la noche del domingo 8 de marzo cuando se encontraron las dos bravas hembras en un baile de máscaras.

Aunque al principio, cuando se conocieron, eran buenas amigas, hacía ya mucho tiempo que se odiaban; una mañana se pelearon hasta quedar desgreñadas ambas.

Esa noche de carnaval, María, la Chiquita, iba acompañada de un joven, un pollo llamado Salvador Ortigosa con quien bailó toda la noche.

Esperanza estaba acompañada de una de sus compañeras llamada Carmen, (a) La de los lunares, y miraba, con coquetería, a Salvador.

La Chiquita declaró, después del crimen, las rencillas existentes entre ambas desde hacía mucho tiempo porque la gachupina siempre buscaba quitarle sus amantes, o

cuando menos siempre lo intentaba. De hecho, desde que llegó al baile, miraba con descaro a Salvador.

De hecho, la pareja había comenzado a tener problemas cuando le llegó el chisme a María Villa de que Salvador andaba muy acaramelado con la Malagueña. Al principio no creyó, pero un día los encontró abrazados en la sala. Al verla, Salvador dejó a Esperanza y corrió a abrazar a María, jurando que no era nada y prometiendo ni siquiera voltear a ver a la española.

Sin embargo, no fue así, Salvador se inclinaba cada vez más con asistir a ver a la Malagueña, quien consentía que aquél tuviera dos mujeres; mientras la Chiquita sufría mucho, pues no aceptaba eso, quería a Salvador sólo para ella.

Comenzó, entonces, una rivalidad que las llevó a reñir a manazos y cachetadas que no continuó porque las separaron. Cada vez que se encontraban se lanzaban miradas de odio, aunque, hay que decirlo, la españolita, con esos hoyuelos parecía sonreír siempre, lo que irritaba a la Chiquita.

Ese día del trágico acontecimiento, ambas bebieron bastantes licores y cervezas y, según María, a cada instante que se encontraban por el salón, la española le hacía infinidad de muecas burlonas y se reía de ella en su propia cara.

El pitorreo fue muy marcado en un momento en que se encontraron en la barra de la cantina; en esos instantes María no quiso hacer nada para evitar un enfrentamiento entre su acompañante y el hombre que estaba con Esperanza.

Pero en ese instante, María pensaba que "Si diez vidas hubiera tenido Esperanza, diez le hubiera quitado, una por una". Y es que para ella Salvador representaba todo.

En su diario había escrito: "Mi Salvador, no puedo hacer otra cosa que adorarte con idolatría, con locura, con fe ciega. Soy la mujer que más te amó sobre la tierra; ese hombre fue mi vida y mi muerte y si en el más allá se ama, te amaré". Este obsesivo amor explica la animadversión que sentía por la otra mujer.

Todos los que vieron al par de enemigas jamás imaginaron que ese dueto de mujeres tan guapas, que bailaban, reían, estaban alegres, vivían la última noche de sus vidas y que, en ambas, el alcohol comenzaba a hacer mella.

Esas alegradoras estuvieron felices en el baile; bebieron y bebieron, sobre todo, especialmente, Esperanza, cuya embriaguez era perceptible.

Por ahí anduvo el escritor Federico Gamboa, según contó en Mi diario. Inclusive bailó con la españolita. El periódico El Popular, discreto, escribió: "Bailó, bailó mucho con un conocido literato cuyo nombre callamos, y con el cual permaneció casi toda la noche".

Es muy probable que la Chiquita se haya inyectado morfina en este lapso, pues su excitación era impresionante.

Al terminar la fiesta, eran las cinco de la mañana, las dos mujeres se despidieron al parecer en buena armonía.

## El crimen

María salió del baile acompañada del joven Salvador Ortigosa y su hermano; la acompañaron hasta su casa ubicada en el callejón de Dolores 7. Le pidió a su novio su pistola, argumentando que estaba muy tomado y podría cometer alguna tontería.

—No, María, no tengas cuidado, déjame mi arma.

—Yo te la guardaré, mañana en la noche puedes venir a recogerla.

Entregó su pistola y se retiró con su hermano; María había dicho al cochero que la esperara. Entró a su casa a cambiarse de ropa, dejando el elegante vestido que llevaba al baile y se puso una falda y chaquetilla de lanilla negra, se abrigó el cuerpo con una capa plomo con golpes negros y se cubrió la cabeza con una mantilla negra. Salió sin olvidar la pistola y ordenó al cochero dirigirse a la casa número cinco y medio de la calle de Tarasquillo, donde vivía Esperanza. Al llegar bajó del carruaje con prisa. El frío de la madrugada arreciaba. Tocó la puerta y le abrió la sirvienta de la española.

— ¿Está Esperanza?

—Sí, señora, acaba de llegar y se está acostando.

—Deseo hablarle.

—Veré si puede recibir a usted en este momento.

María Torices, la sirvienta, fue hasta la recámara de la Malagueña.

—Señorita, ahí está María la Chiquita, que quiere hablar con usted.

—Que pase —contestó Esperanza.

Estaba intrigada; se levantó del lecho a ponerse una horquilla de plata para no verse despeinada y se miró al espejo. No sabía que nunca más volvería a ver su imagen viva. Su cuerpo sólo era cubierto con un camisón y con medias.

Abrió la puerta y se paró en medio del cuarto.

— ¿Qué quieres, María?

La escena podría ser parte de una obra de teatro o de una comedia, pues una mujer, bajita, vestida totalmente de negro, altanera, parecía llevar luto; estaba frente a una mujer muy alta, casi desnuda, como Dios la había traído al mundo.

—Anoche te reíste de mí en el baile y no volverás a reír más... El rostro de Esperanza comenzó a desfigurarse de miedo, quedó paralizada al mirar que María sacaba una pistola y le disparaba. La bala fue a incrustarse en el párpado inferior del ojo izquierdo como a dos centímetros del borde de la pestaña y luego otro; una bala le penetró en el lado interior de la órbita del ojo derecho y salió por el occipucio. La infeliz mujer cayó al suelo tendida boca abajo como herida de un rayo. La hemorragia tiñó de rojo todo el cuarto, escenario de pasiones malsanas.

Al momento que dispara por segunda ocasión, la sirvienta de

Esperanza se lanzó con valentía a desarmar a la Chiquita.

Aun cuando era un barrio violento, debido a que ahí se juntaban el pecado, la vagancia, la lujuria y otros pecados, escuchar las detonaciones del revólver movilizó a todo el barrio.

Otro de los criados salió corriendo en busca del gendarme 1065, que acababa de entrar de servicio. Eran las seis y diez de la mañana.

María quedó paralizada, con la mirada perdida. Cuando llegó el 1065, preguntó:

—Pero, ¿qué hiciste, mujer?

—Ya lo ve, he herido a esta mujer.

Existe otra versión, la de María, la Chiquita, quien todo el tiempo insistió en señalar que “el móvil que le impulsó a ir a buscar a Esperanza no fue el de matarla sino el de reclamarle que se hubiera mofado y reído de ella, vejándola, persuadida de que en un encuentro la hubiera golpeado como ya había sucedido otra vez y al efecto presentó una cicatriz en el labio superior debajo de la nariz en el lado derecho.

“Al reclamarle sus burlas, Esperanza le contestó, la insultó y quiso pegarle, entonces ella dijo: ESO NO, y tomando a Esperanza del camión, sacó la pistola de debajo de la capa y sin saber cómo el arma se disparó.”

### El escenario del crimen

La casa donde ocurrió este terrible crimen se halla en el barrio de Tarasquillo, en una casa que consta de dos plantas; en el centro del patio se yergue la escalera que permite el paso a las habitaciones de la planta alta.

En la planta baja se halla la pieza que ocupaba la Malagueña. Su puerta da al patio, tras el cubo de la escalera. La recámara de Esperanza tenía una cama de latón, un buró de mármol, frente a la cama un enorme guardarropa con lunas de venecianas, una puerta que da a la sala; del otro lado está el tocador, estilo americano, lleno de perfumes y otros menurjes, con cubierta de mármol y una gran luna.

Después del crimen, estaba en desorden, con un charco enorme de sangre que tardó varios días en poder limpiarse.

### Las protagonistas del drama

Esperanza, que en realidad se llamaba Rosalía, era española, andaluza para más señas, pues nació en Málaga y su madre vivía en Lisboa; era quince centímetros más alta que María, tenía el pelo castaño, ojos oscuros, nariz recta; era gruesa, guapa y de pasiones igualmente violentas. También contaba con unos finos labios plagados siempre de una sonrisa. Su barba era la parte más atractiva (además de su cuerpo, claro), tenía un hoyuelo de graciosa, lo que atraía con tanta fuerza, que era una de las mujeres más solicitadas del burdel.

Aunque de clase humilde, sus padres procuraron darle educación que Esperanza

aprovechó pues era, entre las demi-mondaines, una de las más inteligentes; tenía una regular educación y su conversación, al decir de los que la trataban, era amena. Tan lo era, que entre sus amigos se encontraba uno de los literatos más populares: Federico Gamboa, autor de Santa, de La llaga y de otras novelas de gran calidad.

Al morir sus padres, se dedicó a cantar y bailar, para sobrevivir, en cafés de Málaga, Sevilla y Cádiz; después fue a Portugal, donde se hizo amante de un empresario y se dedicó a cantar tangos y malagueñas. Hacía tres años que llegó a México, arreglándose en la casa de Natalia Hidalgo, a la que proporcionó muchas ganancias. Esta mujer se alojaba en la casa de tolerancia de la Plazuela de Tarasquillo.

La historia galante de la Chiquita era más vulgar, según el periódico El Popular. Le llamaban así debido a su pequeño tamaño, 1.50 metros. Según la prensa, nació en 1875 en Zapopan, Jalisco; pero según declaraciones emitidas por ella en 1903, San Pedro Tlaquepaque fue su lugar de origen.

Hija de campesinos humildes, recién cumplía veintidós años cuando ocurrió el infausto momento que modificaría su vida.

Tenía un agraciado semblante y facciones graciosamente traviesas, heroseadas por un par de ojos expresivos de gran belleza, tal como dice la canción: "No hay ojos más lindos en la tierra mía, que los negros ojos de una tapatía".

Jalisco tiene fama de producir hembras hermosas, fáciles y ardientes; tapatías eran un buen número de las chicas que practicaban la prostitución en esta época.

Se dice que la miseria fue la que la trajo a una casa de mala nota. Era tan graciosa y bella, que pronto escaló importantes posiciones en ese desdichado gremio.

Tuvo muchos amantes, inclusive durante una temporada se retiró de la prostitución para irse a vivir con un banquero alemán que gastaba el dinero a manos llenas. No se sabe bien qué pasó, pues el teutón quedó arruinado y María regresó a ejercer la prostitución.

María y Esperanza eran amigas hasta que un amor mutuo las puso en pugna.

### La autopsia

Dice una crónica que "causaba pena ver que el bisturí del facultativo destrozaba y desfiguraba más el cadáver que la homicida bala, que la misma muerte".

"La autopsia señaló que el proyectil destruyó la órbita del ojo izquierdo, vaciando éste por completo, penetró en la cavidad por la parte inferior del hemisferio fracturando la región occipital y despedazando la masa cerebral."

El estómago se encontraba repleto de alimentos sin digerir y líquidos que despedían un desvergonzado tufo alcohólico de gran magnitud.

Al concluir la autopsia, el cuerpo fue unido de nueva cuenta con gruesas y burdas puntadas; parecía que se unía un costal, no un cuerpo que tantos placeres había ofrecido.

También, ese cuerpo que tantas veces cubrió su desnudez con finas ropas, ahora era cubierto con un trapo sucio, apestoso, lleno de sangre de otros cadáveres y luego fue envuelto con un trapo de iguales condiciones.

¡Quién hubiera pensado en estas escenas tan deprimentes, apenas unas horas antes!

Federico Gamboa buscaba su Santa

El escritor Federico Gamboa, el laureado autor de Santa, acudió al anfiteatro del Hospital Juárez para ver en la plancha a la mujer recién fallecida y dejó la siguiente descripción en Mi diario:

Ayuno de sueño por la trasnochada de ayer en un baile de más- caras, al que fui por esta empecatada costumbre de frecuentarlos, medio dormido levántome a abrir mi balcón, en cuyos cristales alguien golpea con insistencia...

Es Jesús Contreras —con quien me pasé buena parte de la noche— que demudado me pregunta si nada me ha ocurrido y si sé lo del crimen...

— ¿El crimen?... ¿qué crimen?... —le digo yo tratando de averiguar en su mirada noble y leal de amigo sin tacha, si habla en serio o en broma.

Y asido él a los hierros del balcón, me narra el sucedido, a grandes rasgos, instándome porque me vista de prisa y salga pronto.

Ya en mi cuarto, Jesús descíframe el enigma: Esperanza Gutiérrez, guapa moza del partido, nativa de Málaga, y con quien anoche conversarnos en el sarao de disfraces y de paga, fue muerta esta mañana por María Villa, de Guadalajara, y también pecadora e irredenta.

En un principio, la noticia no me impresiona mayormente; mas conforme analízola dentro del simón en que Jesús me lleva al ministerio, me alarma la posibilidad de que me citen del juzgado instructor, y con ello y el aparecer de mi nombre en diarios y papeles de información, la gente de buena conciencia ponga el grito en el cielo y a mí me pongan en disponibilidad, que es prima hermana de la cesantía absoluta. El caso es grave.

Y mi miedo, llevadero a sus comienzos, tórnase en pánico, me miro envuelto en una averiguación criminal fisgona e implacable, como testigo, sí, señor, pero como testigo de cosas si no falsas, sí mal hechas.

Al toro por los cuernos, y al juzgado por el juez, que es persona de mi estimación y conocimiento...

—Vaya usted tranquilo, el delito está perfectamente comprobado y no le resulta a nadie cita ninguna —y entre sonrisa y sermoneo, me agrega—: Pero que el sofoco le sirva de escarmiento, más juicio, hombre, más juicio...

Para que el asunto no se complique, prescindo de provocar discusión sobre si será falta de juicio el... Jesús halla sabia mi resolución de haber dejado pendiente ese punto de vista, y porque el día pasó ya de su mitad y estamos invitados a comer con Gostkowsky, que se parte en breve hacia sus penates de Lutecia, enderezamos nuestro

andar a la Maison Dorée.

Somos cuatro los comensales: Manuel A. Mercado, el anfitrión, Jesús y yo; la comida no es maleja ni despreciables los caldos, por lo que mucho antes de los postres, mis aprensiones se han desvanecido y la endiablada y entretenida verba del barón, el atinado discreto de Manuel, que no con todos muestra su intelectualidad, y las salidas de Jesús, repónenme en mis cimientos y sólo de cuando en cuando una ráfaga de tristeza por esa pobre juventud tronchada me azota la memoria y me enseria unos segundos.

¿Por qué al levantarnos de la mesa, plácidos, le ocurrió a Jesús que fuéramos al anfiteatro del Hospital Juárez para ver en la plancha a la mujer asesinada?

Ello es que fuimos, que el empleado que nos concedió acceso hasta el local siniestro, hízolo por amistades con Jesús y porque había leído un libro mío...

Dos muertas veíanse en la sala de autopsias, o de "depósito", según nos explicó el muertero que nos escoltaba; una mujer del pueblo, cosida ya y de una anatomía lamentable, que la tuberculosis le diera fin; en la otra plancha, con forzada postura reposaba la Malagueña, en desnudez absoluta sin tentaciones, desnudez de cadáver, los pies exangües, tirado a marfil viejo, las carnes exúberas manchadas de sangre; el rostro con horrible huella, abajo del ojo izquierdo, el rastro del balazo que le quitó de penas; los labios entreabiertos, con el rictus de los que se van de veras, y que lo mismo puede traducirse por sonrisa que por mueca, según lo que nos toque vislumbrar en la hora suprema...

Tan emocionado como yo, púsose Jesús a dibujar un croquis a lápiz de la muerta. Y mientras Jesús dibujó, no aparté mis ojos de la Malagueña, mirando cómo las moscas, ¡oh!, pero centenas de moscas tercas y medio borrachas de sol poniente, de olores sospechosos y de sangres antiguas y reseçadas, paseábanse y revoloteaban por el cuerpo desnudo e indefenso; mirando sus carnes, ayer nomás complacientes y sedeñas, y hoy rígidas, en descomposición palpable, en camino de los gusanos que han de devorarnos a todos, cuando nos llegue la vez... Atraíame, fatídicamente, la cicatriz de su ojo herido, cicatriz diminuta sobre la que caían, revueltos, los cabellos rubios de la soberbia cabellera deshecha y sucia...

Regresamos a pie, atardeciendo, por las calles tristes y populosas de la Buena Muerte —iqué horror, la buena muerte!—, cuadrante de San Miguel y Aduana Vieja, donde nos separamos casi mudos, pensando cada cual, de modo diverso tal vez, en un propio asunto.

### Las exequias

El cuerpo fue entregado a una de sus compañeras, de nombre Natalia Hidalgo, quien recogió el cuerpo de Esperanza para llevarlo a velar a casa de la mujer.

El féretro era sencillísimo, de madera de cedro barnizada de negro en su interior, la madera enteramente desnuda, su exterior lo adornan cuatro grandes agarraderas de plata alemana, de igual metal son veinticinco perillas que adornan su parte superior.

En la tapa media de la tapa se haya unapalanca de forma ovalada en que se hayan grabadas las letras E.G.

El cadáver enteramente desnudo se envolvió en una blanquísima sábana y se colocó dentro del féretro, su último lecho.

El ataúd fue colocado en el cuarto de un torero vecino, llamado Antonio Miranda, (a) Pipo, ante la estrechez de la habitación de Natalia.

Como si se tratara de un gran personaje, dice El Diario del Hogar, "no había pasado media hora cuando ya el féretro y el lecho desaparecían bajo millares de bouquets, coronas y cruces de flores naturales... Y llegaban y llegaban coches de donde bajaban esas pobres mujeres con el dolor retratado en el rostro... había más de cien bouquets y otras tantas coronas; en la pieza contigua se agrupaban los visitantes, casi todos toreros".

A las cuatro de la tarde una multitud se agolpaba por la calle de Independencia, en el Jardín de Tarasquillo; decenas de mujeres de la vida galante, vestidas de negro, de riguroso luto, se apresuraban a abordar los vagones 382 y 377 de primera clase en donde acompañarían a la Malagueña al cementerio.

El féretro salió de la casa en hombros de un grupo de toreros que moraban día y noche por esos sitios: Arriero, Tenderín, Gasparote, Caro Chico y Pipa.

En un viaje inusitado, hubo veintidós coches de sitio solamente para ser ocupados por mujeres dispuestas a dar el último adiós a su colega.

A las cinco y media de la tarde el cortejo llegó al aristocrático Panteón Español; antes de ser sepultada, el Pipo abrió el ataúd y el rostro de aquella hermosa mujer estaba completamente desfigurado.

Así fue sepultada la Malagueña, ahí quedó.

Los dolientes regresaron al Jardín de Tarasquillo y las mujeres volvieron a sus labores aunque esa noche, y solamente ésa, no hubo música estridente, ni alaridos ni escándalos. Fue una noche de amores silenciosos y de pasiones dolientes.

Nunca más estarían por ahí ni la Malagueña, tampoco la Chiquita, a quien esperaban muchos años para pagar su crimen.

### La Chiquita

Encerrada y tras las rejas, en un separo, hasta el mediodía no había recibido ni un mendrugo de pan. De nada hubiera servido tenerlo porque la mirada perdida de la Chiquita desprendía una incomprensión total y una evasión que ni siquiera se le habría ocurrido deglutir algún alimento.

Casi al mismo tiempo que María estaba en la cárcel, el juez llamó a declarar al joven Ortigosa, quien estuvo acompañado de su hermano y otros tres amigos.

Su declaración duró un par de horas y se concluyó lo que se sabía de antemano, que

él no había sido testigo del crimen, por lo que fue puesto en libertad y sólo en calidad de testigo de referencia.

Ortigosa negó, también, que anduviera con ambas mujeres, a pesar de que María estaba más que celosa de la Malagueña y sus coqueteos con este hombre.

Otros testigos fueron el cochero del coche de bandera amarilla que condujo a María hasta Tarasquillo.

La tercera testigo fue María Torices, sirvienta de la Malagueña, quien no cesa de llorar desde el momento que vio el cuerpo inerme de la española.

#### Un cronista sentenciador

“Dos meretrices entregadas a los desórdenes de la orgía, empapando en la embriaguez sus desengaños, lanzando en medio del baile la carcajada que oculta un corazón al que roe la úlcera de la más espantosa desgracia; dos mujeres celosas porque el mismo amante les ha dado dinero y les ha hecho promesas de amor; dos hienas que se arrojan una sobre la otra arrebatadas por los celos y se arrancan la existencia, dando un espectáculo que, precisamente por lo común que es y por la frecuencia de su repetición, trae a la mente tristes y serias reflexiones sobre la desmoralización social.

“Ya está saciada la ira de la mujer celosa; el cadáver de su rival desnudo y rígido se encuentra en la helada plancha del anfiteatro, dejando para siempre el tibio y maullido lecho de la mujer de mundo. Ya la justicia humana puso su mano de hierro en la homicida que sola en el lúgubre recinto de su calabozo, empieza la penosa peregrinación del criminal que ve levantarse todas las noches, a todas horas, el fantasma ensangrentado de su víctima; ya el joven amante, causa involuntaria si se quiere del crimen, ve su personalidad arrollada por el escándalo y el padre anciano llora las calaveradas del hijo.

“Ahora que todas estas escenas y otras muchas, provenientes del desastroso drama del Tarasquillo, se desarrollan como las vistas de un sombrío panorama ante el público, hablemos de todas ellas y entremos en materia.”

#### La sentencia

La Chiquita fue sentenciada a veinte años de prisión; pero sólo permaneció dieciséis años en la cárcel, debido a un indulto otorgado por Porfirio Díaz.

La cárcel de Belén fue su refugio obligado durante todos esos años, un presidio miserable y ruin, totalmente saturado y que habría de ser sustituido, años después, por Lecumberri.

Guillermo Mellado, en su libro *Belén por dentro y por fuera*, señala que “la permanencia de María Villa en la prisión se significó por sus marcadas muestras de trabajo... Durante ese tiempo se dio a la tarea de enseñar a leer, escribir y trabajos manuales a todas aquellas mujeres que nada sabían de esto. Bien pronto tuvo un colegio allí mismo”.

Al enterarse de ello, el gobernador de la ciudad, Guillermo de Landa y Escandón, fue a visitar la escuela y quedó maravillado. Felicitó a María y le ofreció enviarle varias máquinas de coser y, asimismo, hablar con el presidente para que le indultara los cuatro años que le faltaban para salir.

Landa cumplió el ofrecimiento enviando seis máquinas y algunas telas; además, fue indultada María Villa.

# **iEspantoso crimen nunca visto! Una niña con la ropa cosida al cuerpo**

**(1902)\***

\* Hoja volante, ¡Espantoso crimen nunca visto! Mujer peor que las fieras. Una niña con la ropa cosida al cuerpo, Impr. de Vanegas Arroyo, 1905.

María Consuelo González, niña de seis años de edad, habitaba con su tía Tomasa Lugo, en la calle del Sapo número veintiuno. Concurría a la Escuela Nacional número siete de la misma calle y todas las profesoras y alumnas notaban en la criatura un sufrimiento inaudito, pero no se figuraban que éste fuera motivado por un martirio horroroso a que era sujeta la desgraciada niña.

Con la lívida palidez de los cadáveres y desencajada, la pobre criatura daba compasión a cuantos la veían y apenas acertaba a andar.

El lunes 21 del presente mes de julio de 1902, al salir del colegio ya mencionado, sufrió la niña referida un vértigo terrible y cayó al suelo. La profesora acudió violenta a levantarla y socorrerla, al tomarla de la cintura para colocarla en una silla aquella desdichada niña exhaló un lastimero grito como si le hubiera causado un daño grandísimo. Volvió en su marca y al acercársele la profesora a su cuerpo, oprimiendo en sus brazos para acariciarla, volvió la pequeñita a quejarse con más dolor. Preguntando qué fue lo que le sucedía, refirió la inocente criatura con incomparable asombro de todos que llevaba las enaguas y los calzones cosidos a la carne en la cintura y como las heridas producidas por la aguja al atravesar por el cuerpo no se encontraban cicatrizadas, cada vez que sentía el roce de algún objeto sobre los lastimados lugares experimentaba un dolor agudísimo.

A continuación relató que su tía la martirizaba con demasiada frecuencia, que hacía muy pocos días le quemó la boca con unas brazas de carbón tan sólo porque no quiso apurar un asquerosísimo brebaje que quería hacerle tragar en castigo de que no había ejecutado ciertos quehaceres domésticos impropios de una niña de aquella edad, y que por último su tía le había cosido fuertemente sobre la carne todas las ropas que llevaba puestas, azotándola cruel y despiadadamente cada vez que ella se quejaba de que le dolía el sitio por donde la infame verdugo hundió la aguja sin compasión de ninguna clase.

Como es natural, este increíble hecho, que es el colmo de la fiereza, fue denunciado a la policía; la desdichada niña fue conducida a la sección médica y allí, con sumo trabajo, pudieron quitarle las puntadas que en la cintura sostenían las enaguas. El doctor dio fe de las lesiones y profundas quemaduras que la desgraciada niña presentaba y se procedió inmediatamente a levantar el acta correspondiente.

La mujer inicua y la fiera en forma humana fue aprehendida; a la que niega haber cometido los referidos hechos se le tiene rigurosamente incomunicada desde que se le llevó a la comisaría. La inocente mártir fue curada en la Sección Médica con muchísima eficacia.

La cruel mujer, la tía verdugo, Tomasa Lugo, continuó negando absolutamente todo lo que la niña ha declarado. Sin embargo de esto, pasó a la cárcel de Belén siguiendo su rigurosa incomunicación, con el fin de que confiese la verdad. Para que las presas no fueran a organizarle una manifestación como de las que ha sido objeto la Bejarano, la autoridad y policía tomó todas las medidas precautivas y necesarias en el caso.

Parece increíble, parece mentira que en nuestra culta capital se registren esta clase de crímenes de magnitud formidable. ¡Instintos de crueldad inaudita que superan a los de las fieras! ¿Qué castigo merece esta mujer vil, este desnaturalizado ser? La autoridad, una vez comprobados los delictuosos actos, aplicará la condigna pena a la infame martirizadora.

Se sabe que el asunto se encuentra en poder del señor agente del Ministerio Público en turno, donde se esclarecerán perfectamente los hechos, que con razón sobradísima han causado tanta sensación a todos.

Tomasa Lugo se llama  
La humana fiera, señores,  
Que a su sobrina María  
Dio mil tormentos atroces.  
Tomen ejemplo las tías  
De este suceso horroroso  
Y no imiten nunca, nunca  
A este ser tan espantoso.  
Al confiarles una niña  
Como hija deben tenerla  
Y no abusar del estado  
De una huérfana indefensa.  
Moderen su genio cruel  
Y sus instintos de fiera,  
Pues serán de lo contrario  
Castigadas en la tierra.  
Y después en la otra vida:  
Allí será doblemente,  
Pues la astucia nada vale  
Para salir inocentes.  
Allí no hay apelaciones,  
No hay excusas para nada,

Y se aplica con más fuerza  
La gran prensa pronunciada.  
Inter tanto aquí en el mundo  
Sufrirán en la prisión  
Y la deshonra más grande  
De su crimen irá en pos.  
Se captarán el desprecio,  
Y la justa indignación  
Por una mujer malvada  
Se ve siempre con horror.  
¿Atormentar a una niña  
Teniendo tan poca edad?  
Esto es inicuo infamante,  
Incapaz de descifrar.  
Una gente de esta especie  
Es aún peor que los salvajes;  
Peor que las fieras sin alma  
Que se alimentan con sangre.  
Temer debemos señores  
A la justicia tan clara  
Y buscar en la moral  
La medicina que salva.  
Procuren en todo caso  
La cultura que hace falta,  
Y reflexionen muy bien  
Las consecuencias amargas.  
En fin, abrasen sinceras  
Una buena religión  
Y así no daréis cabida  
A la maldad y traición.

## Bultos que no respiran

(1903)\*

\* Basado en diversos textos de la época

Cada día resulta más terrible el problema de la habitación en la capital; hay personas hacinadas por todas partes de la ciudad, sobre todo en la orillas.

Decenas de personas llegan diariamente a México. La gente sigue emigrando en busca de mejorar su vida, y aunque muchos payitos traen dinero para llegar a un hotel, a un mesón o, mejor aún, llegar directamente a casa de sus parientes o sus paisanos del pueblo, la gran mayoría llega sin un centavo, en la miseria absoluta, y apenas comienzan a ganar unos centavos se van a vivir a unos lugares insalubres y complicados, alojamientos temporales que existen a las orillas de la metrópoli, en Peralvillo, Tepito, la Bolsa o San Lázaro.

Uno de los lugares más escabrosos para vivir son los dormitorios públicos, unos galerones donde por uno, dos o tres centavos, depende de la "categoría", se les entrega un petate sucio, roto y lleno de chinches y el alquilador se acuesta donde pueda.

La inmoralidad es el sino de esos locales, pues ahí conviven niños con ancianos, hombre y mujeres adultas; perro con ratas, gatos e insectos como chinches, piojos, cucarachas y demás asquerosidades.

De todo se admite.

Los habitantes han visto, con total indiferencia, muertes de ancianos, contagios de tifo, nacimientos de niños y otros sucesos peores.

Ahí mismo, espalda con espalda, se desatan las más terribles e inmorales pasiones, escenas de amor salvaje o encuentros homo- sexuales; ocurriendo sucesos como el que se desarrolló en la casa ubicada en la cerrada de Jesús.

Resulta que hace un par de días apareció un hombre, enredado en una sábana que alguna vez fue blanca. El tejido estaba completamente empapado en sangre y ya no respiraba.

Aunque había cuarenta y siete personas, todas dijeron no haberse dado cuenta. Cuando los gendarmes revisaron e interrogaron a esos individuos, no pudieron anotar nada.

Sólo un niño, adolescente, pudo describir tras mirar cómo golpeaban a su padre y a su hermano, pues su progenitor tenía unas gotas de sangre en su huarache derecho.

El niño, de nombre José Antonio Ahumada, señaló que la noche anterior, poco tiempo después de que se escuchara el grito del sereno, escuchó un manazo al rostro del ahora muerto, un hombre que por la noche había llegado dando tumbos por la borrachera y que había dejado un asqueroso olor a vómito en una esquina del excusado.

El hombre se había pegado a una mujer, jovencita, que estaba acostada sola muy

cerca de donde dormía el niño y su padre, que habían venido a la capital a comprar semillas.

El niño Pepe Toño declaró que muchos despertaron ante los gritos de auxilio de la chiquita. Muchas protestas hubo pues la mujer protestaba ante el abrazo del borracho.

De pronto sólo se escuchó un quejido y un gemir; los bufidos del hombre que parecían las de los toros de lidia de su tierra.

El silencio lleno de ronquidos de todos los durmientes del galerón fue lo que siguió. El hombre borracho quedó profundamente dormido y su escandaloso resuello parecía como el de un lobo aullando.

En la oscuridad, también, escuchó el triste sollozo de la muchacha. Él cerraba los ojos para no enterarse de nada, pero de pronto miró entre sombras cómo la mujer levantó el brazo; tenía una navaja cuyo filo relumbraba como la luna o las estrellas.

Bajó el brazo una y otra vez, como cuando se saca agua del pozo. El hombre sólo lanzó un gemido y vomitó, de nuevo, una cosa asquerosa que olía feo.

Parecía que todo el mundo dormía, pues nadie hizo el menor movimiento. La chica enterró muchas veces el cuchillo y luego se levantó muy despacio y, sigilosamente, a gatas, abandonó el galerón sin que nadie se diera cuenta de que se marchaba. Iba sola con un costal en la mano.

Antonio, curioso, se acercó a mirar el aspecto que tenía el hombre. Era pavoroso, tenía los ojos saltados y la cabeza estaba bañada en rojo. Después regresó al petate con su padre, donde durmió un rato, pues más tarde volvió a escuchar jadeos, en otro lado, mientras alguien susurraba, "Par de jotos".

Entonces se puso a rezar, pidiendo a la Virgen de San Juan de los Lagos que pronto amaneciera y se fueran de ahí.

La misteriosa mujer, joven y bonita, a decir del niño, es buscada por la policía, pues éste es el tercer asesinato que se da en las mismas condiciones.

Como esos alojamientos no registran el nombre de nadie, difícilmente se conocen datos personales de la asesina, ni tampoco del hombre muerto quien, además, tiene el rostro completamente destrozado.

Cabe decir que hasta ahora sólo se cuenta con el testimonio del niño Antonio, que nunca vio el rostro de la jovencita asesina que ha dejado varios bultos en uno de esos inmorales rincones, bultos pecaminosos que van derechito al infierno al no recibir el perdón de los pecados, llenos de sangre y que, además, no respiran.

# Horripilantísimo suceso: descuartiza a su hijo recién nacido

(1905)\*

\* Hoja volante, Horripilantísimo suceso: descuartiza a su hijo recién nacido, Impr. de Vanegas Arroyo, 1905. Basado en los datos de El Imparcial, 16 de agosto de 1905.

Increíble parece que haya madres desnaturalizadas en el mundo, peores mil veces que las fieras. Su deseo, su amor es tan sólo material; gozar bestialmente y luego sacrificar sin asomos de moral, sin corazón, al fruto de aquel acto animal. ¿Y para qué? Para pasar por honradas, por puras ante sus padres y la sociedad. Pero no se les logra su hipócrita mira y resultan doblemente deshonoradas por el descubrimiento de su pretendida castidad y más todavía por el crimen mayor tal vez de todos. Eso aconteció en esta ciudad de México, el día 15 de agosto de 1905 a las siete de la noche.

María Dolores Lugo se llama la homicida en cuestión, joven bellísima de diez y nueve años, originaria de Tula (estado de Hidalgo) y amante de don Narciso Perea. Esta muchacha fue criada con una tía muy buena y de educación católica romana, muy edificante y escrupulosa, por cierto. Desmentido quedó aquí aquello de que el rostro es el espejo del alma, porque la citada joven manifiesta bondad e inocencia. Bien, pero sigamos nuestra narración. María Dolores Lugo y Narciso Perea entraron en relaciones por el mes de diciembre del año anterior a escondidas de la tía de Dolores, que era con quien vivía la filicida: los clandestinos amores no hallaron tropiezo alguno ni interrupciones, y en el curso de ellos María Dolores quejábase en ocasiones de terribles padecimientos internos.

Atribúyalos su buena tía a otra especie de enfermedad, y jamás sospechó de lo que era en verdad. El momento del alumbramiento llegó el día 15 de agosto de 1905, y al ser las siete de la noche del mismo, la susodicha joven se vio acometida por los fortísimos dolores consiguientes. Entonces abandonó su recámara y secretamente se fue al excusado de su casa (cita en la Prolongación del Cinco de Mayo número ochenta) donde, poseída, según su propia confesión, de una repulsión muy grande por el fruto de sus entrañas, por traer la deshonra al saberlo su familia y amistades (como si aquella criaturita fuese culpable de los goces animales que tuviera), descuartizó en diez y ocho partes al desgraciado niño y uno por uno de estos pedazos los arrojó a un caño cubriéndolos inmediatamente con papeles y anegándolos en bastante agua sucia.

El estado de la muchacha se hizo luego alarmante y fue indispensable ocurrir al doctor Olvera, quien al punto dióse cuenta de lo que sucedía y así que acabó de curar a María Dolores dio aviso del horripilante crimen a la policía. Cuando el señor comisario de la cuarta demarcación se presentó en la ya citada casa, vio que en la puerta se hallaba Narciso Perea, el amante, quien en actitud de acecho espiaba todas las acciones de la policía en aquel momento. Esto llamó mucho la atención del señor comisario y aprehendió a Perea, quien de pronto parecía el instigador de la criminal madre.

Desagradable fue la impresión de la policía cuando se trató de recoger el pequeño

cadáver del recién nacido. En primer lugar se encontró el piecito izquierdo, luego la mano derecha, a continuación cinco dedos de la izquierda y así sucesivamente hasta llegar al cráneo; los pedazos en que fue dividido el cuerpecito fueron diez y ocho. Como la repugnante madre prosiguiese enferma, fue trasladada al Hospital de Maternidad en calidad de detenida y Perea ingresó a la cárcel de Belén. Tanto el padre como la madre quedaron a disposición del C. juez sexto de instrucción, el cual activamente trabaja en la formación del consiguiente proceso.

Interrogada al principio, María Dolores Lugo defendiose diciendo que la criatura había nacido ya muerta, pero para aclarar esto se dispuso dictaminara la ciencia para proceder.

Los peritos médicos-legistas D. Gabriel Silva y D. Roberto Cañedo rindieron el 19 de agosto de 1905 su dictamen al señor juez sexto de instrucción respecto a que si la criatura de María Dolores Lugo nació viva o muerta. Los citados peritos dijeron que había nacido con vida. En vista de este dictamen, el C. juez trasladose en la tarde del mismo día 19 a la sala número once del Hospital Juárez (a donde se llevó antes a la filicida) con objeto de tomarle declaración, la que confesó ya de plano su delito horroroso. Dijo que primero comenzó a destrozar a la criatura por la piernita derecha y de ahí prosiguió a lo demás del cuerpecito. Terminada esta importante declaración, se puso en libertad a Narciso Perea y a la señora María Dolores Lugo se le declaró formalmente presa.

Crímenes como el presente, poco más o menos en análogas circunstancias, se cometen aunque no muy frecuentemente en las señoras. Hace muy poco tiempo, como recordarán nuestros lectores, en Tacubaya se cometió uno por el estilo cambiando el hecho sólo en la manera de matar al niño, pero la idea fue la misma: querer poner en salvo un honor que no existía, aparecer inocente a costa de un delito gravísimo y apenas concebible. Pero resultó en ambos casos peor: en lugar de cubrir la honra se descubrió juntamente con el crimen repugnante del filicidio, y en el suceso que venimos narrando ahora se añadió además de la muerte de la criatura la crueldad de destrozarla. La justicia aplicará a María Dolores Lugo, según es de esperarse, todo el rigor de la ley, como es debido en semejante cosa.

Ojalá tomen un vivo ejemplo las señoritas que tienen relaciones clandestinas y se aparten de cometer un delito tan detestable y digno de mayor castigo.

Tomad ejemplo palpable  
De este caso criminal,  
Las mujeres al ser madres  
Su instinto deben dejar.  
Por salvar su honra mentida  
A su hijo sacrificó  
Esta mujer detestable  
Con maldita repulsión.

Primero gozó del mundo  
Con su prometido amante  
Y luego le dio vergüenza  
Haber resultado madre.  
Ocultar quiso aquel hecho  
Haciéndose la virtuosa,  
A su hija la destrozó  
Y se volvió más odiosa.  
¿Qué cosa logró la Lugo  
Con ese delito infame?  
Cobrar fama de asesina  
En las casas y en las calles.  
Tengan presente señoras  
Lo que han costado los goces,  
Y el no haber reflexionado  
Las consecuencias atroces.  
En una casa de cuna  
Dolores hubiera puesto  
A aquella pobre criatura  
Si no quería al descubierto.  
Pero se dejó llevar  
Del instinto tan brutal,  
Y el delito consumó  
Sin nada considerar.  
Tengan presente mujeres  
Lo que pasó con la Lugo,  
Todo ha perdido violenta  
Con sus hechos sin segundo.  
Si sois muy escrupulosa  
En la honra y el vivir,  
¿Por qué bien no lo cuidáis  
Para no dar que decir?

El honor no es la apariencia,  
Debe ser en realidad  
Y no cometer un crimen  
Para el mal así ocultar.  
En estos casos resulta,  
No lo debéis dudar,  
Mil veces peor el remedio  
Que la misma enfermedad.

## Abandonada por otra beldad, mata a su amante

(1907)\*

\* Basado en "una mujer homicida", El Chisme, mayo de 1907.

En el barrio de la Bolsa  
No hay que echarla de Tenorio,  
Porque allí se deja el cuero  
Y se va uno al purgatorio.  
Porque allí hasta las mujeres,  
Sin miedo a ser calaveras,  
Son tan bravas que parecen  
Unas positivas fieras.\*†\*

† Hoja volante, La calavera del Tenorio de la colona la Bolsa, Imp. de Vanegas Arroyo, 1913.

El domingo 5 de julio de 1908, en una laberíntica calle de la Colonia la Bolsa, Teodora López asesinó a su amasio Miguel Navarro, pues éste la abandonó tras ir en busca de otra beldad, de quien hasta el momento no se sabe el nombre.

Esta horrible y tristísima historia comenzó en un baile celebrado en el infecto cuarto de una pocilga de la calle de Yucatán, en la miserable colonia de la Bolsa, cuando se conocieron Miguel Navarro y Teodora López, los cuales, casi a la primera mirada, sintieron el flechazo de Cupido; entonces, poseídos de simpatía, se unieron con pasmosa facilidad, razonando con especial lógica que nada hacía falta para compartir sus miserias.

En estos bailes, donde el pulque y el chinguirito circulan profusamente, nunca terminaban bien los zapateos, pues los rencores

y desavenencias suelen aparecer en cuanto el influjo del alcohol comenzaba a hacer mella en los cerebros infectos de estos individuos, capaces de generar violencia a la menor provocación.

Pero esa noche, Teodora y Miguel se amaron, no en un petate, menos en una cama (que ni siquiera conocían), sino bajo la tenue luz de una luna llena que los hizo dormir abrazados cuando arreciaba el frío, aunque, para su amorosa suerte, la cercanía del verano no los hizo padecer demasiado.

Sin casa, ni trabajo, compartiendo solamente sus miserias y edificando sobre tan débiles bases su relación, el edificio de la paz conyugal no podía persistir, así que no pasaron demasiados días, apenas cuatro, cuando entendieron que su amor se nutría sólo de violencia, pues las desavenencias se daban mañana, tarde y noche, borrachos o sobrios, en el día o en la noche, en la casa o en la vecindad.

Era sencillamente imposible que existiese la más mínima in- compatibilidad de

caracteres entre dos seres semejantes, degenerados y llenos de vicios, como son la mayoría de los habitantes de la fatídica colonia de la Bolsa, ahí donde le roban a uno los calcetines sin que le quiten los botines.

La dulce pareja vivía en uno de esos míseros alojamientos, en un dormitorio público temporal, que se rentaban por periodos cortos y que tenían, por mobiliario, tan sólo un petate y debían buscar un lugar en el piso, en un amplio galerón, que era descrito así: "los expresados dormitorios son galeras largas y estrechas, con ninguna o poquísima ventilación; otros son cobertizos y piezas en sucesión, sin puertas para cerrarse, y todos con el único ajuar de dos series de vigas en los costados, que tienen el destino de servir de cabeceras a guisa de almohada. Esos dormitorios, que son de empresas particulares, tienen por servidumbre una persona, hombre o mujer, que se encarga de recoger en la entrada tres centavos que importa el alojamiento personal por una noche, con derecho a utilizar un petate de tule tomado al acoso de entre un gran montón que se ha formado en las mañanas a medida que van siendo desocupados; pero ¡qué petates! Uniformes todos en color por los matices que han dejado allí su huella inequívoca de asquerosidad toda especie de deyecciones y de vómitos, con el acompañamiento inseparable de los más inmundos parásitos, el asilado que llega no escoge el menos sucio, sino el menos roto..."\*

Era tal sordidez, que los habitantes de esos insalubres espacios a veces convivían con animales, y además, se carecía de la mínima intimidad, donde se podía mirar la luna debido a que muchos de ellos carecían hasta de techo.

Además, existía tal hacinamiento, que cohabitaban hombres, mujeres y niños en las mismas galeras. La perversión, el pecado y la inmoralidad juntos.

Por las noches era frecuente escuchar los gritos amorosos de una pareja, de cualquier sexo, hacer el amor; las violaciones y la sodomía eran frecuentes en estos lugares.

En fin, que en los mesones de la Bolsa todo podía ocurrir, inclusive que alguna noche, al llegar completamente borrachos, alguna pareja discutiera por quítame esas pajas.

Pues bien, ese mísero amor, decíamos, sólo duró cinco días y cuatro noches. Es decir, la felicidad fue efímera.

El plato cotidiano era una riña, más o menos encarnizada, en la cual no siempre era el varón quien sacaba la mejor parte, a pesar de su fuerza, pues Teodora procuraba por todos los medios posibles igualar las fuerzas por medio de cualquier arma ofensiva, pues siempre asistía, a la mano, con una piedra, un pedazo de carbón, un tronco de árbol o hasta una canica.

Misterios incomprensibles de la vida.

A pesar de toda la violencia, no podían vivir el uno sin el otro; tal vez no por amor, sino por esa costumbre cotidiana de mucha gente de su calaña, de tener una vida llena de incidentes y, por lo tanto, nada monótona.

Pero uno de esos días que parece que no pasará nada, Miguelito, como el Arcángel

San Miguel, decidió enfrentarse al diablo o, lo que es lo mismo, dejar a esa mujer endemoniada llamada Teodora.

Claro, todo eso acaeció, tan sólo, porque una friolenta madrugada, en un rinconcito de una pulquería ubicada en la segunda calle de Santa Catarina, y de mal nombre "El Infiernillo", muy cerca del mesón de marras, el corazón comenzó a latirle compulsivamente pues se encontró con otra beldad que lo sedujo en el acto; le fascinó tanto, que se perdió con ella esa misma noche, y ello provocó una inasistencia al dormitorio colectivo, mientras Teodora esperaba en el tapete acompañada solamente por las chinches que tenían en ese sitio, y comenzando a sospechar que algo no estaba bien.

Así pasaron una, dos, tres y cuatro noches más que Teodora esperó en vano el regreso de Miguel, que no había vuelto al tálamo nupcial; cinco días y cuatro noches que no llegaba, ni llegaría, pues estaba entregado por completo al amor de su nueva amasia, muy cerca de ahí, en un mesón vecino, igual de piojoso, igual de miserable, pero iluminado por el amor de locura que recién había encontrado y con quien, por cierto, nunca hubo la mínima dificultad, ni peleas, no broncas, ni nada: sólo pasión de la buena.

A Teodora no faltó quién le contara que su hombre tenía una nueva mujer entre sus brazos, por lo que decidió que sus derechos estaban por encima de sus deberes, y que ese hombre que la había golpeado más de una vez y del que había sentido sus caricias, además de sus garrotazos, era suyo o de nadie.

No podía conformarse con la separación después de convencerse de que su Miguel no había sido víctima de ningún puñal, ni estaba en poder de la policía, ni en la cárcel ni en el hospital.

Confirmó el lugar donde se reunía con su nueva amante. Había decidido vengarse. Nada menos podía esperarse de una hija de la colonia de la Bolsa.

Provista de un puñal, se echó en busca de Miguel. Fue a buscarlo a la pulquería donde le dijeron solían aparecerse, pero no tuvo suerte.

Siguió en la busca por aquellos intrincados y laberínticos callejones de la Bolsa y cuando comenzaba a pensar que la suerte la abandonaba, se los encontró, amarraditos, con besos llenos de saliva, con una envidiable felicidad para todos los infelices solitarios del mundo. Eso no lo pudo soportar.

Los ósculos prolongados de Miguel a su nuevo amor evitaron que se diera cuenta de que una sombra asesina lo acechaba.

Al verlo, se arrojó sobre él con furor reconcentrado; antes de tener tiempo de defenderse, caía Miguel con una profunda herida en el vientre, mientras la beldad se tapaba la boca para no gritar de miedo y horror.

Balbuceando, Miguel le dijo a su asesina las mismas palabras que el Arcángel San Miguel pronunció frente al diablo, cuando se le enfrentó: "Que te castigue el Señor".

Teodora no alcanzó a escucharlo, pues para entonces corría como una demente, con

el rostro descompuesto, aullando de la misma manera que se escuchaban a las gatas en celo, hambrientas y en los tejados, en esas noches lúgubres de la ciudad.

La homicida huyó, gritando, haciendo tal escándalo que un gendarme que pasaba por ahí la detuvo sin dificultad.

Miguel, herido de gravedad extrema, fue enviado al hospital y su estado era tan lamentable, que falleció en el trayecto.

De la beldad que lo acompañaba al momento del crimen nadie nunca más supo nada.

## **¡Horrible asesinato! Ama de llaves que mata a un cura**

**(1908)\***

\* ¡Horrible asesinato!! Una ama de llaves que mata a un cura, Impr. de Vanegas Arroyo, 1908.

El sensacional acontecimiento que vamos a narrar es el siguiente. Algún tiempo llegó a México, procedente de Sud América, un clérigo italiano llamado Marcos L. Orío con el objeto de continuar ejerciendo su misión en nuestra República. El Arzobispado de esta metrópoli le destinó como cura en el pueblo de San Jerónimo, perteneciente al Distrito de Otumba. Desde un principio manifestó este sacerdote su acendrada virtud y buenas acciones, fundando allí una pequeña sociedad católica y haciendo muchas obras de caridad, por cuyos justos motivos se captó en breve todas las simpatías y afecto de sus feligreses. Pero no era posible que pudiera vivir completamente solo en aquel pueblecillo. Buscó al efecto una señora que se hiciese cargo de los quehaceres domésticos y de ama de llaves, hallando muy a propósito a una mujer de regular edad, llamada Dolores Villavicencio, quien con muchísimo gusto aceptó el empleo.

En los primeros días desempeñó su cometido a completa satisfacción, por lo que el señor cura la elogiaba bastante, como honrada, buena y virtuosa. Mas la señora Villavicencio interpretó de otra manera los elogios y tomó su cargo bajo un carácter muy diferente del verdadero; así es que de la noche a la mañana transfórmose de criada en señora de la casa, y sólo se concretó a mandar y a no volverse a ocupar de ningún trabajo o quehacer doméstico. Varias veces el señor cura, a quien extrañole harto aquella conducta, pensó en despedirla; arrepentíase luego debido a su buen corazón y a su prudencia característica, de modo que se resignó a sufrir los malos ratos que le provocaban las inconsecuencias y mal manejo de la citada señora. Ésta se llegó, pues, a imponer, y logró dominar el dócil carácter del señor cura Orío, quien comprendió que aquella situación no podía prolongarse más y optó por tener una última entrevista con Dolores, la que no replicó ni una sola frase. Su conformidad fue grandísima en apariencia y aceptó aquella entrevista dejándola para la noche del próximo sábado.

Llegó ese día y el buen sacerdote con su conciencia tranquila esperó impaciente el momento señalado. Era la una de la tarde. Comió el señor cura en compañía de la Villavicencio y de un sobrino que vivía con él. Después de la comida, en sobremesa el virtuoso clérigo habló de esta manera a su ama de llaves:

—Dolores, nosotros estamos en la actualidad atravesando por una época en que todo está lleno de malicia, procuran inventar escenas indignas que pasen entre los sacerdotes, la maledicencia siempre se halla dispuesta a censurar a los ministros católicos en todo, urdiendo calumnias sin número. Ya ves: lo que sucedió en Guadalajara con el padre Amado, ministro indigno de la Iglesia, ha venido a poner peor las cosas, porque dirán que como fue él, así serán todos. Bien, pues para mí sería en extremo sensible que cualquier pretexto calumnioso me pusiera en mal con la Sagrada Mitra, y para prevenir y evitar un

caso de éstos, me ha parecido prudente el separarnos yo y tú; buscarás el modo de vivir de la manera que más sea de tu gusto y yo me conformaré a vivir otra vez solo, pasando trabajos. Lo que importa antes que nada es dar a entender al mundo impío que no todos los ministros católicos son malos y que nuestra religión resplandezca siempre pura y verdadera.

—Pues sí, señor cura —contestó Dolores—, tiene usted razón, esta noche hablaremos despacio del asunto y tenga usted por cierto que nuestra separación será de una vez.

Esta mujer, a pesar de su fingimiento para parecer tranquila y razonable, dejaba traslucir en su mirada y semblante una ira terrible y gran deseo de venganza, por cierto, gratuita y sin causa. El señor cura no se fijó en nada y sin sospechar siquiera la malévolaintención de la Villavicencio siguió confiado en todo. Llegó la noche.

La casa curatal componíase de varios cuartos: uno era despacho o escritorio, comunicado con el que era la recámara; en ésta había una ventana sin reja que daba para un jardincillo. Los otros cuartos eran ocupados por el sobrino del cura, la Villavicencio y los demás criados.

En el despacho tuvo verificativo el principio de la sangrienta y terrible escena. Eran las nueve de la noche y comenzó en la citada habitación la entrevista a solas entre el clérigo y la Dolores; ésta viose muy contrariada por tener que abandonar el curato, donde gozaba mucho, y como el señor cura la obligó a poner en práctica desde luego aquella forzosa separación, resultó por esto una discusión muy acalorada, terminando en enojo grandísimo por parte de la Villavicencio. El sacerdote, deseando poner fin a la desagradable disputa, se levantó de su sillón y dirigióse a su alcoba dando por terminada la entrevista. Al hacerlo, cerró tras sí la puerta de comunicación con el despacho, dejando en él a Dolores y asegurándose la parte interior con el pasador, evitando de este modo el paso a la recámara. La Villavicencio, frenética, ciega de rabia, sin reflexionar tal vez lo que se proponía llevar a cabo, pero saboreando la horrible idea de venganza, agarró una hacha filosísima de partir leña que encontró y empezó a dar fuertes golpes en la puerta de la alcoba, por lo cual logró romperla.

En aquel momento terrible, comprometido, previendo el señor cura un ataque feroz de la mujer aquella, abrió la ventana, que distaría dos varas para el suelo, y por allí se arrojó. Pero a este tiempo un balazo, un tiro de revólver disparado por la criminal mujer, fue a herirle en la espalda al desgraciado clérigo, haciéndole caer pesadamente sobre la tierra del jardín.

Inmediatamente hízole Dolores otros dos disparos, cuyas balas se clavaron en varios lugares del cuerpo del señor cura. Al estrépito de los tiros se presentó rápido el sobrino, siendo su primera idea detener a la homicida, a la infame mujer; pero ésta, con energía terrible, le amenazó resuelta, diciendo a gran voz:

—Al que se atreva a acercárseme... le reviento la tapa de los sesos.

No obstante, el valeroso sobrino se abalanzó a ella y después de quitarle por la fuerza

el arma la venció mientras llegaba la policía. Vino ésta con el juez, practicaron las diligencias de costumbre y el desdichado sacerdote, ya en estado agónico, expresó su voluntad, pidiendo que no castigasen a su matadora; además, ante el asombro de todos, legaba sesenta mil pesos, cantidad que formaba todo su capital.

En seguida murió. El revólver que usó la desnaturalizada mujer era del señor cura, y con la marca Smith calibre .38.

Dolores Villavicencio, como era natural y sin pérdida de tiempo, fue reducida a prisión, rigurosamente incomunicada, después de dar su primera declaración.

Por algunos años es seguro casi permanecerá esta fiera de forma humana purgando en la cárcel su horroroso e inaudito crimen.

Tened cuidado, señoras,

En dominaros a tiempo,

Horrible remordimiento

Como de pasar acaba

A Lola Villavicencio.

Y aún mejor para evitar

Estas terribles escenas

Y les hacéis olvidar

Su deber y sus ideas.

## El vals de la panadera

(1908)\*

\* Basado en diversos textos de la época.

Los Cuspinera eran una familia compuesta por dos hermanos que habían hecho una pequeña fortuna; eran dueños de dos panaderías y estaban ya muy arraigados en la ciudad de Puebla. De origen español, hacía muy poco tiempo habían recibido a la pequeña de la familia, de nombre Josefina, quien había llegado de España.

Era una señorita muy bella, una pollita zancona, como de catorce primaveras. Toda la sociedad poblana solía invitarle a todas las fiestas y Josefina aceptaba gustosa, pues era una chica muy alegre y coqueta.

Durante los primeros seis meses que arribó a la Angelópolis jamás faltó a un baile, a un té, ni al carnaval. Un buen día dejó de asistir a todos esos eventos sociales, pues encontró al amor de su vida, se enamoró de un joven introvertido a quien no le gustaban esas fiestas y Josefina, que por extrañas razones había caído en las garras del amor, dejó de asistir a todo tipo de reuniones. El novio de la españolita se llamaba José María Aguilar; trabajaba en una mueblería vecina a una de las panaderías de los Cuspinera.

El flechazo había sido rápido, y el romance fue fugaz.

A los cuatro meses José María desapareció de Puebla, sin dejar rastro alguno. La españolita, en la completa desolación, se había sumido en una profunda depresión, aislándose de la sociedad y de su familia. Para entonces, apenas salía a la calle y se le veía demacrada y débil; pasaba muchas horas leyendo novelas de amor, de mujeres sufridoras como Carmen, de Pedro Castera, o la María de Isaac.

Al mismo tiempo que pasaban los días del abandono, Josefina se iba notando, también, cada vez más descuidada; había dejado los vestidos alegres y juveniles, vistiendo ropas oscuras, como de monja.

Nadie podía explicarse el porqué de la desaparición y ulterior huida de José María, si se veían tan enamorados.

El 24 de junio de 1908, el mero día de San Juan, se celebró el santo de su hermano, que llevaba el nombre del apóstol; la familia convocó a una gran fiesta, con la certeza de que convencerían a Josefina de participar y dejar esa actitud deprimente que la hacía parecer cada vez más fea.

Tras muchos ruegos, Josefina aceptó acudir al festejo; cuando todos estaban preparados para ello, encerrada en su habitación pretextó un fuerte dolor de cabeza, pero prometió acudir en cuanto se sintiera mejor.

Había pasado mucho tiempo y Josefina no aparecía, por lo que su cuñada, acompañada de un sirviente, acudió a buscarle a la casa, dispuesta a forzar la puerta. No fue necesario, en cuanto abrió la puerta de la recámara se encontró con una Josefina radiante de hermosura, como antes.

A pesar del maquillaje, a ratos se veía muy demacrada y en la mirada se notaba cierto aire de tristeza.

Se disponían a salir a la fiesta, cuando su cuñada notó algo raro en el papel tapiz, parecía que estaba deslavado y había unas pequeñas gotas rojas. Entonces tuvo una corazonada.

Ya en el baile, todos se alegraron con la presencia de la muchacha. La cuñada, empero, no estaba tranquila ante eso que había observado, así que mandó a uno de sus criados de confianza a hurgar en el cuarto de Josefina mientras la familia permanecía en el baile.

El descubrimiento fue terrible: escondido en el ropero, y envuelto en unos trapos se encontraba un pequeño cuerpo destrozado, era un bebé que había sido estrangulado y golpeado contra los muros de la pared (por eso las gotas de sangre en ese sitio).

El empleado regresó a la fiesta y, horrorizado, contó a su patrona lo que vio. La cuñada no podía creer que eso había pasado, pues mientras escuchaba miraba con qué tranquilidad bailaba Josefina un vals, muy quitada de la pena, como si no hubiera sucedido nada.

Tras la fiesta les confesó que había quedado embarazada de José María, y al enterarse de ello se había marchado cobardemente, pues no quería comprometerse.

La familia intentó proteger a la joven. Buscaron a una comadrona que diera fe del nacimiento y muerte, pero ella se negó. Josefina fue a parar a la policía y fue juzgada, permaneciendo unos meses en la cárcel.

## Dos casos rescatados y estudiados por Carlos Roumagnac\*

(1904)\*

\* Roumagnac, Carlos, Los criminales en México: ensayo de psicología criminal. Seguido de dos casos de hermafroditismo observado, México, El Fénix, 1904.

Emilia M.

Emilia tenía 33 ó 34 ó 35 años, o eso creía; en realidad poca gente sabía su edad, pues nadie registraba un hecho tan banal, sobre todo entre los pobres de este país. Nació en Guadalajara, Jalisco. Quedó huérfana de padre desde muy niña; cuando falleció su madre, de tifo, fue recogida por familiares. Desde niña trabajó como sirvienta en diversas casas y a los quince años comenzó a embriagarse, a diario, con pulque.

A los veinticinco años conoció a Felipe C., quien la sacó de la casa donde trabajaba como doméstica y vivió con él cinco años, sin que tuvieran descendencia.

La historia es miserable; Felipe era carpintero y a diario llegaba borracho y la golpeaba. Los golpes no fueron la causa de la ruptura, pues Emilia se sentía enamorada de su carpintero. La causa fue otra mujer, María M., quien era cocinera de la fonda donde era mesera Emilia y con quien Felipe mantenía relaciones también.

La tarde del 10 de agosto de 1908, Emilia se encontraba, como a diario, completamente ebria, y al encontrarse a su rival, la provocó, entablándose una riña de palabra, que pronto llegó a las manos y más. María fue por un cuchillo e hirió a Emilia en el brazo, en la mano y en la cabeza, pero durante la lucha cayó al suelo y Emilia recogió el cuchillo que aquélla tiró al caer, infiriéndole innumerables lesiones que le provocaron la muerte a los tres días del suceso.

Herida y lastimada, sangrando, Emilia fue a una pulquería a seguir embriagándose y ahí la aprehendieron. Cuando despertó, estaba en un calabozo, cruda y con miedo, pues hasta ese momento se dio cuenta de lo que había hecho.

Fue sentenciada a trece años cuatro meses de prisión.

Trinidad T.

“Yo soy la única mancha en la familia”, confesó a Roumagnac cuando la entrevistaba para realizar los estudios de su libro.

Capitalina, de treinta años, su padre era carpintero y la madre, lavandera, oficio que heredó a Trinidad.

Su vida laboral comenzó a los diez años, trabajando como galopina en una fonda; a los quince era cigarrera en una fábrica, y a los diez y seis, lavandera.

Desde los diez y ocho años comenzó a embriagarse con pulque, a pesar de que, según ella, “al estar ebria sentía volverse loca y perder los sentidos, luego se dormía y ya no sentía nada”.

Tuvo muchos amantes. El primero fue un panadero con quien vivió un año y con quien

tuvo un hijo que murió a los dos meses de pulmonía, que fue la causa de la separación de ambos; después se unió a un zapatero, llamado Fructuoso, de cincuenta años de edad, que la tomó a la fuerza, inclusive, amagándola con un cuchillo; la relación duró cuatro meses, pues el zapatero tenía otra mujer; entonces se fue a vivir con otro amante a Mixcoac; nueva ruptura y regreso con Fructuoso.

Tanta inestabilidad iba de la mano del alcoholismo y eso le provocaría el crimen que habría de realizar, cuando encontró al viejo zapatero con la misma mujer que había sido la causa de la anterior separación.

Se propinaron una golpiza, y cuando el gendarme las llevaba a la comisaría, una y otra se desistieron de cualquier acusación.

Por la noche llegó Fructuoso a su nido de amor; estaba completamente ebrio, al igual que ella, pues había tomado pulque todo el día.

“La contienda dio principio con algunos insultos de Fructuoso para Trinidad, que naturalmente le contestó en términos semejantes, recibiendo, por último, una bofetada de aquél.”

Trinidad fue por el cuchillo a la cocina y se lo enterró en el brazo izquierdo, que se convirtió en una herida mortal. Al asesinarlo, lo miró tirado en el piso y fue a abrazarlo, pero ya era un cadáver.

Completamente ebria, la sección médica dictaminó que se encontraba en el último grado de embriaguez; no supo cómo llegó a la cárcel y, cuando despertó, se asombró de estar ahí, y además no recordaba nada. Una compañera de celda le dijo que llegó “muy trastornada, llorando y diciendo que había matado a su marido”.

Cuando recordó ese momento, dijo, sintió mucho arrepentimiento y se asustó por lo que había hecho.

Pero ya era muy tarde, le esperaban largos años en presidio.

## La pescuecera

(1912)\*

\* Basado en diversos textos de la época.

Una horrible y espantosa vieja desequilibrada, que tiene por mal nombre María Reyes, fue consignada a la cárcel de Belén por haber intentado ahorcar a un pequeñito, al cual se había robado de una banca colocada en una orilla de la Alameda de Santa María la Ribera.

Hacia unos meses, al finalizar septiembre, cuando apenas habían transcurrido algunos días de las fiestas del Centenario de la Independencia, una mujer de nombre María de los Ángeles Hernández se dirigió a pedir trabajo a una casa ubicada en la esquina que forman las calles de Álamo y la Rivera de San Cosme; en el cubo de un zaguán dejó a su pequeño bebé de tres meses, a unos pasos de ella, para estarlo vigilando.

Mientras atendía a la señora que la iba a contratar, se colocó un brevísimo instante de espaldas, cuando sintió que una mano rapidísima se llevó al bebé.

Parecía cosa de brujería, o de la llorona que se llevaba a los niños; sin embargo, eso no podía ocurrir, pues el riachuelo más cercano, el río Consulado, se encuentra a más de un kilómetro de esa casa; tampoco existía una encrucijada de camino, puesto que esas calles pertenecían a un barrio aristocrático recién erigido.

Desconsolada, Ángeles lanzó un alarido, una voz lastimera que, ahora sí, parecía evocar a la mala mujer que mató a sus hijos y que recibió, como castigo, estar condenada a salir todas las noches, como alma en pena, en la busca de sus hijos.

La pobre infeliz madre no sabía qué hacer ni a quién acudir. Corrió hacia todos lados, preguntó a la gente que pasaba por ahí. Los gendarmes sólo atinaron a regañarla por descuidar a su hija y a decirle que debía levantar una denuncia.

Una pequeña brigada de vecinos solidarios comenzaron a husmear por las calles aledañas sin tener éxito alguno.

Frustrada, llegó a su casa con todo el dolor. El silencio sepulcral invadía todo el vecindario cuando se enteró de la desaparición de ese hermoso bebé. El marido sugirió ir a la tercera comisaría de policía.

Ahí llegaron, les pidieron sus datos y luego de que la mujer repitiera una y otra vez la misma historia y se retorciera de padecimiento cada que evocaba ese momento ruin, les ordenaron volver a sus casas a esperar el resultado de las pesquisas.

Fueron a la Catedral y a la Villa de Guadalupe a rezar, a rogarle a la Virgen por la aparición de su pequeña; al regresar a su casa, la mujer cayó rendida después de no dormir durante muchas horas por la angustia, el dolor y la zozobra por su hija.

La dolencia en casa era más que visible; la infructuosa búsqueda de la policía desesperó tanto a la mujer que se lanzó ella misma a investigar a diestra y siniestra; recorrió hospitales, iglesias, y fue a buscar al mismísimo gobernador de la ciudad, don

Guillermo Landa y Escandón, quien ordenó intensificar la averiguación.

El azar hizo que una presa de la cárcel de Belén se enterara, pues su hermana le platicó la historia.

La reclusa recordó a una mujer recién ingresada al penal, que llevaba un bebé, quien se notaba maltratada y decía que era su hija; sin embargo, su comportamiento era muy raro; además, la niña era tan bella que en nada se parecía al espantapájaros que decía ser su mamá.

Así que la denunció a la guardia, quien notificó al juez y descubrieron que la mujer horrorosa tenía el antecedente de ser ladrona de niños.

El jefe de la policía fue a buscar a Ángeles para que identificara a la niña. La introdujo al interior de la cárcel de Belén y de inmediato reconoció a su pequeña. La pobre madre quería besarle la mano al policía, pero también asesinar a la horrible mujer que le había robado a su hija.

Las demás presas, muchas de ellas con hijos pequeños que compartían el sufrimiento de la madre, se lanzaron contra la horrible María con una furia incontrolable; comenzaron a golpearla, jalarle el cabello, patearla; debieron llegar policías refuerzos para evitar que la ladrona fuera linchada en ese instante.

María Reyes, la horripilante vieja criminal, dijo que la niña se la había regalado su comadre, que vive en un pueblecito cercano a Tulyehualco, lo cual nadie creyó.

La roba niños es descrita como una monstruosa mujer cuya fisonomía la hace parecer como escapada de una casa de la risa o de un manicomio; sus greñas, seguramente, jamás han recibido la bendición de un peine, su boca muestra una carencia de dientes, pues además de fea, es chimuela, y en los labios le crece un bozo que parece bigote mal rasurado. Es toda una bruja, no otra cosa.

Viste un rebozo sucio y agujereado, y el vestido está lleno de zurcidos mal hechos; bajo las asquerosas enaguas muestra unos pies deformes, con una gruesa capa de mugre, con dedos abiertos y uñas agresivas, asquerosas, negras; mientras la planta del pie semeja una penca de maguey quemado.

Resulta imposible hablar con ella dos palabras, pues todas sus respuestas son incoherentes y sus risas parecen tener origen en el más allá. En opinión de los médicos, la mujer está demente.

La Pescuecera, como ha sido apodada, fue puesta a disposición del juez para reabrir la causa por la que había sido condenada pero que, por extrañas razones, había sido puesta en libertad hacía unos años.

Y es que resulta que María Reyes fue incriminada, dos años atrás, por una vecina que, atraída por unos horribles gemidos lanzados por un niño pequeño de la casa que lindaba con la suya, asomó, con curiosidad, al sitio en donde se escuchaban los lamentos y descubrió un cuadro aterrador: María Reyes tenía en sus manos a un niño pequeño,

desnudo, al que apretaba el cuello, lo ahorcaba con una saña inaudita, mientras reía como una loca y poseída. El niño, de unos tres años e hijo de unos vecinos, en momentos apenas si podía llorar, al quedarse privado, pero de pronto soltaba unos gemidos lastimeros.

La bruja maldita había colocado una bandeja de agua hirviendo al lado, con quién sabe qué perversas intenciones.

La mujer curiosa lanzó gritos de auxilio ante el horror que presenciaba; varios hombres se acercaron a mirar ese crimen y a empellones abrieron la puerta y arrebataron al niño que tenía bajo su regazo la infeliz y espantosa mujer.

De inmediato, la madre del niño secuestrado, junto con otras mujeres, comenzó a golpearla, tomando justicia por propia mano y propinándole una paliza.

Cuando María quedó tirada, hecha un guiñapo, le lanzaron el cubo de agua, a lo que la Pescuecera respondió como si fuera un gusano que echan al fuego y, tras ello, la llevaron a rastras a la comandancia de policía, donde fue acusada de robo de infante y homicidio frustrado; por todo el camino, los niños la apedreaban y los mayores la escupían al saber quién era.

El marido de la mujer, un trabajador honrado y limpio, a pesar de ser pobre, y del que nadie se explicaba cómo podía vivir con ese esperpento, declaró que la mujer padecía de trastornos mentales por una afectación del corazón, lo que ocasionaba conductas irregulares e inconscientes. Ello se debía a que sufría mucho por no poder tener familia, por eso buscaba a los niños sin tratar de hacerles daño, afirmó el buen hombre.

Por tal motivo, el juez la absolvió a los pocos días de estar en presidio y ordenó su libertad inmediata.

Tremendo error.

Ahora ha comenzado a descubrirse que además del robo del infante de María de los Ángeles Hernández, con quien comenzamos esta historia, María Reyes había robado y estrangulado a un par de bebés más.

A la llamada Pescuecera, apodo dado por los propios carceleros debido a la manera de asesinar a los niños, le esperan muchos años de encierro, si no es que las otras presas deciden cortar su vida.

# Lo mató por no condescender a las relaciones de ilícita amistad

(1909)\*

\* ¡Horroroso asesinato! Acaecido en la ciudad de Tuxpan el 10 del presente mes y año. María Antonia Rodríguez que mató a su compadre por no condescender a las relaciones de ilícita amistad, Imp. de Vanegas Arroyo, 1909.

Acaecido en la ciudad de Tuxpan el 10 del presente mes y año, por María Antonia Rodríguez, que mató a su compadre por no condescender a las relaciones de ilícita amistad.

Esta desgraciada joven fue de familia honesta y de regular educación, hija de Rafael Rodríguez y de María Juana García; fue convidada por Agustín Lara y Paula Romero para el bautizo de un niño de dichas personas. Dicha joven tenía en su corazón un amor profundo, reservado para su compadre, pero éste no la quería por las malas, sino la respetaba antes y después de ser convidada; deseosa, pues, la desgraciada comadre de hablar con su compadre, mandó a su criado a las ocho de la mañana. El criado corrió inmediatamente al mandado. Al día siguiente, Agustín Lara se levantó de su cama y fue a misa, después regresó a saludar a su comadrita y a saber qué era lo que quería. Llegó, pues, a la casa de su comadre y tocó la puerta, al tiempo que estaba afilando un cuchillo y le dijo al criado: "Anda a ver quién es, y si es don Agustín dile que espere un poco, que ya voy a abrirle".

El compadre la esperó. Ésta, como ya tenía el corazón dañado, se metió el cuchillo en la cintura y lo saludó diciéndole: "Compadre, años hacía que soñaba en las relaciones amorosas e ilícitas para con usted, pero como no había habido oportunidad hasta ahora, lo he mandado llamar para saber si usted me ha de cumplir mi deseo o no, porque se me ha propuesto hoy mismo hacer un hecho de cualquier especie, pues yo, la verdad, compadre, lo he querido y siempre lo querré hasta que me muera".

El compadre le dijo: "¿Cómo quiere usted faltar al respeto, sabiendo que es usted comadre de sacramento? NO quiero ofender a Dios que nos ve y que nos escucha, yo no consiento, comadrita; dándome la licencia, me retiro".

La desgraciada se llenó de soberbia, lo tomó del brazo y le dijo: "Es decir que usted se burla de mí por no condescender con mis deseos", y sacando el puñal le dio a su compadre diez puñaladas mortales, dejándolo tendido a sus pies. Entonces su infeliz compadre, lleno de dolor y con lágrimas en los ojos, le dice que por qué era tan ingrata, que no le quitara la vida. Luego ésta, más enfurecida, le dice que nada le importa y le atraviesa el puñal en el corazón. Entonces Dios Nuestro Señor descargó su divina justicia sobre esta desgraciada, haciendo estallar un terrible incendio que en pocos momentos consumió toda la casa. Entre los escombros fue hallado el cadáver del infeliz compadre convertido en cenizas, pero en cuanto a la comadre, no pudo encontrársele, por más investigaciones que se hicieron; asegurando algunas personas que en medio de las llamas vieron a aquella infame mujer y entre la espesa humareda se veían unos

monstruos horribles que lanzaban unos rugidos espantosos.

Por ilícita amistad

Quité a un compadre la vida,

Con mi mancha maldecida

Cometí tan fea maldad.

Di paso a la iniquidad,

Como vil y prostituida

Como serpiente atrevida,

Como leona encarnizada;

Por infame endemoniada,

Quité a un compadre la vida.

Me aprisioné a la justicia,

Por mi modo impertinente:

Gritaba toda la gente

Por su imprudente avaricia,

Ocasión dio su malicia,

Le ocurrió tan feo atentado,

Si ésta hubiera imaginado

En el pula venenoso,

Quien tal hubiera evitado

Ese crimen espantoso.

De mi cuerpo maldecido

Ni las cenizas hallaron,

Pues los diablos me llevaron

Entre furibundas llamas;

Santos, roperos y camas

Hasta no hacerse ceniza,

Bestias en caballeriza,

Se quemaron, ¡qué destrozo!

La vecindad se horroriza

De aquel incendio espantoso.

Todas las gentes llegaron

Diciendo: qué es lo que pasa,  
Viendo que de aquella casa  
Ni los cimientos quedaron.  
Ni los canarios lograron  
De sus jaulas la salida,  
La moneda derretida  
Porque todo fue abrasada,  
Y yo como desgraciada  
Fui con todos consumida.  
Con el alma enfurecida  
Sacó el puñal ocultado,  
Pues ya lo tenía afilado,  
Y a su compadre convida.  
Se encontraba decidida  
A cometer tal crueldad;  
Con paso de iniquidad  
A su compadre le invita,  
El cual desobedeciendo  
Ésta al momento se irrita.  
En fin, jóvenes honradas,  
Atiendan a este atentado,  
Y vivan con mucho cuidado  
Y no se hagan desgraciadas.  
Las comadres sean honradas,  
Háganse la reverencia,  
Miren que la Providencia  
Castiga severamente;  
La que fuere delincuente  
La abate con inclemencia.  
Condenada estoy aquí  
En oscuros calabozos,  
Y entre sapos ponzoñosos,

¡Ay! Desgraciada de mí.  
Maldito el día que nací,  
No sé qué se me infundió,  
Nadie estará como yo  
Para siempre maldecida:  
Quité a un compadre la vida  
Porque su amor me negó.  
Un horroroso escorpión,  
Una araña ponzoñosa,  
Unas ratas espantosas  
Me roen el corazón.  
Maldita aquella ocasión  
Cuando yo me endemonié,  
Pues para siempre estaré  
En este ardor penetrante,  
Y sufriendo eternamente  
Porque a un compadre maté.

## En Yanquilandia

(1910)\*

\* El Diablito Rojo, 24 de enero de 19105.

En la tierra de los primos  
No causa extrañeza ver  
La agresión de una mujer  
A quien la ofende con mimos,  
Tal cosa no consentimos  
Aquí, porque los galanes  
Que se las dan de don Juan  
Si ven a una mujer sola  
Que les saca una pistola  
Se escurren como los canes,  
Pero el día que a una señora  
Cualquiera que la insulte  
Bien puede ser que resulte  
Que dé un balazo al malhora.  
Ya la doncella no implora  
Que algún varón la acompañe,  
Y el que su poder empañe  
Se lleva la gran trompada  
Con sombrillazo o trompada  
Si no es que también lo araña.

# Mátame a mí, pero no toques a mis hijos

(1912)\*

\* Basado en diversos textos de la época

Una horrible y trágica historia ocurrió en San Antonio Tomatlán, cuando Cenobia Enríquez asesinó a Fidel Rosas con un filoso cuchillo matapuercos que le prestó un vecino.

Cenobia era una buena mujer que tenía tres hijos de seis, ocho y once años; cada uno de ellos había sido engendrado por otros tantos padres.

En los albores de la Revolución, el más pequeño de sus hijos, de nombre Rigoberto, murió a causa del tifo exantemático y debió ser enterrado en sexta clase, gratuito, en el Panteón de Dolores. La mañana en que ocurrió el sepelio, Cenobia cargaba el cuerpo inerte de su hijo muerto, cuando se le acercó un hombre para ayudarle, se llamaba Fidel.

Así comenzó una historia de amor entre ambos.

Él, que se ganaba la vida como cargador del mercado de la Merced, se fue a vivir a casa de Cenobia, quien estaba sin empleo, pues había tenido que dejar el trabajo de doméstica en varias casas ante la lascivia de los patrones o de sus hijos. Ahora vivía en la portería de una vecindad.

La casa se ubicaba a espalda de la Capilla de San Antonio

Tomatlán, al ladito de un basurero, cerca del canal del desagüe.

Fidel resultó un hombre amoroso, era varios años menor que ella, pero eso no le impedía el estar feliz al lado de su Cenobia; siempre había vivido solo, no tenía, ni conocía siquiera, familia alguna.

Nadie sabe qué sucedió, o cómo lo convencieron, pero una mañana llegó Fidel a despedirse de Cenobia, pues se iba "a la bola", con las huestes del general Emiliano Zapata, más allá de Xochimilco, le dijo.

Se abrazaron con promesas de amor y de espera.

Nunca había hablado de cosas diferentes a la cotidianidad, ella ni siquiera estaba enterada de que había una bola, de que unos hombres peleaban por que se viviera mejor.

Habrían de transcurrir algunos meses para que Fidel retornara; una mañana apareció sucio y harapiento, tenía destrozado el brazo izquierdo y su mano ya no estaba en su sitio, la había perdido, como producto de un machetazo; aun cuando cojeaba mucho de la pierna izquierda, lograba caminar bien.

En su rostro se notaba la tristeza y frustración. Ya no era el mismo. A veces se quedaba mirando la inexistente mano y lloraba enloquecido.

Comenzó a beber pulque diariamente y dejó de trabajar.

Las penas para Cenobia se multiplicaron. Aquel hombre bueno y amoroso cambió

radicalmente: no trabajaba, se pasaba todo el día borracho, golpeaba con cualquier pretexto a la mujer, quien ahora debería mantener no sólo a sus dos hijos, sino al tal Fidel también.

Prácticamente todos los días golpeaba a Cenobia. Una mañana, mientras la azotaba con una rama de árbol, el mayor de sus hijos, de nombre Juan Jacinto, se le enfrentó al "Manco", como empezaba a ser conocido.

— ¡Maldito Manco, deja a mi madre!

Fidel enloqueció al escuchar su apodo y siguió golpeando con saña a la mujer, hasta dejarla inconsciente, al tiempo que dijo a Juan Jacinto que vendría más tarde a matarlos.

Ella apenas susurró:

— ¡Mátame a mí, pero deja en paz a mis hijos!

Esa tarde no volvió, ni en los siguientes días. Madre e hijos vivían con miedo, esperando el regreso del salvaje Fidel.

Tardó una semana en volver. Apenas si podía caminar de lo borracho que estaba. No obstante, antes de echarse a dormir la mona, alcanzó a dar un golpe a la mujer.

Cenobia tenía muchos días pensando, elucubrando cómo defenderse de aquel monstruo en que se había convertido aquel dulce hombre.

Había pedido prestado el cuchillo matapuercos de un vecino, no sin antes rogarle lo afilara de la mejor forma.

Mandó a sus hijos a comprar tortillas y miró respirar pausadamente al otrora fiel Fidel, al hoy horrendo Manco que le había destrozado su vida y que, además, había jurado matar a su Juan Jacinto.

Se santiguó y pidió perdón a Dios.

Quedó asombrada de cómo brincó la sangre por todas partes, salpicando su rostro y las paredes. Una vecina que miraba desde la ventana lanzó un aullido de horror.

Hasta ese momento reaccionó Cenobia. Sacó el cuchillo que había dejado enterrado en el cuello de Fidel y esperó sentada, en cuclillas, la llegada del gendarme.

# Muñecas que matan. El caso de Alicia Olvera

(1920)\*

\* Basado en Teodoro Rocca, "El proceso de Alicia Olvera", Revista Mañana, mayo de 1952.

La ciudad estaba de fiesta. Por esos días, muchas vecindades celebraban, ese 20 de diciembre de 1920, la cuarta posada prenavideña. Se cargaba a los peregrinos, se cantaba la letanía y después se tomaba ponche y se rompían las piñatas.

En la popular colonia Guerrero, como en todos los barrios de esta ciudad, había fiesta. En una calle céntrica de ese barrio, en Magnolia, en el número ciento sesenta y dos, no había tal. Por el contrario, se oyó una detonación que algunas personas identificaron como un cuete, una chinampina o una paloma. Era un balazo que fue a dar directamente a la cabeza de un individuo llamado Juan Manuel Serrano Ortiz.

Nadie atrapó al asesino, pero todo el mundo comenzó a reconocerlo o, más bien, a reconocerla. Se trataba de su esposa, una joven y hermosa señora que, por entonces, tenía veinte años.

## Muñecas que matan

El juicio desarrollado contra Alicia Olvera tuvo una gran intensidad. Miles de personas lo siguieron paso a paso, defendiendo las razones de la chica con tal vehemencia, que un comerciante se atrevió a fabricar muñecas que se denominaban así: "Muñecas Alicia Olvera".

Estas muñecas pasaron a los brazos de muchas pequeñas que, seguramente, nunca supieron que representaban a una mujer que había quitado la vida a su marido.

El drama de la Olvera contagió a la sociedad entera, que no cesó de seguir el juicio, el cual duró más de tres años.

¿Cómo había sucedido todo, por qué la hermosa mujer había asesinado a quien alguna vez amó?

A las once de la noche de aquel 20 de diciembre, un hombre cayó inerte, azotó al pavimento con el cráneo deshecho por una bala.

La prensa describió la escena así: "Algunos vecinos de la casa de apartamentos de la calle de Magnolia, en el número mencionado líneas arriba, acudieron al zaguán y allí chocó su sensibilidad con un espectáculo brutal: un cuerpo en decúbito dorsal, en medio de un charco de sangre inmenso, daba todavía señales de vida que se extinguía después de varias convulsiones".

A pesar de las altas horas de la noche, muchos vecinos acudieron en tropel a mirar, por morbo y chisme, ese cuerpo desfigurado por una bala. No importaba la hora, entre

otras cosas, porque muchos apenas regresaban de las fiestas decembrinas.

La policía intentó en vano alejar a los mirones que observaban sus primeras diligencias y, en una ambulancia, mandó el cadáver al Hospital Juárez para realizar la necropsia.

### Cómo comenzó la historia

Alicia tenía diecisiete años cuando conoció a un joven empleado de la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, cuyo nombre era Juan Manuel Serrano, de quien se enamoró como se enamora una chiquilla de diecisiete años.

“Yo le entregaré mi corazón y mi mano, si Juan Manuel se atreve a pedirme de buena forma”, dijo Alicia a sus amigas. Y Juan Manuel, quien también estaba embelesado por la hermosa chiquilla, no dudó un segundo en hacerlo.

Se presentó ante el señor Francisco Olvera a pedirle permiso para tratar a Alicia y éste, a pesar de la visible molestia, y por educación, lo aceptó.

Molesto con Alicia, le quiso hacer saber que ella tenía un mejor futuro, que la diferencia social entre ambos era abismal. Juan Manuel tenía un sueldo mensual de apenas doscientos pesos que devengaba en la Fundidora, mientras Alicia contaba, ya en ese momento, con cincuenta mil pesos que su padre le había heredado en vida.

Alicia, además, era una chica educada, que había estudiado en el Colegio Inglés hasta los diecisiete años, mientras Juan Manuel apenas había terminado la primaria.

El señor Olvera, que había enviudado años atrás, no veía con buenos ojos a Juan Manuel; trató de convencer a su pequeña y consentida hija, diciendo de las penurias que podría darle ese hombre, la educación tan desigual. Sin embargo, ella estaba encaprichada ya con el hombre.

No obstante, estaba más preocupado por su nueva esposa, viuda también, y tampoco hizo más para convencer a la chiquilla, ante su necedad y enamoramiento.

En un abrir y cerrar de ojos, y antes de que pasara el tiempo, se casaron, viviendo de una manera austera, pues el salario de Serrano apenas alcanzaba para irse pasando. Alicia nunca se quejó, pues sabía de esas circunstancias.

Cuando nació su primer hijo, el orgulloso abuelo decidió hacer efectiva la dotación ofrecida; Alicia, respetuosa de su marido, aceptó, pidiéndole que pusiera el dinero a nombre de su esposo. Esa fuerte suma de dinero alteró todo, fue como una maldición.

A partir de ese momento, de saberse ricos, comenzaron las desavenencias del matrimonio.

Entonces Serrano no sólo dejó de mantener la casa; exigió para sí el dinero que tenían; más aún, llegó a demandar más y más dinero, como si fuera un barril sin fondo.

Juan Manuel modificó su forma de vida.

El sufrimiento de Alicia aumentaba. De las discusiones pasaron al maltrato, a los

malos tratos, a la crueldad.

Alicia estaba cada vez más pesarosa de haber aceptado la dote de su padre y arrepentida en grado extremo, de tal manera que decidió volver al seno familiar y pedir el divorcio del hombre al que amó y que ahora no era capaz de reconocer debido a su ambición.

Serrano amenazó con matarla, quitarle a su hijo o hacerle daño a su familia paterna. A pesar de la intimidación, Alicia no creyó capaz a ese hombre, que la amó con intensidad, de hacerle daño alguno, pensando que todo era producto del malestar del momento.

Así, Alicia se fue a vivir con su hijo a la calle de Zacatecas, en la colonia Roma, muy lejos de su casa conyugal, en tanto se resolvía la situación del divorcio, mientras Serrano cometía una infamia más, al contratar un crédito por treinta mil pesos a nombre de su aún esposa.

El préstamo se realizó teniendo como garantías documentos extendidos por el señor Olvera a Serrano, como parte de la dote, a pesar de que el yerno no tenía representación ni autorización alguna para llevar a cabo este tipo de operaciones. Todo era tan sólo una forma de vengarse ante el abandono de Alicia y el sentirse humillado por la familia de su esposa, según él, por ser pobre.

El prestamista, de apellidos Herrerón López, al vencerse el primer plazo acudió al señor Francisco Olvera a cobrar su deuda, a lo que éste se negó; Herrerón consiguió, empero, que fuera embargada una de las propiedades del padre de Alicia, la Hacienda de Tepepantla, distrito de Ozumba, en el Estado de México.

Ése fue el momento en que Alicia decidió hablar con Serrano. Él aceptó y le exigió volver y abandonar a su familia, tras recobrar el dinero; ella rechazó en el acto. Entonces Serrano sacó de su bolsillo un revólver pequeño con el que la amenazó.

Ella se dio por vencida, al menos en ese día, mientras sabía que su padre estaba enfermo de gravedad debido al coraje al haber perdido sus propiedades que con tanto afán había logrado...

Días después se sucedería el asesinato de Alicia.

El llamado proceso de Alicia Olvera ha sido calificado como "el más sensacional habido"; duró cerca de dos años y medio y concluyó en cinco días. Teodoro Rocca, que realizó una reseña para la revista Mañana, escribió que este jurado se caracterizó "por las injurias dirigidas a los defensores de Alicia, así como toda clase de incidentes y chicanas que se desarrollaron antes y después de los debates".

Además de las muñequitas que se fabricaron y que fueron un impactante éxito, el abogado que la defendió, Querido Moheno, salió en hombros del jurado, como si fuera un torero.

# Las matadoras de hombres

(1921)\*

\* Velasco, José Luis, "Las matadoras de hombres", revista Zigzag, 3 de marzo de 1921.

A la hora de ahora debe estar satisfecha la policía, puesto que ya tiene bien segura entre rejas a la inquietante y turbadora Alicia, acusada de haber dado muerte a su señor marido. Recordaréis que fue detenida con lujo de fuerza. Los gendarmes desnudaron sus revólveres de grueso calibre, lo mismo que si se hubiera tratado de capturar al Chato Bernabé, quien, entre paréntesis, pudo marcharse con viento fresco, sin decir adiós, dentro de un incómodo y sucio barril de chapopote. Esto de que se evadan los presos de una cárcel moderna es cosa sumamente difícil en los tiempos ordinarios, pero como los que corren son de los llamados de transición, suelen darse episodios inverosímiles, como de folletín. El caso es que la policía, algunas veces sagaz, le echó el guante a la rubia y gentil Alicia. ¿Cómo? Por una delación vulgar. En México no se puede tener en secreto ni un complot, ni un cuartelazo, ni un romántico amorío, ni siquiera un crimen mediocre. La pasión —pasión de cualquier género— arde en nuestra sangre bulliciosa y, consecuentemente, se aposenta en el corazón. La huelga de los ferroviarios fracasó en parte porque algunos de los "compañeros", al concluir la sesión tremenda, se fueron a tomar un coñac Gautier y en el calor del entusiasmo dejaron caer sobre el mostrador una serie de palabras indiscretas, lo suficientemente reveladoras para que se enterara don Francisco Pérez y les echara a perder las oraciones. Así todo. Muchos fusilamientos se deben a una delación provocada por los celos, por enemistad, por cualquier minucia, ya que, además, no tenemos una noción todavía exacta de lo que un escritor español llama "el valor religioso de la dignidad del hombre".

Capturaron, pues, a la bella Alicia. Esta linda sirena, en el momento crítico, consideró a los esbirros con una desdeñosa sonrisa superior, calculando seguramente que no eran dignos del sabroso argumento usado por los defensores de Friné. Luego fue conducida en un auto a la cárcel, pero en el camino, como una maliciosa protesta, el coche se volcó. Corrieron los reporteros a la Inspección de Policía a entrevistarla. Uno de ellos, nuestro amigo, nos contaba, emocionado, su impresión.

—No tienes idea —nos dijo—. Es una mujer divina, extraordinaria. Es una vampiresa digna del poema de Rudyard Kipling, Ojos oscuros bajo la mata de oro derretido del cabello. Un óvalo perfecto el del rostro y una belleza radiando de toda la magnífica persona. Se concibe que los hombres se vuelvan locos por ella y hasta se encuentra justificado que algunos pierdan la vida. Estas mujeres descienden en línea recta espiritual de Cleopatra la suntuosa y de Salomé, la deseada ardientemente por el Tetrarca. Cuando Alicia mira, parece que se encienden en sus pupilas las estrellas de una noche del trópico. Recuerda uno, sin querer, el soneto marmóreo de Heredia. Su voz tiene una dulzura de sistro que no hubiera resistido el estilista más austero:

Bajo el arco victorioso de la ceja,

Era un triunfo la pupila quieta y brava...

Nuestro amigo el reportero galante y literato se despidió para ir a escribir su impresión en prosa florida.

Nosotros nos quedamos pensando en estos sucesos que rompen la criminalidad habitual como un capullo de flor envenenada. Antes teníamos solamente "el matador de mujeres". Hoy tenemos el tipo de importación europea: "la matadora de hombres". Y los casos indican seguramente una relativa modernización, por más que sonrían los hombres serios. Estamos "up to date".

Magdalena Jurado, a cuya mesa nos sentamos dos veces, en una lejana ciudad del norte, antes de la tragedia brutal, mató al pobre amigo escritor y diplomático, en una sacudida de desesperación. Antes que perderlo definitivamente, le disparó un tiro. Lo triste del caso es que la vibrante mujer enamorada negó su delito. Cuánto más hermoso hubiera sido que dijera la verdad. Que dijera: "Yo lo maté porque lo adoraba y porque la perspectiva inevitable de vivir sin él era para mí peor que la muerte". Una mujer que mata por amor es más digna de simpatía —simpatía en el sentido griego de la palabra— que otra que mata por deshacerse de un marido estorboso.

La mujer, decía Mme. Severine, es siempre menor de edad, así tenga ochenta años. Puede ser, pero entonces el hombre sigue siendo un infante candoroso aun cuando llegue a la senectud. En la lucha constante y eterna de los sexos, la mujer vence de otro modo que con el veneno florentino o con la Colt de nuestros días. Alfredo de Musset escribió: "Cuando una mujer es coqueta tiene que ser prudente". Y no todas son prudentes. Por el contrario, las hay que no cubren la pecaminosa realidad con el manto discreto del disimulo. Son ellas las creadoras de estos dramas sangrientos, arrebatados por el escándalo. ¿Y no habrá, en el fondo de tales actos de violencia, un contagio de los ejemplos europeos y norteamericanos? En los Estados Unidos, la doncella, como la señora, tienen la idea de que pueden hombrearse con los varones. La libertad que hay en el ambiente se les ha infiltrado en las bellas cabezas a pájaros. ¿Son libres? ¿Tienen iguales derechos? Pues entonces, ay del que se atreva con ellas, porque entonces sacan de la bolsa de mano un revólver diminuto y hacen fuego, como la esposa de Cailleaux hiciera en París.

Por fortuna para nosotros, no hemos alcanzado un nivel tal de adelanto en ningún orden social ni político, que temiéramos una matanza de amantes ingratos, de maridos estrictos, de novios desdeñosos. Los casos son aislados y por eso sacuden las capas densas de la atmósfera habitual. Pero ellas —en esta época de ideas renovadoras— deben pensar que ya es tiempo de arrojar el yugo, como quería doña Hermila Galindo, y de comenzar la obra de desagravio para las generaciones femeninas que cayeron bajo el dominio de los Barba-Azules crueles. No hemos progresado tanto que se decidan todas las Magdalenas Jurados y las rubias Alicias ("vamps" del género extremo, porque hay efusión de sangre y pérdidas de vidas) a embarcar a los hombres con el rumbo de la Estigia.

Hay que predicar de cualquier modo la templanza y la moderación. Hay que suavizar el ímpetu femenino que comienza a asomarse a los bordes de la tragedia. Y, sobre todo, hay que evitar la pasión amorosa torcida, "nemica della giovinezza e de la vocchiezza" que dijo el licenciado divino que se llamó Boccaccio y que dio más de alguna lección moral que quisieran para darla ellos los novelistas que escriben historias sicalípticas y los autores nacionales que hacen "arte" de lo más indecoroso y manido.

Cuando a nosotros nos ha dicho alguna, mujer herida en su amor propio, que nunca en su amor esencial, fundamental y puro, que nos puede matar, nos reímos jovialmente. De hoy en adelante, cuando alguna nos diga lo mismo, podemos sentir un vago temor, por más que no se lo demos a conocer, porque con el ejemplo de estas sirenas truculentas todo es posible: inclusive que nos den el veneno, aunque ni siquiera en las condiciones románticas en que lo apuraron los célebres amantes de Varona.

Por tanto, sería conveniente que los amigos lectores fueran tomando sus precauciones.

# La gringuita es inocente: la muerte le vino por la nalga infectada

(1922)\*

\* Basado en el texto "El juicio de la Venus Rubia", Federico Sodi, El jurado absuelve, México, Oasis, 1977.

Solamente fue un balazo el que recibió en la nalga. De ahí no hubiera pasado, pero Genaro Benavente Martínez corrió como loco, desesperado, desaforado, temeroso de recibir nuevas balas. Su remordimiento, la mala conciencia no lo dejaba permanecer quieto ni siquiera un breve instante. Corrió y corrió por una ciudad llena de atarjeas, de hoyos, de baches; una mal alumbrada urbe y un barrio en la penumbra.

El hombre marchó a toda velocidad al sentir una bala en las nalgas, tras escuchar el estruendo de la pistola.

Detrás de él, la mujer que le disparó le llamaba, desesperada:  
— ¡Genaro, espera, Genaro, espera!

Pero ese individuo, aterrado, en el vértigo de una velocidad que jamás pensó alcanzar, corría, volaba materialmente, de manera muy zigzagueante, como si se le hubiera aparecido un alma en pena.

Ante esa gran rapidez y el miedo y remordimiento de conciencia que le hizo tener hasta diarrea, fue a caer directamente en una vieja y abandonada fuente, cuyas aguas verdosas, que en realidad parecían pasto por lo lamoso, no eran otra cosa que un cultivo de caldo de mortales microbios.

Cuando fueron a rescatarlo los médicos para curar la herida, lo llevaron a un hospital, pero sus nalgas se habían infectado por la suciedad del agua de la fuente, por lo que falleció de una septicemia que fue imposible controlar.

Así acabó su vida un infeliz que hizo ídem a una norteamericana de nombre Bernice Rush, autora del disparo.

## Cómo comenzó esta historia

Bernice Rush llegó a la ciudad de México, como miles de visitantes extranjeros, con motivo de las fiestas del centenario de la Independencia. Tenía dieciocho años y había nacido en una pequeña villa de Kentucky, Estados Unidos.

Era rubia, hermosa y joven. Apetitosa para todos aquellos hombres que la miraban; tenía, además, el misterio de la mujer extranjera; era una incomparable Venus rubia, un bombón.

Pero esta joven venía huyendo de sus padres, que la habían echado de la casa paterna pues había sido violada, en un maizal de Kentucky, por un tipo que decía ser su novio y había ofrecido amarla; el padre de la chica la corrió de su casa por haber manchado su honra.

Llegó a México porque una mujer, tratante de blancas, le había ofrecido hospitalidad,

y a base de mentiras la indujo a la prostitución; la gringuita, inocente, y sin otro camino, aceptó a regañadientes, permaneciendo en ese elegante lupanar durante medio año. Esa casa era dirigida por la baronesa Camila von Zipeck.

“La casa de Camila”, escribe Federico Sodi, “era un sitio chic. La baronesa regía su negocio con savoir faire; y la gente que iba allí debía savoir vivre, para sentirse a gusto.”

Era el más elegante burdel de los últimos años del porfiriato. Camila era una baronesa verdadera perteneciente a la nobleza austriaca. A ese “santuario” acudía lo más granado de la aristocracia.

En ese burdel ocurrió la anécdota que cuenta Armando Jiménez, en su *Picardía mexicana*, acerca de Ramón Corral, ministro de gobernación quien extravió su cartera en esa casa de mala nota.

Camila se la entregó a Pancho Chávez, jefe de la policía secreta, quien se la llevó directamente a don Porfirio, informándole dónde y cuándo la encontraron. El dictador guardó la cartera en su escritorio. Días después, tras un encuentro de acuerdos con su ministro, cuando Corral se despedía, el general le llamó, al tiempo que le entregaba el objeto señalado: “Por andar perdiendo en tales sitios la cartera puede usted perder la otra”, refiriéndose a la ministerial.

Cuenta Sodi que todos los días, al filo del mediodía, la baronesa montaba a sus chicas en una elegante carretela charolada, tirada por cocheros ingleses o españoles, que vestían impecablemente. En aquellos carruajes abiertos aparecían las muchachas de la baronesa, con sus sombrillas de encaje descuidadamente apoyados en el hombro, vestidas a la moda parisina.

Entre ellas iba Bernice, la joven y hermosa rubia norteamericana que tuvo la suerte de encontrarse un buen hombre que la amó, un caballero que pagara la salida del elegante prostíbulo y que la mantuviera en calidad de amante durante cinco años, época que la chiquilla, ahora madura mujer, recordaba con cariño, pues siempre la respetó y ella a él también.

El movimiento armado en México, así como la constante inestabilidad política y económica, arruinaron al anónimo personaje que una noche le dijo que su situación financiera era insostenible y debían separarse, pues él ya no podía sostenerla.

Bernice había sabido crear un pequeño capital de cerca de quince mil dólares, que ahorró durante los cinco años que vivió con aquel hombre. Con ese capital abrió un pequeño negocio de artículos para dama en la colonia Roma, en el cual vendía ropa interior traída desde los Estados Unidos y se encontraba lo último de la moda, lo cual fue muy aceptado y buscado por las mexicanas.

Gracias a su visión comercial, y al gran éxito que tenía, trasladó el negocio a un lugar más céntrico, ésa fue la avenida Juárez, donde consolidó el negocio. Su clientela se acrecentó y pronto fue un referente de primer nivel, pues sus clientas eran las señoras más distinguidas de la sociedad mexicana.

El éxito era enorme y volvió a mudar su negocio, ahora a la céntrica calle de Madero, esa misma de la que López Velarde señaló que “dejó de ser calle para convertirse en rue y acabar en street”.

Cada que abría su negocio recordaba con un dejo de nostalgia la primera vez que pasó por ese sitio, en el desfile organizado por la baronesa.

La tienda de la gringuita está en la primera calle de Madero, una de las principales arterias de la ciudad, como lo ha sido siempre desde la época colonial, cuando tenía el nombre de San Francisco. La misma que Manuel Gutiérrez Nájera evoca en su poema sobre la Duquesa Job: “desde las puertas de La Sorpresa / hasta la esquina del Jockey Club / no hay española, yanqui o francesa / ni más bonita ni más traviesa / que la duquesa del duque Job”.

La revista Argos, en su entrega de febrero de 1912, describía que en esa calle “los yankees se detenían ante los escaparates de los Curios Stores”.

Calle ideal para hacer los grandes negocios, pues desde el porfiriato se había convertido en un gran escaparate de los lujos aristocráticos; calle que describió Armando de María y Campos así: “Las mujeres en auto, tobillos cruzados en una blanca equis de erotismo calado, bajo sus rizos blondos parecen no pensar; pero, armoniosamente, ríen del grupo bobo de monoclo y polainas que en las puertas del Globo puntualmente se cansan mirándolas pasar”.

### Aparece Genaro

Nadie recordaba el pasado de Bernice. Las elegantes mujeres del porfiriato, convertidas en mujeres de la Revolución, acudían a pedir consejos y sugerencias a la respetable miss norteamericana.

Miss Rush vestía discretamente, con elegancia; vivía en un hotel distinguido y su vida privada era intachable. A pesar de su belleza, a todo el mundo le extrañaba que rechazara con firmeza a cualquier hombre que se le acercara con fines amorosos. Su única diversión era pasear los fines de semana en lugares cercanos a la ciudad.

En uno de éstos, en la carretera a Puebla, conoció a Genaro. Miss Bernice regresaba de Puebla cuando a su automóvil se le ponchó una llanta. Mientras el chofer la cambiaba, la dama echó a caminar por la carretera, sintiendo el frescor.

Ahí comenzó una historia que habría de cambiar su vida. Al verla caminar sola, se detuvo un auto con algunos jóvenes que le ofrecieron ayuda, a lo que ella agradeció de una manera fría.

Al día siguiente apareció en su tienda Genaro Benavente, uno de aquellos jóvenes que ofrecieron ayudarla; con el pretexto de la tarde anterior, iniciaron una charla acerca de todo y de nada; la mujer tenía entonces poco más de treinta y cinco años y se le describía como guapa y de carnes firmes. Genaro tenía unos diez años menos, hablaba un inglés regular, producto de ser nativo de la frontera norte, y tenía un pequeño comercio en donde vendía telas baratas para gente humilde, percales, mantas, etcétera;

nada que ver con los lujos de la gringuita.

Así comenzó una relación que poco a poco fue entusiasmando a la otoñal mujer, quien se fue enamorando del joven norteño, que conocía el modo de vida norteamericano y que, además, más que el interés por la mujer, comenzó por ver una pequeña mina de oro.

Los detalles del enamoramiento, las flores, enloquecieron a una mujer que nunca se había enamorado; que de una violación tuvo un breve paso por la prostitución y luego a la vida de amante de un hombre mayor que la usó, pagando muy bien, eso sí. De tal forma que cayó rendida a los pies de aquel galante joven de intereses aviesos, que habría de engañarla de una manera vil.

La seducción fue subiendo de tono, hasta llegar un momento en que le propuso matrimonio. La norteamericana, que tampoco era del todo ingenua, se negó, pues sabía que su pasado y su edad serían un obstáculo más adelante.

Con eficaces engaños, el norteño le fue pidiendo préstamos pequeños, que siempre eran devueltos con un ramo de flores u otro regalito. El golpe final se acercaba.

Una tarde, Genaro estaba como distraído, nada cariñoso ni divertido; ni siquiera la escuchaba cuando ella hablaba de las fiestas patrias; parecía preocuparse por otras cosas; Bernice, enamorada hasta las manitas, pensó lo peor: 'Seguro anda con otra mujer, más joven'.

Ante las vagas explicaciones, Bernice logró saber que estaba preocupado por un negocio fallido, el vencimiento de un pago de dos o tres mil pesos y que no logró juntar hasta esa noche. La mujer ofreció prestarle el dinero, el cual, tras aceptar los ruegos, aceptó. Un par de días después liquidó su cuenta con su amante. Y así siguió, con préstamos pequeños que devolvía a los pocos días, de tal suerte que la norteamericana jamás desconfiaba del norteño.

Pero llegó un día en que Genaro Benavente comenzó a contarle acerca de un negocio enorme que le daría grandes ganancias, pero para lo cual necesitaba un socio o un empréstito de gran envergadura.

Aparentemente no le planteaba a ella ninguna sociedad, pero la Rush era una negociante que había visto crecer su negocio y deseaba seguir invirtiendo.

Total, que de esas charlas salió la propuesta de una sociedad, a lo que ella puso trescientos mil pesos, sin mayor alteración, confiada en el convencimiento del proyecto, en el amor de Genaro y en la ambición de tener más.

Pero ésa fue su perdición; todas sus ilusiones se derrumbaron cuando Genaro desapareció. Había vendido su negocio, sus alhajas, y a cambio había obtenido el engaño.

Todo apostó al negocio de Benavente y muy pronto se fue al abismo pues, confiada, no tuvo la previsión de dejar algo. A su amoroso amante parecía habérselo tragado la

tierra y a la otrora rica mujer las deudas se la comenzaron a tragar.

Debió abandonar el lujoso hotel que habitaba, se fue a una casa de huéspedes y así fue descendiendo hasta quedarse en la calle. Sin dinero, ni familia ni amigos, quedó en la desolación pues, inclusive, vendió toda su elegante ropa.

Pero un buen día se encontró a Genaro. Cínico, le preguntó que dónde se había metido, pues la había buscado por doquier. Ella sólo reclamó: "Quiero mi dinero".

Benavente la citó en su oficina al día siguiente para entregarle el cheque a cambio del recibo que él había dado. En el acto fue al banco y éste lo rechazó. Para entonces, el norteño ya se había esfumado de nuevo. Ella lo demandó, pero por ese tiempo girar cheques sin fondos no era delito. Así, el 24 de diciembre de 1927 el juez sexto correccional los citó para notificarles que no había delito que perseguir.

La noche más venturosa fue la de su fin

Aquella era la noche más buena de la vida, la Noche Buena. El día que el mundo se iluminaba con el nacimiento de Nuestro Creador. La Noche de Paz, la Noche de Amor.

La ciudad emergía de una década violenta, de una decena de años en que nada era cotidiano, nada era igual, ni siquiera los delitos.

Aquella que fuera una dama elegante, de joven una Venus del Pecado, ahora salía del juzgado embargada por la tristeza y la frustración. Apenas abandonaban el palacio de justicia de Belén cuando le suplicó a Genaro que le diera algo de dinero para pasar la

Navidad y algo para volverse a Estados Unidos, pues ya nada tenía que hacer en este país.

Genaro hizo un ademán de sacar la cartera cuando, desde su lujoso automóvil, una mujer se dirigió al norteño para decirle: "¿Por qué vuelves la cabeza para ver en qué muladar cayó el zapato viejo que tiraste?"

Una sonora carcajada fue la respuesta de Benavente y se echó a caminar rumbo al auto.

Una pequeña lágrima asomó de los otrora hermosos ojos de Bernice.

En eso, se escuchó un balazo.

La autopsia

En el certificado de la muerte de Genaro Benavente se asentó como causa de la muerte una septicemia generalizada, provocada por la infección de la herida por proyectil de arma de fuego, que aparecía con orificio de entrada en la región glútea derecha del cadáver, y orificio de salida a unos doce centímetros de distancia del de entrada, todavía sobre la región glútea, cerca del pliegue de juntura con el muslo, proyectil que había seguido una trayectoria de atrás a adelante en sedal y que sólo había interesado planos musculares.

El médico legista explicó así: "Fue una herida en la nalga derecha, que se hubiera

curado en menos de quince días, si no se hubieran presentado complicaciones; en rigor, habría exigido hospitalización por dos o tres días. La septicemia se originó por la inmersión del agua podrida de la fuente donde cayó el lesionado, al alejarse del lugar donde fue herido. La septicemia no fue una consecuencia necesaria de la lesión, pero sí fue provocada por el contacto del líquido contaminado en el organismo del lesionado y fue esa razón por la que murió el susodicho. Es decir, no fue asesinado”.

Inocente, dice el jurado

El jurado absolvió a la gringuita:

1. Porque la causa de la muerte de Benavente no había sido la lesión por arma de fuego que le había inferido la procesada, y
2. Porque la procesada, al lesionar a Genaro Benavente, lo había hecho defendiendo su honor.

# La pequeña vengadora

(1922)\*

\* Basado en notas periodísticas de la época.

Tenía quince abriles y una vida por delante. Hoy tiene quince años y su vida está destrozada, aunque ella no lo acepte. Se llama María del Pilar Moreno Díaz.

La tragedia, su tragedia, comenzó la tarde del 24 de mayo de 1922, cuando el diputado Francisco Tejeda Llorca, primo hermano del gobernador de Veracruz, asesinó al padre de la niña, Jesús Z. Moreno, diputado, también, y director del periódico El Heraldo de México.

Ahora estoy satisfecha, inmensamente satisfecha, como si de mi conciencia me hubieran quitado un peso enorme. Maté a ese hombre porque mató a mi padre. Él destruyó mi porvenir y quitó la vida al hombre en que tenía concentrada toda mi alma y todos mis cariños.

Nadie hubiera imaginado que la pistola que regaló el licenciado Jesús Z. Moreno a su pequeña hija, días antes de morir, hubiera servido para dar muerte, por la misma niña, al diputado Francisco Tejeda Llorca, que a su vez fuera el que privó de la vida al director de El Heraldo de México.

Esa terrible mañana del 10 de julio la pequeña Pili estaba en su recámara, muy afligida, como sucedía a diario desde que su padre falleció. Nerviosa, decidió meterse a la habitación de su desaparecido padre y ahí se arrodilló a rezar.

Tengo la idea de que en ese cuarto estoy más cerca de su espíritu y creo que ahí me inspira todos mis actos. De pronto me vino la idea de intentar la venganza en ese mismo momento.

Una angustia, una corazonada, algo en su interior le ordenaba llevar a cabo la venganza contra el asesino de su progenitor. Fue a quitarse la ropa de luto y se puso un vestido blanco, considerando que así sería más factible acercarse al diputado. Le pidió a su tía Otilia Díaz, hermana de su madre, que le acompañara. Tenía un pequeño revólver oculto en su pañuelo. Esa pistola había sido regalada por su padre.

“La idea”, señaló la joven, “no era matar a ese hombre, sino que iba a pedirle que él me matara. No me consideraba con las fuerzas necesarias como para matarlo.”

## Cómo pasó todo

El diputado Tejeda estaba feliz, sin remordimiento de conciencia alguno, con la tranquilidad que da el fuero de ser diputado y, mejor aún, en unos cuantos meses, senador de la República, y luego, lanzarse a la gubernatura de su estado.

Así es, había platicado a todos sus amigos, colegas y paisanos que ya era un hecho que sería senador.

Vivía en la colonia Roma, en el número cuarenta y ocho de la segunda calle de

Tonalá, y la mañana que habría de morir, el 10 de julio, se enteraría que, oficialmente, ocuparía una curul por seis años más.

Era poco antes del mediodía cuando el diputado se había quedado en la puerta de su casa; permanecía en la entrada de su residencia cuando llegó el licenciado Enrique Moreno a compartirle la buena nueva: sería diputado; estaban celebrando apenas cuando llegaron dos diputados más.

Tejeda abandonó el portal para recibir a sus amigos con afecto y se acercó a un arbolito; reían a carcajadas, felices porque la vida les sonreía.

María del Pilar le pidió a su tía que la acompañara a rezar a la iglesia de la Sagrada Familia, en la colonia Roma. A esa iglesia solía ir con su padre. Contradictoria, la niña Pilar dijo saber que por ahí vivía el asesino de su padre: pero "no creí encontrármelo, no me di cuenta de la calle por la que íbamos, no sé los nombres de las calles".

Todo mi plan se desvaneció apenas me acerqué a Tejeda Llorca y lo reconocí; en mi mente apareció la imagen de mi padre pidiéndome venganza y ya no pude más, me arrojé sobre aquel hombre, lo cogí de la solapa del saco con la mano izquierda, en la derecha llevaba la pistola y oprimí el gatillo. Estaba ciega de ira y no veía a nadie más que a mi padre, quien me ordenaba que matara, que matara sin consideración.

La risa escandalosa del grupito de políticos retumbaba por toda la calle, luego de que alguien contó un chiste. Estaban felices por su futuro promisorio.

Pero de repente, doblando la esquina por la calle de Tabasco, apareció una chiquita vestida de blanco ocultando una pequeña pistola en la mano derecha.

El chofer no quiso seguir adelante alegando que mi madre lo regañaría, así que le pedí que me esperara mientras iba a la misa de doce. Junto con mi tía seguimos a pie por una calle que después supe se llama Tonalá.

Pero no entraron a la iglesia, se encaminaron por la calle de Tabasco, y luego hasta Tonalá, "cuando de improviso miré en una casa a un grupo de hombres y logré distinguir al asesino de mi padre".

Sentí una viva indignación al recordar a mi padre tendido en la plancha de mármol de la Cruz Roja. Me acerqué a los hombres y él me tomó del brazo izquierdo y trató de jalarme al piso, de hincarme de rodillas, fingiendo que iba a sacar su pistola. Trataba de humillarme. Fue entonces cuando saqué mi pistola y traté de intimidarlo. Sentí un fuerte dolor en el brazo que él me oprimía. Jalé el gatillo, fue mucho más fácil de lo que había pensado. Disparé varias veces.

La niña de blanco se acercó, sigilosa, y al encontrarse cerca de Tejeda Llorca le gritó, con voz suave:  
—Máteme como mató a mi padre.

Sin proferir ninguna otra palabra, se echó sobre el diputado asesino y disparó su revólver; el fallecido y hoy frustrado senador alcanzó a sujetarla, pero ya era demasiado

tarde, un segundo disparo, y luego dos más, cegaron su vida.

Nada podía detenerla, la sed de venganza le daba una fuerza inaudita. El diputado Zapata la desarmó, poniendo sus brazos a la espalda, y la golpeó con el puño cerrado en la espalda y acabó dándole un gran empujón.

Tirado a media calle, desangrado, el diputado pedía ayuda; en tanto, la niña Pilar, con gran inocencia, clamaba, pedía que alguien la llevara a la policía para explicar el porqué del crimen.

En medio de la confusión, el diputado fue llevado al interior de la casa, pasando por el garaje, pues la puerta principal estaba cerrada; en ese momento llegó su esposa, quien escuchó una voz tétrica:

—Me muero, me muero.

—Quién te ha herido —preguntó la mujer.

—La hija de Moreno.

La casa del diputado era una locura, parecía que había sido una broma, nadie podía imaginar que estaban ante la presencia de un asesinato.

Unas vecinas se asomaron a la calle y al ver a la niña de blanco, con el rostro enjuto, temblando de miedo y la boca seca, le preguntaron si estaba herida, pero ella, Pilar, sólo respondía, susurrando:

—Di muerte al asesino de mi padre. Di muerte al asesino de mi padre. Di muerte al asesino de mi padre.

Sólo esa frase repetía una y otra vez.

La casa del político veracruzano comenzó a llenarse de personas que no sabían nada de lo que había sucedido, y otras contaban una y mil fantasías. La policía ni enterada se daba, pues tardó mucho en llegar.

Las vecinas del diputado tomaron una arriesgada decisión: llevarse a la pequeña y asustada Pilar en busca de su madre. Ella apenas les contó que venía sola y no encontraba a su chofer y ni el automóvil, con su tía.

Ante ello, abordaron un camión que las llevara hasta el monumento de “El Caballito”, en Bucareli y Reforma, donde entonces se encontraban las oficinas de El Heraldito, el periódico del que fue director su padre.

Aquí las recibió Ildelfonso Iberri, el director del mismo quien, desconcertado, accedió a la petición de la niña: llevarla a la Inspección de Policía.

### Cómo adquirió la pistola

La familia Moreno vivía en la Quinta Pilar, sobre calzada de Tlalpan, en la colonia Portales. Una madrugada un grupo de ladrones, armados con cuchillos, intentó asaltar la casa. Esa noche se encontraban solas Pilar y su mamá.

Al percatarse de los bandidos, doña Ana Díaz, la madre de Pilar, lanzó un fuerte grito, lo que llevó a que la niña subiera a toda prisa a su recámara por un pequeño rifle, el que tomó y con el cual lanzó muchos disparos. Los bandidos huyeron a toda velocidad, sin botín ni hacer ningún daño ni a la señora ni a la niña, lo que hizo sospechar de que, en realidad, pretendían matar al diputado Moreno.

Cuando le contamos lo que pasó, mi papá se rió mucho de ese asalto. Me preguntó: "¿Cuántos tiros disparaste?", y yo le dije que como cien. "Como cien y no mataste a ninguno", respondió en son de broma. Luego, ya en serio, me regaló la pistolita escuadra con la que le disparé a Tejeda Llorca. Lo que son las cosas, mi padre insistió mucho en enseñarme a tirar.

La pistola obsequiada a la niña era de calibre .32, con balas de acero, automática, Destroyer, número 14276. Era una pequeña escuadra, de ocho balas, a la que quedaban sólo cuatro cuando llegaron a la Inspección de Policía.

### La nobleza de una niña

"Ése no fue un crimen", clama la sociedad. "Es una nobleza de alma y un ejemplo de cariño, del que ya no se conoce un caso semejante."

Entre los legisladores hubo unanimidad en las respuestas respecto a la tragedia. Cuando se les ha preguntado: "¿Qué haría usted si fuera juez o jurado en el proceso de esta señorita?", todos han respondido: "Absolverla inmediatamente".

María del Pilar fue noticia desde aquella trágica mañana en que su padre fue asesinado con un disparo a quemarropa luego de una acre discusión con el diputado Tejeda, a las puertas del Palacio de Covián, de la Secretaría de Gobernación. Cuando el agonizante cuerpo del director de El Heraldo era trasladado al puesto de socorro de la Cruz Roja, la niña, no pudiendo soportar la desgracia, abrió un balcón y se lanzó desde ahí, pero una persona que presenció el movimiento, corrió a toda prisa y alcanzó a sujetarla en el mismo espacio.

Lloraba a solas, sin que mi madre y sin que mi tía se dieran cuenta.

Pensaba mucho en cómo matar a Tejeda Llorca, pero no podía llevar a cabo ninguno de mis planes, sobre todo porque no me dejaban salir sola de la casa.

Esa misma noche, en la Cámara de Diputados, donde se llevaron a cabo las exequias, debido a que Moreno formaba parte de la Comisión Permanente, Pilar se acercó al féretro de su padre, miró su demacrado rostro y juró vengar su muerte, pasara lo que pasara. Yo te vengaré, yo te vengaré.

Desde el día 24 de mayo, la angustia no la dejaba dormir, le provocaba terribles insomnios; habían transcurrido cuarenta y ocho días del artero crimen y en su cabeza sólo retumbaba la idea de la venganza.

Ese pensamiento lo mantuvo oculto, a nadie lo comentó, y esperó pacientemente el momento indicado.

Todos los días iba a la Villa de Guadalupe a visitar la tumba de mi padre. Muchas veces entré sola a la pieza de mi padre y ahí oré durante muchas horas, pidiéndole a él que me perdonara por no haber cumplido mi promesa de vengarlo.

Dada su sensibilidad, a todo el mundo sorprendió la entereza que mostraba la pequeña vengadora; por su madre todos supieron que tenía una gran sensibilidad, que era lectora de novelas como las de Víctor Hugo o de Alejandro Dumas; en una visita a la correccional, donde permanecía, un reportero escribió que la niña Pilar estaba leyendo hazañas napoleónicas, en el libro Tesoro de la juventud.

Doña Ana contó, igualmente, que lloraba y mostraba mucho sufrimiento cuando moría alguno de sus conejos, y que a sus quince años tenía aún muñecas vestidas de luto, como ella, llorando todo el día por la desaparición de su padre y todas aquellas pequeñas cosas que lo recordaban.

### Nadie nos hizo caso

A raíz de asesinato del licenciado Moreno, la viuda y la huérfana buscaron una cita con el general Plutarco Elías Calles, secretario de Gobernación, buscando justicia y el desafuero de Tejeda Llorca. Intentaron, inclusive, acercarse al general Obregón, presidente de la República, sin éxito alguno. El general Calles les respondió que no dependía de él, sino de la Cámara de Diputados; argumentó, además, que el diputado era candidato al Senado de la República y así no era posible retirar esa candidatura; inclusive, sutilmente mencionó sobre su parentesco con el gobernador del estado de Veracruz.

Por esos días fueron al edificio de Donceles, donde está la Cámara de Diputados, a requerir las dietas que le correspondían al diputado Moreno. Pero, además, clamando justicia, que se gestionara el desafuero del asesino. Algunos legisladores les informaron que no era posible hacer nada sobre el desafuero a Tejeda, pues la Cámara se hallaba en receso.

Mientras la niña esperaba a su madre en el automóvil, Tejeda Llorca pasó por ahí y al verla sonrió despectivamente. Recordando, sin duda, la promesa que hizo la niña por vengar la muerte de su padre.

La familia quedó en el desamparo y el crimen parecía quedar impune. Tenía la esperanza de que Tejeda perdiera la elección como senador, luego del asesinato que cometió, pero no fue así. Ganó la curul por Veracruz.

Ante ello, la niña comentó a su mamá, con lágrimas en los ojos, "que por lo menos teníamos que esperar cuatro años para que se nos hiciera justicia, [entonces] me impuse más fuertemente la necesidad de vengar la muerte de mi padre".

La prensa llamó la atención de la impunidad de muchos casos, políticos o no, situación que ha generado situaciones embarazosas donde las víctimas deben tomar venganza por su propia cuenta.

Tras el crimen de la pequeña vengadora, comenzó a discutirse el caso del fuero

legislativo, que permite a criminales como el senador veracruzano no sólo quedar impunes, que ya es mucho, sino que, además, seguir participando como miembros prominentes en la política, alcanzando posiciones que no se pueden permitir en un asesino como éste que ya era senador electo.

Mucha gente señaló que "ese fuero es una patente de impunidad", y por tanto debería derogarse.

### La autopsia

El resultado de la autopsia, realizada a las diecisiete horas en el Panteón Español, determinó lo siguiente: "El cadáver es el de un hombre bien constituido, como de cuarenta años de edad; mide un metro ochenta y cuatro centímetros de longitud por un metro ocho centímetros de circunferencia torácica y un metro abdominal. Presenta las siguientes lesiones al parecer hechas por proyectil de arma de fuego: primero en el mesogastrio, a diez centímetros a la izquierda de la línea media y nueve abajo del borde costal en circular, de quince centímetros y escara de cinco en la parte externa e inferior, con hernia de epiplón, parece ser orificio de entrada; el que parece ser de salida, a la altura del décimo espacio intercostal, lo que significa que la bala tuvo una dirección de izquierda a derecha, de adelante a atrás y ligeramente de abajo a arriba". La autopsia especificó otros tres disparos más en el cuerpo del occiso, con características similares.

Concluye, casi cual si fuera un corrido: "Francisco Tejeda Llorca falleció a consecuencia de la herida por proyectil de arma de fuego descrita en primer lugar, es decir, la penetrante en el vientre, lesión que fue mortal y que por sí sola y directamente produjo la muerte. Las heridas en sedal, del vientre, cadera, escroto y pene son de las que no ponen ni pueden poner en peligro la vida y curan antes de quince días". Esto significa que, de los cuatro tiros disparados por la pequeña vengadora, nomás uno era de muerte.

Desde que murió tuve la obsesión de vengarlo. Sentía infinitas ansias de que se hiciera justicia. Si yo fuera hombre hubiera desafiado al asesino a un duelo, pero desgraciadamente soy mujer y demasiado pequeña. En ocasiones me asaltaba la idea de ir a echarme sobre Tejeda Llorca, pidiéndole que me matara, que al fin ya no me importaba vivir. Tal vez por mi muerte sí se le castigaría.

### En la correccional

La pequeña matadora, en una entrevista posterior al día del crimen, comentó que tras consumir su venganza volvió a recuperar el sueño: "Es la mejor noche que ha pasado desde la muerte de su padre. Es la primera que ha pasado tranquila, entregándose a un sueño verdaderamente reparador". Habló de no tener temores ni miedos; no mostraba ningún signo de arrepentimiento. Para ella estaba claro que se trataba de un acto de justicia.

Mi padre me amó con exceso y estaba siempre pendiente de mí para obsequiarme.

Declaró que desde niña padecía enfermedades graves; la pequeña vengadora dijo que

“desde chica he padecido, con particularidad, de anemia cerebral”.

## Epílogo

Yo no he tenido lo que se llama juventud o la edad de los juegos. Siempre he sido muy concentrada en mi casa, y debido a mis inclinaciones por el estudio y por las cosas serias, sufro anemia cerebral, por lo que los médicos han recomendado a mi mamá que no me deje estudiar tanto y que me obligue a distraerme y a jugar.

No le tengo miedo a la prisión, no está hecha más que de muros. Mi padre me amó en exceso, estaba siempre pendiente de mí para obsequiarme. He sido casi una santucha, siempre he rezado mucho. Rezo mucho por mi padre. Siempre recé mucho por él, vivíamos años de Revolución y yo debía rezar por mi padre, que se hallaba en constante peligro. Pedía en mis rezos que Dios lo protegiera, que le librara de los peligros, pero yo creo que no me oyó... los hombres buenos no reciben premios por su virtud. Mi padre era bueno. Ahora me pregunto: ¿para qué rezar?

Una tarde, mientras doña Ana, amorosa, la abrazaba al tiempo que se despedía de la pequeña vengadora, le preguntó:

—En tu sueño, ¿no ves al muerto?

—No, no lo veo —dijo llena de ternura—. Pienso que quien disparó sobre él no fui yo, sino otra que no sospechaba estuviera en mí.

# La niña no tuvo muñecas, pero mató a un militar

(1926)\*

\* Sodi, Federico, "La niña que nunca tuvo muñecas", El jurado absuelve, 1877.

Era una moreliana. Se llamaba María Teresa Morfín y quedó huérfana cuando apenas tenía unos días de haber nacido. El padre, en cuanto quedó viudo, se desapareció de la casa, dejando abandonadas a dos pequeñas hijas.

Los únicos familiares que tenían las niñas eran muy pobres, y por ello sólo se quedaron con la hermana mayor, de unos seis años de edad, y a Teresita la entregaron a un asilo para huérfanas, que pertenecía a unas hermanas religiosas.

Cuando cumplió doce años, su hermana mayor, que se había casado, convenció a su esposo de llevarla a vivir con ellos, pues Teresita nunca salía del asilo y nunca había tenido siquiera un juguete, una muñeca en sus brazos.

La vida de María Teresa cambió por completo. Aun cuando seguía siendo una niña, en su cuerpo se iban descubriendo, poco a poco, las formas femeninas de una mujer.

Debido a la vida silenciosa y disciplinada que había llevado en el convento, María Teresa mostró desde el principio unas ganas enormes de disfrutar la vida, de recuperar el tiempo perdido.

Pronto se rodeó de amigas de su edad o algunas que tenían mayor experiencia de las cosas, tanto por la edad, como por haber vivido en ese barrio marginal de la ciudad.

La niña dócil y disciplinada que fue pronto iba desapareciendo. El mundo era tan apetitoso y ella nunca lo había conocido.

Muy pronto comenzó a provocarle disgustos a la hermana mayor que la había recuperado del convento para que viviera feliz, pero que nunca se imaginó que la libertad resultaba tan estimulante para una niña que entraba a la adolescencia, que jamás había tenido una caricia familiar, a pesar de que las monjas siempre la trataron con cariño y que, por si fuera poco, se había encontrado a un grupo de niñas que, como ella, andaban buscando una vida diferente a la que llevaban ellas, sus hermanas mayores o sus propias madres, o al menos eso creía.

La rutina de María Teresa consistía en terminar a toda prisa con los quehaceres domésticos por la mañana, ayudar en la cocina para realizar la comida al mediodía y, por las tardes, salir a casa de sus amiguitas.

A veces iban a caminar por el parque, dando vueltas sin sentido, o a veces se dejaban invitar por los muchachos del barrio algún helado o un refresco, sin mayor malicia; siempre regresaba a casa de su hermana pronto y su cuñado jamás notaba las horas de vagancia que su hermana, en compensación de los años de recogimiento, le permitía.

Tal vez por eso le permitían que un día a la semana llegara un poco más tarde. Ese día, que esperaba ansiosa durante toda la semana, ocurrían al famoso baile semanal que les ofrecían a los cadetes del Heroico Colegio Militar, en el Casino Militar.

Las chicas, pobres en su mayoría, acudían a admirar a los elegantes cadetes, quienes les ofrecían un brazo y parecían caballerosos.

En uno de esos jueves, María Teresa, que apenas contaba trece años, conoció a Moisés Gómez, cadete, en el colegio, y capitán en el ejército, que se preparaba como ingeniero militar y que tenía treinta y dos años de edad.

El infeliz capitán comenzó a seducirla, a decirle palabras bonitas a la niña, frases que ella jamás había escuchado y que la llenaron de gozo. Nadie nunca le había susurrado palabritas tiernas ni amorosas.

Pero todo era parte del plan de un lobo que quería comerse a una inocente Caperucita; tras haber bailado unas dos o tres piezas, fue cercando a la pequeña María Teresa y conduciéndola a un sitio apartado.

Bajo las escaleras del Casino, cerró la puerta de una pequeña bodega que ahí existía; la abrazó con fuerza, la levantó en vilo, violándola, aprovechando la orfandad mental, la inocencia de los trece años.

Ante el dolor y la frustración, lloró amargamente, mientras el capitán, un cínico militar que le llevaba veinte años de diferencia, le prometió el cielo y las estrellas; para evitar un escándalo mayor, le prometió que se casaría con ella y hasta le contó cómo sería su casita.

La citó el domingo, día que tendría libre, le dijo, para hacer los planes de la boda, conocer a su hermana (al enterarse de su orfandad, se relamió el bigote ante la ingenuidad de la chiquilla) y pedir su mano ante su cuñado.

A Teresita se le iluminó el rostro, por fin tendría una casa para ella; eso le hizo olvidar el momento desgraciado que vivió ante el militar. Llegó a su casa sin hambre y con ganas de dormir.

El militar no llegó el domingo, tampoco se apareció en el baile de los jueves al que acudía puntualmente, esperándolo llegar para contarle lo que algunas semanas después se enteró: que había quedado embarazada.

Nunca lo encontró. Nadie le daba razón de él, además. Ni siquiera los superiores que decían no tener a ningún señor de más de treinta años en sus filas.

A los catorce años de edad, María Teresa Morfín fue madre de un pequeño, hijo de aquel canalla. La maternidad la obligó a ganarse la vida. Comenzó a trabajar en un taller de costura.

Una tarde, al salir del trabajo, tres años después del nacimiento del niño, se encontró con el capitán Gómez, quien no tuvo mucha dificultad para hallarse excusas; argumentó que la buscó sin éxito y ella, desamparada y sin amor, volvió a caer. Le contó de su hijo y el capitán, más por volver a la aventura que por una paternidad responsable, no solamente simuló felicidad, tuvo el cinismo de alegrarse, "un hijo de la única mujer a la que había amado". Le ofreció matrimonio para que su hijo tuviera padres.

En el acto fueron a casa de Teresa y ahí se encantó con su hijo y, por supuesto, con la mamá. Se casó con ella, le puso una pequeña casita en una zona popular y se casaron sencillamente en una pequeña parroquia, y días después fueron a la ciudad de Morelia a casarse ante un juez civil.

La vida parecía sonreír, al fin, a aquella jovencita que nunca tuvo una familia, nunca sintió lo que había sido vivir con un padre y una madre; ahora estaba formando una familia.

El capitán, por su parte, entusiasmado con su nueva familia, un día llegó con un regalo para Teresa: una pistola de pequeño calibre, la cual, divertido, le enseñó a usarla y tirar al blanco. El entusiasmo de la chiquilla era grande, sobre todo al demostrar su buen tino.

El que no tenía buen tino era Moisés Gómez, quien con gran destreza aparecía y desaparecía del lado de su joven esposa. Su carrera militar así lo exigía, se justificaba. De lo que la madre de su hijo no estaba enterada es de que Moisés tenía una doble vida: hacía mucho estaba casado con otra mujer de nombre Juana Cáceres.

La complicada situación laboral del militar, aunada a su doble vida, con dos mujeres a quienes tenía en un engaño permanente, no podía durar mucho tiempo. El repartirse día y noche con cada una de ellas comenzó a pesarle al capitán.

Teresa, por su parte, hacía tiempo que estaba al corriente de esa doble vida y hasta se solazaba con ello. La chica lo sabía por los diversos anónimos que recibía con cierta frecuencia, informándole de la primera mujer del militar.

Ante el nulo resultado de los anónimos, una mañana se presentó Juana para hacerle saber que ella era la legítima esposa y le pedía dejara en paz a su marido, pues no estaba dispuesta a dejárselo a otra que "no valía nada como mujer, ya que no era más que una lagartija vestida".

Con sus dieciséis años, Teresa le respondió con la misma agresividad que había recibido y cuando Juana hizo un ademán agresivo, Teresa le lanzó un grito histérico que la asustó: "No se atreva usted a tocarme, vieja idiota".

A partir de ese día, se sucedían constantes agresiones verbales y mensajes de odio; por otra parte, en el vecindario donde vivía Teresa, un barrio bravo y agresivo, la había curtido y estaba dispuesta a defender a su hombre, por ello ni siquiera le comentó que ya sabía todo.

Pasaron los meses y la tensión aumentaba; Moisés ya no era el mismo hombre amoroso y a su hijo ni caso le hacía.

A finales de 1926, la crisis llegó a su límite; el capitán Moisés Gómez ni siquiera iba a dormir a su casa; no estuvo ni siquiera en la Noche Buena.

La cena de fin de año fue muy tensa. Moisés no encontraba la mejor manera de decir que todo se acababa. Esperó al amanecer para confesarle, sin mayores rodeos, que era

un hombre casado y que ya le había dedicado muchos meses de su vida y que esa mañana se marcharía para no volver jamás.

María Teresa se sintió tan abandonada como muchos otros momentos de su vida y la angustia de estar sola le provocó una mezcla de rabia y temor.

El capitán mencionó que le ayudaría económicamente cada que pudiera, al fin y al cabo era padre de su hijo; le ofreció dejarle el mobiliario de la vivienda y algo de dinero para sobrevivir mientras le pudiera volver a mandar algo.

Ella se asía a sus brazos, lloraba, pataleaba, no quería dejarlo partir; pero el militar la echó de un empujón, ya todo estaba decidido. Entonces, María Teresa corrió por su pistolita, con la intención de asustarlo, de exigirle se quedara.

Pero sucedió otra cosa: de aquella pequeña pistola se disparó un solo tiro, con tal destreza, con tal tino, que aquel proyectil fue a parar al cuerpo del capitán. Y se alojó en la vértebra superior de la columna vertebral y Moisés Gómez falleció fulminantemente.

Se entregó a un gendarme sin culpa alguna. Aquella chiquilla, menor de edad, no parecía una asesina. Debió ser alojada no en la cárcel de mujeres, sino en la Escuela Correccional para niñas.

Era tan inocente, que el periodista Carlos Villanaje, en El Universal, señaló: "Al ver a esta chiquilla sentada ante los jueces del pueblo, no se podía creer en que fuera una procesada, sino más bien una niña en edad escolar que estaba pasando sus exámenes de primer año".

Gracias a que su abogado, el licenciado Federico Sodi, hizo una brillante defensa del caso, el Jurado Popular la declaró inocente.

Unos años después apareció muerta en una vivienda modesta de la ciudad. Nunca se supo si se había (o la habían) suicidado.

# La Miss México: la viuda negra

(1928)\*

\* Basado en diversos textos.

De la gloria y la fama, así fue la vida de una de las mujeres más hermosas de los años veinte en México y que se llamó María Teresa Landa de Vidal.

Esta bella mujer transitó al infierno cuando asesinó a su marido, el general Moisés Vidal Corro, un hombre que contaba, al morir, con treinta y cinco años, contra los dieciocho de la hermosa mujer.

Parecía repetirse la historia de la Bella y la Bestia, la chica buena, tierna, dulce, inteligente y hermosa, con el militarote, que tenía las tres efes: feo, fuerte y formal.

Bueno, eso pensó aquella beldad al conocerlo, aunque más tarde habría de ver que no era así, por lo menos en cuanto a la formalidad. Y es que, además, hasta ese entonces, María Teresa no había conocido el amor. Moisés Vidal fue el primer hombre al que amó y, tal vez, el único.

Pero Vidal, en cambio, tenía una larga fila de amores.

## La historia de la Bella

María Teresa nació en el mismo año que comenzó la Revolución, cuando se celebraban las fiestas del centenario de nuestra Independencia, en 1910. La ciudad de México fue su cuna y desde pequeña vivió en las calles de Correo Mayor, en el mero corazón de la capital.

Una noche de 1928, María Teresa, animada por sus amigos, participó en el concurso de Señorita México, patrocinado por el periódico Excélsior, que buscaba elegir a la representante de nuestro país en un certamen internacional en la ciudad texana de Galveston, a donde María Teresa habría de parar, tras obtener el galardón mexicano.

Entonces su vida cambió radicalmente, "todos los días recibíamos una agenda de compromisos que apenas daba tiempo suficiente para cambiarse de vestido", contó.

La belleza mexicana, empero, nunca se caracterizó por la frivolidad, ni nada parecido. "Narró su vida de colegiala. Estuvo ocho años en el Convento de Santa María, de chiquitina, después en la Escuela Central, más tarde en la Normal y por último en la Odontológica, de donde salió para casarse. Fue amante de estudiar religiones, filosofía, psicología, literatura, desde los clásicos hasta los autores más modernos, citando entre éstos a Anatole France con alguna dificultad."

Decidió participar en el certamen de belleza, animada por sus compañeras de la escuela de odontología, a pesar de que se debía posar en traje de baño, como un requisito indispensable.

María Teresa posó en las sesiones de fotografía realizadas en la alberca Esther, consciente de que en las albercas y playas de países como Francia y Estados Unidos ya

era aceptable que señoras y señoritas lucieran "medio desnudas, es decir, mostrando las rodillas y parte del muslo".

Aunque no ganó el premio internacional, María Teresa recibió algunas propuestas para trabajar en el cine o para modelar en revistas internacionales; las rechazó, pues ansiaba regresar a México para encontrarse con el amor de su vida, el general Vidal, quien casi le doblaba la edad, lo cual nunca le importó, pues había quedado flechada desde el momento en que los presentaron.

### Cómo se conocieron

El general Moisés Vidal Corro conoció a la chiquilla en un acto tristísimo: la abuela de Teresa había fallecido y se celebraba el velorio. Era el 8 de marzo de 1928.

Vidal quedó completamente prendido de la belleza de esa mujer de ensueño que, además, estaba a punto de participar en el certamen internacional de Miss Universo. Desde que la vio, prácticamente, el general la requirió en amores y buscó la manera de volverla a encontrar.

Por entonces, la joven María Teresa era ya otra. La madurez que le dio participar en el concurso en traje de baño, que le generó muchas críticas, su participación constante en una escuela profesional y la rebelión de las mujeres de los años veinte le mostraron que la vida tenía muchos matices.

Ella también se enamoró de aquel hombre a primera vista que peinaba canas y le correspondió en amores al poco tiempo. La presencia de ese hombre mayor, de traje militar, de presencia enorme, impresionaron a la bella mujer de enormes ojos negros.

Los amoríos de María Teresa y Moisés estuvieron llenos de pasión, parecía como si se tratara de una novela de amor; según se cuenta, el romance fue más allá de lo que se acostumbraba entonces y tenía lugar en una casa de huéspedes de la calle República de Chile, donde habitaba el general. (Cabe aclarar que, después, la testigo que lo mencionó se retractó.)

No es gratuito que María Teresa, a la pregunta del juez, sobre cómo recordaba al general Vidal, respondiera: "Como el amor de mi vida".

### La boda y la vida

María Teresa nunca les informó a sus padres de la existencia de aquel militar, tampoco a sus amigas. Temía el rechazo generalizado tanto por la actividad de Vidal como por la edad, pues prácticamente tenía la misma que su padre.

Vivía con intensidad el fervor amoroso con aquel hombre mayor que le enseñaba ser mujer, que la buscaba convertir en una verdadera reina.

Vidal le hizo prometerle que se casarían en cuanto retornara del certamen y pasara lo que pasara.

El matrimonio se realizó clandestinamente y sólo por la vía civil, en una falsa boda, el 24 de septiembre de 1928, apenas seis meses después de haberse conocido y sin la

presencia de los padres de la Bella, que ni siquiera se enteraron, para evitar que interrumpieran la boda.

El matrimonio civil se realizó con documentos falsos y datos inexactos, pues la chica era menor de edad. Su domicilio fue modificado y al parecer nunca se dio cuenta, incluso, de que el novio firmó como un testigo más. Hubo además, otros declarantes simulados.

Un par de días después, María Teresa les contó a sus padres. El señor Landa enfureció por aquella acción, se sintió lastimado y decepcionado por haber actuado de una manera clandestina y tuvo una corazonada de lo que días después comprobaría: la boda había sido falsa y podría invalidarse.

Sin embargo, aunque el generalote había burlado su honor, decidió seguir adelante para evitar los chismes y rumores, pero exigió al tramposo general la boda religiosa.

Ello ocurrió el 1º de octubre; se casaron por la iglesia, en una ceremonia discreta, argumentando que la prisa se debía a que el general iba a marchar al puerto de Veracruz, en pocos días, para combatir la rebelión del general Gonzalo Escobar, que fue la última rebelión que se dio en México antes de la institucionalización de la Revolución.

Los recién casados permanecieron cerca de seis meses en el puerto jarocho, embarcados en una larga e intensa luna de miel, hasta que fue derrotada la rebelión. El general vivía la intensidad del amor, con la derrota del infidente.

Regresaron a la ciudad de México, con la bendición de un hermano cura del general que vivía por esos lares.

Llegaron a vivir a casa de la familia de la Venus mexicana, en la casa de Correo Mayor, pues el Marte, como titularon algunos medios, dijo estar preparando la residencia donde vivirían para siempre.

Sin embargo, el general sabía que, estando Teresa en casa de sus padres, podía viajar con tranquilidad, desaparecerse unos días, a sabiendas de que su mujer estaría bajo el resguardo de sus suegros y ellos la tendrían más que vigilada.

Y de hecho así sucedió. A los dos días de arribar a México, el general desapareció una semana, sin avisar a dónde se marchaba.

### La doble vida del general

El general Moisés Vidal estaba casado desde que era coronel. En abril de 1923 contrajo matrimonio con otra María Teresa, de apellido Herrerón. La boda se llevó a cabo cuando Vidal fue ascendido a general; tras haberse desarrollado las nupcias, marcharon a vivir en Cosamaloapan, Veracruz, y de esa unión nacieron un par de hijas.

Debido a sus obligaciones marciales, fue comisionado a la ciudad de México, a donde viajó, dejando a su familia a cargo de su cuñado.

Según los testimonios de la familia, aunque al principio de haberse marchado no mandaba dinero, enviaba casi a diario tarjetas llenas de amor, lo cual satisfacía, cuando menos, la parte afectiva.

A principios de 1929, y a pesar de que estaba afincado en el Puerto de Veracruz, el general cesó de enviar cartas. Por entonces, la otra María Teresa, la Miss México, se había adueñado de su corazón.

Los rumores que llegaron a la legítima esposa le causaron intranquilidad, por lo que viajó a la ciudad de México a buscar al marido. De la terminal de tren fue directamente a la casa de huéspedes desde cuya dirección mandaba las cartas, pensando que se alojaba ahí. La respuesta fue desesperante: se enteró que hacía tiempo se había marchado a vivir a otro lugar.

La Herrerón contrató a un abogado, ante las claras evidencias del engaño, y como por arte de magia apareció el cónyuge.

El viernes 23 de agosto, un par de días antes de morir, el general Moisés Vidal buscó a su esposa; con mimos, cariños y promesas la convenció de retirar la demanda, además de pedirle perdón; logró persuadirla de que aceptara divorciarse y ofreció pagarle una jugosa pensión, además de prometer ir a visitar a sus hijas, muy temprano, al día siguiente.

Pero María Teresa y sus hijas permanecieron toda la mañana esperando sin tener noticia alguna del general Vidal quien, por supuesto, nunca llegó.

Presintiendo que ello ocurriera, la señora Herrerón, despechada y molesta, llamó a la prensa y con documentos en la mano acusó de bigamo al general Moisés Vidal.

Excélsior publicaría la nota al día siguiente, destacando su relación con la Miss México.

### El domingo fatal

Era el domingo 25 de agosto.

La casa, ubicada en Correo Mayor, se encontraba en una misteriosa calma. Esa mañana celebraban su santo todos aquellos que llevaban por nombre Luis; era el año de 1929.

Muy lejos del peligro de muerte, tan frecuente en un militar de esa época, se encontraba el general Moisés Vidal.

El silencio tempranero obedecía a que los padres de la Bella salieron muy temprano a cumplir con sus labores; el padre atendía una lechería de su propiedad, y la madre había acudido a hacer las compras semanales al mercado de la Merced.

En tanto, el matrimonio descasaba a pierna suelta, ajeno a una noticia que circulaba en el periódico Excélsior: el general Moisés Vidal era acusado de adulterio y bigamia por su legítima esposa, María Teresa Herrerón.

El día anterior, la señora Herrejón se presentó ante el juez y con documentos demostraba su acusación, así como la de sus dos hijas, procreadas dentro de ese matrimonio.

El periódico señalaba, en la segunda sección, a ocho columnas: "Acusan de bigamia al

esposo de Miss México, María Teresa Landa”.

El matrimonio despertó como a las once de la mañana. Se levantaron de la cama, abandonando la recámara; el general se dirigió sigiloso a la sala, portando consigo un libro, una cajetilla de cigarros y otra de cerillos, así como su inseparable pistola Smith & Wesson, con su cache de concha.

La bella fue al comedor a tomar un refrigerio y en la mesa se encontró con el periódico, justo en la página que contenía la información sobre la bigamia de Vidal, esa noticia que habría de cambiar su vida para siempre.

El general había dejado el arma sobre una mesita.

María Teresa Landa le mostró la noticia del periódico y exigió a gritos una explicación al bígamo.

En esos momentos llegaba su madre, que alcanzó a presenciar la escena, manteniéndose al margen. Vidal permanecía sentado en el sillón, con un dejo de cinismo y desdén, negando que la noticia fuera verdadera.

En la histeria, María Teresa miró la pistola, se lanzó sobre ella, la tomó y se apuntó a la sien.

Asustado, su marido intentó incorporarse del sillón.

—No te me acerques porque te disparo —rugió María Teresa.

— ¡Por favor, mi vida, deja esa pistola! —imploró Vidal. En ese momento se produjo el primer disparo.

El gatillo del arma era muy sensible.

Entonces, la mujer aprisionó la pistola con las dos manos y volvió a disparar, y volvió a disparar... hasta vaciar la carga en el cuerpo del suplicante.

Vista la tragedia, Teresa intentó darse un tiro, pero ya no quedaba ninguna bala, se habían consumido.

El general Moisés Vidal, que había librado infinidad de batallas militares, yacía tirado en el piso, sangrando profusamente. Un charco del líquido vital comenzaba a formarse.

María Teresa se arrodilló ante ese cuerpo inerme, el que amaba a pesar de todo; abrazó a su amado y lo besó largamente. Su elegante bata azul se tiñó de rojo púrpura.

Ahora era el padre de la tiradora el que llegaba a la casa. El escenario era totalmente desolador: su hija clamaba perdón abrazando el cuerpo que agonizaba, mientras sus lágrimas escurrían por todo aquel hermoso rostro que miles de personas había aplaudido. Su esposa, la madre de María Teresa, lloraba a gritos, desesperada. Su yerno, el general en bata, yacía sangrante.

Se horrorizó al percatarse del orificio en el pómulos. Su hija, con una prenda azul y roja cubriéndole el hermosísimo cuerpo, arrodillada ante el hombre mal herido, gritaba enloquecida:

— ¡Perdóname, mi amor! ¿Qué he hecho? ¡Auxilio! ¡Te amo!

¡No te mueras! ¡Por Dios, no te mueras!

Todavía intentaron, el padre y la hija, llegar a un hospital cercano para buscar salvar al baleado.

Se les murió en el camino.

El proceso que sacudió al país

Parecía una fiesta. Una enorme romería se construyó, pues la cantidad de gente que acudió al juicio de la Viuda Negra más hermosa que existió fue enorme.

Aunada a los curiosos, se formó una cadena de vendedores ambulantes que ofrecían toda clase de productos: tortas, refrescos, helados, tacos, muéganos, chicles, chocolates, pepitas, aguas de sabores, caramelos, tamales.

El juicio a la Venus mexicana fue el primer espectáculo de su género, en una ciudad que estaba harta de guerras y levantamientos y que suspiraba, ahora, por estas historias de nota roja, de amor y desamor, de venganza, de odios, encuentros y desencuentros.

La naciente radio también puso lo suyo. Se calcula que más de medio millón de radioescuchas siguieron el juicio paso a paso.

En una de las esquinas céntricas de la ciudad de México, en Humboldt y avenida Juárez, se colocaron grandes transmisores para que los transeúntes lo escucharan. La gente se arremolinaba en esos puntos. El público también quiso presenciar, en vivo, dicho jurado, por lo que decenas de personas atiborraron a diario el salón de sesiones de la cárcel de Belén.

El juicio terminó con la intervención de María Teresa, quien señaló “que los imperativos de su destino le habían llevado al arrebató de locura que la hizo destruir su felicidad matando al hombre a quien amaba con delirio”.

El público, digo, el jurado, aplaudió a rabiar y se puso de pie, como quien despide a una gran artista, a una actriz que ha realizado el mejor papel de su vida. Más aún, cuando el juez, debido a las grandes presiones que tuvo por parte del jurado y la opinión pública, absolvió a la Venus mexicana, fue sacada en hombros del juzgado.

El veredicto final del caso no dejó satisfechos a los abogados, pues se dejaron llevar por el sentimiento y no por la ley. La Miss

México supo representar el papel de mujer arrepentida, frágil, portando riguroso luto; llevaba vestido negro, cofia y sus ojos estaban cubiertos por un velo negro.

El permanente llanto, su confesión insospechada y sus respuestas que a cada rato mencionaban la palabra amor lograron con- mover no sólo al jurado, también a la sociedad entera para quien el culpable era el horrible militar que la había engañado a ella, tan bella, tan jovencita, tan inocente.

El manejo escénico de María Teresa logró un efecto impactante y fue más fuerte que

el manejo jurídico.

Si bien el juicio popular la absolvió, la ley no perdonó a los Jurados Populares y el juicio de la Miss México fue uno de los últimos que se celebraron.

## Epílogo

María Teresa Landa vivió muchos años.

Fue profesora de la materia de historia en la Antigua Preparatoria 3, en San Ildefonso. Muchos importantes personajes fueron sus alumnos, como Jacobo Zabludovsky, por ejemplo.

Otro de sus discípulos fue el abogado Luis de la Barreda Solórzano, quien publicó en la revista Etcétera, en octubre de 2007, un testimonio de su encuentro con la misteriosa y hermosa mujer de la cual, escribió: "Sé que sus alumnos de la Prepa Uno, salvo los que tuviesen corazón de piedra, no podíamos sino amarla al escuchar sus clases muchos años después de aquel juicio".

En un texto llamado "El embrujo de María Teresa", recobra la historia de este caso que estremeció a todo México y rinde un testimonio amoroso de esa mujer que le contó, de viva voz, esa historia, según relata el abogado: "Entonces yo no sabía nada de la historia que casi cuarenta años antes le había tocado protagonizar. Ella era para mí la gran profesora de historia universal.

"No la veía más que así, y eso era suficiente para que me tuviera alelado. Era un privilegio ser su alumno. Yo ni siquiera me había preguntado por su estado civil ni acerca de su pasado. Cuando me enteré de lo sucedido a finales de la década de los 20 de la pasada centuria — ¿cómo fue que se animó a contármelo, qué momento propicio tuvo que darse para que me abriera esa puerta?—, la maestra Landa, ya admirable y entrañable, pasó a ser para mí un personaje legendario y fascinante.

"Estábamos en su casa. Conversábamos de mujeres destacadas de vidas difíciles y lugares prominentes en la historia. El tema nos apasionaba. Mi bombardeo de preguntas recibía respuestas que eran piezas narrativas o ensayísticas de arte mayor. En un momento le dije que cómo podía saber tanto. Sonrió un instante antes de ponerse seria, dar un trago a su whisky y mirarme a los ojos abismalmente:

"— ¿Sabe, De la Barreda? Hay algo en mi vida que ni usted ni sus compañeros de clase se imaginan. ¿Quiere oírlo...?"

Así fue como, en una charla familiar, se enteró el actual director general del Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad A.C. de la historia de esa profesora misteriosa, que siempre vestía de negro y que jamás volvió a casarse.

Tal vez porque nunca dejó de amar a Vidal.

## Bibliohemerografía

Altamirano, Ignacio Manuel, Crónicas de la Semana (de El

Renacimiento 1869), México, INBA, 1969.

Antanon, El Detective, "Cómo nació en México la policía secreta, en tiempo de don Porfirio", Universal Gráfico, 2 y 4 de marzo de 1926.

Ayala, Máximo, "El trágico lance Romero-Verástegui, Todo, 5 de septiembre de 1933.

Brocca, Victoria, La nota roja (1900-1910), México, Grupo Editorial 7, 1997.

Bustamante, Carlos María de, Continuación del cuadro histórico, 8 tomos, México, Fondo de Cultura Económica/ Instituto Cultural Helénico, 1985.

—, El nuevo Bernal Díaz del Castillo, México, INEHRM, 1987.

Calderón de la Barca, Madame, La vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país, 10a. ed., traducción y prólogo de Felipe Teixidor, México, Porrúa, 1994. (Sepan cuántos... 74) Campo, Ángel de, Ocios y apuntes. La Rumba, 16ª. Edición y prólogo de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Porrúa, 2001 (Col. Escritores Mexicanos, 76).

Castillo, Alberto del, Entre la moralización y el sensacionalismo. El surgimiento del reportaje policiaco en la ciudad de México en el porfiriato, tesis de maestría, de la ENAH.

Castro, Tomás de, y Antonio Alvarado, Los verdaderos bandidos de Rio Frío, México, Hispánica, s/f.

Cossío, José Lorenzo, Guía retrospectiva de la ciudad de México, ed. autor, 1941.

Chávez, Pancho, "Memorias de Pancho Chávez", El Universal Gráfico, enero-febrero de 1926.

Crimen, Terror y páginas, antología de Patricia Ortega, prólogo de Sergio González Rodríguez, México, El Nacional, 1990.

Frías, Heriberto, Crónicas desde la cárcel, presentación de Antonio Saborit, México, Breve Fondo Editorial, 1995.

Gálvez, Felipe, "Primer centenario del reportaje moderno en México", Contenido, octubre de 1987.

Gamboa, Federico, Mi Diario, México, CNCA, 1990. González Obregón, Luis, La vida en México en 1810, Pachuca, Erandi, s/f.

—, Las calles de México, 3a. ed., México, Patria, 1988.

—, México viejo. Selección, México, Offset, 1982.

Guerrero, Julio, La génesis del crimen en México: estudios de psiquiatría social, prólogo de Arnoldo Kraus, México, CNCA,

1996 (Cien de México).

Guía de Forasteros. Estanquillo literario, 5 vols., México, INBA, 1986.

Íñigo, Alejandro, Bitácora de un policía 1500-1982, México, DDF/SGPyV, 1985.

José Guadalupe Posada. Ilustrador de la vida mexicana, México, Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, 1992.

“La vida de Pancho Chávez”, El Universal Gráfico, 17, 19, 20,23 de febrero de 1926.

Lombardo, Irma, De la opinión a la noticia, México, Kiosco, 1992.

Lozano Armendares, Teresa, La criminalidad en la ciudad de México 1800-1821, México, Grupo Editorial 7, 1996 (Crónica).

Luna, Ana Luisa, La nota roja (1930-1940), México, Grupo Editorial 7, 1997

Marroquí, José María, La Ciudad de México, 3 tomos, México, Tip. Y Lit. La Europea, 1900.

Medina Ruiz, Fernando, Historias rojas. Crímenes que han conmovido a México, México, Editores Asociados, 1974 (El Papa- lote, 1).

Mellado, Guillermo, Belén por dentro y por fuera, México, Botas, 1959 (Cuadernos Criminalia, núm. 21).

Novo, Salvador, Un año, hace ciento. La ciudad de México en 1873, México, Porrúa, 1973.

Núñez y Domínguez, José de J., Al margen de la historia. Migajas del banquete de Clío, México, Botas, 1934.

Orozco, Fernando, Cuentos y narraciones de la ciudad de México, México, DDF, 1974 (Col. Popular, 16).

Orozco y Berra, Manuel, Historia de la ciudad de México. Desde su fundación hasta 1854, México, SEP, 1973. (Sepsetentas,112)

Ortiz, Orlando, La violencia en México, 2a. ed., México, Diógenes, 1973.

Payno, Manuel, y Vicente Riva Palacio, El libro rojo, prólogo de Carlos Montemayor, México, CNCA, 1989 (Cien de México).

Peña, Francisco Javier, “Las cárceles en México en 1875”, Criminalia, núm. 8, 1957.

Pita, Joaquín, “Memorias del Coronel...”, El Universal, junio-julio de 1948.

Ponce de León, Salvador, Anecdotario de la ciudad de México, México, DDF, 1973 (Col. Popular, 1).

Rábago, Jesús, Historia del gran crimen, México, Partido Liberal, 1897.

Ramírez de Aguilar, “Siguiendo pistas: los crímenes preferidos”, Excélsior, 1 de marzo de 1966.

Robleto, Hernán, Crímenes célebres, desde el Chalequero hasta Gallegos. La delincuencia en México, México, Universal Gráfico, 1932.

Ronquillo, Víctor, La nota roja (1920-1930), México, Grupo Editorial 7, 1997.

Roumagnac, Carlos, Los criminales en México: ensayo de psicología criminal. Seguido de dos casos de hermafroditismo observado, México, El Fénix, 1904.

—, Crímenes sexuales y pasionales: estudios de psicología morbosa, México, Vda. de Ch. Bouret, 1906.

—, Matadores de mujeres (segunda parte de Crímenes sexuales y pasionales, México, Vda. de Ch. Bouret, 1910.

— “Mis recuerdos de Belén”, El Nacional, 2, 9, 16, 23 y 30 de abril; 7 de marzo; 14, 21 y 28 de mayo; 11 y 18 de junio; 16, 23 y 30 de julio de 1933.

Ruiz Castañeda, María del Carmen, La ciudad de México en el siglo XIX, México, DDF, 1974 (Col. Popular, 9).

Sagredo, Rafael, María Villa (a) La Chiquita, No. 4002, México, Cal y Arena, 1996 (Los libros de la Condesa).

Sánchez González, Agustín, La banda del automóvil gris, México, Ediciones B, 2007 (Byblos).

—, La nota roja (1821-1850), México, Grupo Editorial 7, 1997.

—, La nota roja (1910-1920), México, Grupo Editorial 7, 1997.

—, José Guadalupe Posada. Un artista en blanco y negro, México, CNCA, 1996 (Círculo de Arte).

—, Posada, México, Grupo Editorial Planeta, 2008.

—, Terribilísimas historias de crímenes y horrores en la ciudad de México en el siglo XIX, México, Ediciones B, 2006.

—, “Posada y la nota roja”, Lapiztola, núm. 53, febrero de 1997.

Santoni, Pedro, “La policía en la ciudad de México durante el porfiriato: los primeros años (1876-1884)”, Historia Mexicana, julio-septiembre de 1983.

Sodi, Demetrio, El jurado en México: estudios sobre el jurado popular, México, Secretaría de Fomento, 1909.

Sodi, Federico, El jurado absuelve, Proemio de Agustín Barrios Gómez, 3ª. ed., México, Oasis, 1977.

Tiempo de México, Ciudad de México, de abril de 1885 a febrero de 1893, núm. 21, México, SEP, 25 de octubre de 1982.

Unipersonal del arcabuceado, edición y prólogo de Enrique

Flores, México, INBA/UAM, 1988 (Estanquillo Literario).

Valadés, José C., El porfirismo. Historia de un régimen, México, UNAM, 1987.

Valle-Arizpe, Artemio de, Inquisición y crímenes, México, Diana, 1980.

— Calle vieja y calle nueva, México, DDF, 1988.

### **Periódicos y revistas consultados**

Diario del Hogar

El Chisme

El Diario

El Imparcial

El Popular

El Universal

Excélsior La Prensa Revista Mañana